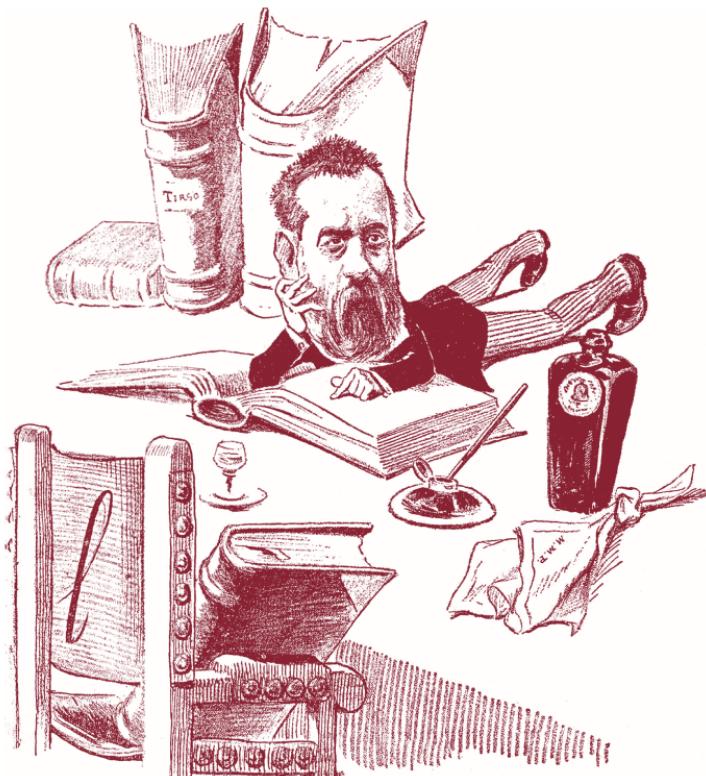


Estudios de erudición y homenaje a Menéndez Pelayo



ESTUDIOS DE ERUDICIÓN
Y HOMENAJE A
MENÉNDEZ PELAYO



Los inmortales

Juan Valera - Juan Vázquez de Mella
Adolfo Bonilla - Andrés González Blanco
y Luis G. Alonso-Getino

ESTUDIOS DE ERUDICIÓN
Y HOMENAJE A
MENÉNDEZ PELAYO



Esta edición es propiedad de PUBLICAN – Ediciones de la Universidad de Cantabria y de ECH – Ediciones y no se puede copiar, fotocopiar, reproducir, traducir o convertir a cualquier medio impreso, electrónico o legible por máquina, enteramente ni en parte, sin su previo consentimiento.

- © Diseño editorial y proyecto técnico: GOMBEL, S.I. 
- © PUBLICAN - Ediciones de la Universidad de Cantabria
Avda. de los Castros, s/n. 39005 Santander
Tel.: 942 201 087 - Fax: 942 201 290
www.editorialuc.es
ISBN: 978-84-86116-28-6
- © Fundación para las Artes, la Creación Literaria y los Sentidos - ECH - Ediciones
Calle del Oria, 13. 28002 Madrid
Teléfs. 91 356 97 29 – 91 713 05 97
www.ech.es
ISBN: 978-84-937558-0-5

Ilustración de cubierta: Por Joaquín Moya Ángeles,
El Madrid Cómico, 1898

D.L.: S. 1.755-2011

Impreso en España. *Printed in Spain*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN <i>Gonzalo Capellán de Miguel</i>	
	9
PRÓLOGO <i>Juan Valera</i>	
	29
EN HONOR DE MENÉNDEZ PELAYO, POR <i>Juan Vázquez de Mella</i>	
	63
LA FILOSOFÍA DE MENÉNDEZ Y PELAYO (CON UN APÉNDICE BIBLIOGRÁFICO), POR <i>Adolfo Bonilla y San Martín</i>	
	115
MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO (SU VIDA Y SU OBRA) POR <i>Andrés González-Blanco</i>	
	165
DON MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO POR <i>Luis González Alonso-Getino</i>	
	253

INTRODUCCIÓN

«LAGRIMAS DE COCODRILO Y OBSEQUIOS FICTICIOS DE PLAÑIDERAS ASALARIADAS» ESCRITOS DE HOMENAJE Y CRÍTICA A LA MUERTE DE MENÉNDEZ PELAYO

Y llegó la hora de los homenajes y los estudios sobre la obra de Menéndez Pelayo. No hubo para ello que esperar a su fallecimiento en 1912, aunque sin duda es esta la fecha que da comienzo a una avalancha de textos destinados, sin faltar alguna que otra crítica, a la exaltación de la vida y la obra del autor santanderino. No hubo que esperar porque a Menéndez Pelayo le cupo el raro honor de recibir un primer y sonado homenaje de ámbito internacional, con motivo de «el año vigésimo de su profesorado». Aquella cátedra cuya sonada —y controvertida— conquista en diciembre de 1878 dio pie a una primera biografía laudatoria que dio contenido al primer volumen de esta Biblioteca Breve Menéndezpelayista. Y un homenaje que se

materializaba en 1899, cuando ya había dejado su cátedra en la Universidad para incorporarse a la dirección de la Biblioteca Nacional y aún pululaban en el ambiente cultural las duras críticas contra Menéndez Pelayo formuladas en varios escritos por Bernardino Martín Mínguez (compilados en el segundo volumen de esta misma Biblioteca).

El letargo de la conciencia nacional: loa de Menéndez Pelayo en amargos días de luto y sonrojo para la patria (1899)

Ese año de 1899 se publicaron en la Librería General de Victoriano Suárez dos tomos de «*Estudios de Erudición Española*» en «Homenaje a Menéndez y Pelayo». El resultado de muchos meses de trabajo de sus amigos y discípulos, fueron más de medio centenar de estudios sobre los más variados temas —casi siempre relacionados con los trabajos y ámbitos de interés del propio Menéndez Pelayo— firmados por destacados académicos españoles y extranjeros del periodo, como Ramón Menéndez Pidal, Pereda, Fermín Canella, Arturo Farinelli, Benedetto Croce, Fonger de Haan, Federico Wulff, Alfredo Morel-Fatio... Al frente de esas contribuciones figuró un extenso e interesante «Prólogo» escrito por Juan Valera, que he recogido como primer texto de

esta tercera entrega de la Biblioteca Breve. Quien le apadrinara en su temprana entrada en la Real Academia Española (1881), destaca el papel de Menéndez Pelayo como restaurador y reivindicador de la importancia de la literatura, la filosofía y la ciencia española en la historia del pensamiento humano. Debe recordarse que antes del inicio de las polémicas en torno a la ciencia española en 1876 ya Valera, aunque con menor contundencia, había lidiado esa misma batalla. Sí resulta curioso que, a diferencia de críticos posteriores —incluso admiradores de la obra de Menéndez Pelayo—, considere que aquella reivindicación de las glorias de nuestra filosofía estuvo exenta de exageraciones, así como realizada de un modo «verídico y justo»¹.

Es más, supuestamente cerrada ya la última fase de la denominada polémica de la ciencia española con la aparición de su tercera edición entre 1887 y 1888, Valera se alinea claramente en este texto del lado del santanderino y en contra de la opinión de aquellos que presumiendo de ilustrados y liberales pensaban que esa ciencia se ahogó fruto del

1 He profundizado en este tema en “Entre las mazmorras de las bibliotecas y el yugo de la Inquisición. *La Ciencia Española de Menéndez Pelayo*”, en Manuel Suárez Cortina (ed.), *Menéndez Pelayo y su tiempo*. UIMP (en prensa).

«monstruoso fanatismo» español —ejemplificado en la Inquisición—. Incluso asumía en este texto Valera algunos de los argumentos centrales de Menéndez Pelayo en *La Ciencia Española*, tales como achacar a ignorancia de nuestros libros y fascinación por los extranjeros la responsabilidad por esa marginación del pensamiento patrio, o el olvido de «nuestra amena y rica literatura».

Valera reabre aquí, pues, una polémica cuya vitalidad no sólo demostrarían algunos textos de esa coyuntura crítica que fue el 98, sino incluso muchos años después como se refleja en el último texto recogido en este volumen, que data de 1912 y —como se verá— también puede considerarse un eco aquellas polémicas. De hecho, en el prólogo queda perfectamente reflejado ese sentir finisecular, no sólo en la consideración de que España estaba en aquellos momentos «decaída y postrada», sino también en el clamor —del que Valera se hace portavoz— de una regeneración de resabios costistas que pasaba por un poder político «ejercido con voluntad de hierro». Es por eso, quizá, que en esa coyuntura en la que tan necesario resultaba «que nos estimemos en algo», el espíritu de la obra de Menéndez Pelayo pareciese especialmente oportuno, así como bien acogido.

Si de esa faceta clave, pasamos a otros aspectos de su obra, sin duda son *Los Heterodoxos* otro de los

referentes sobre los que se detiene Valera. Destaca en este caso un punto que será reiterado en posteriores juicios críticos sobre Menéndez Pelayo: su singular erudición y, fruto de ella, las «curiosas noticias» con las que nutre sus libros. Pero incluso en este caso, la lectura de *Los Heterodoxos* le sirve para volver sobre el hecho cierto de que la intolerancia y el fanatismo no fueron un impedimento para el desarrollo del pensamiento, ya que Menéndez Pelayo evidencia la existencia de «no menos grandes pensadores heterodoxos que ortodoxos» en nuestra historia.

Sale también bien parado el santanderino de esta segunda evaluación, ya que Valera considera *Los Heterodoxos* una obra encomiable, al tiempo que disculpa su tono porque su autor actuaba impulsado por su amor a la filosofía y por un espíritu católico que en el fondo se halla infiltrado «hasta en la masa de la sangre de los españoles». Una benevolencia que Valera extrema al sustituir los calificativos de «intolerante» o «fanático» lanzados contra Menéndez Pelayo por los de «tolerante y elevada indulgencia». Y que remata al matizar que se muestra en esa obra «menos liberal que se ha mostrado más tarde». Una divisoria entre lo que podemos denominar el primer Menéndez Pelayo y su obra de juventud, y su posterior etapa de madurez donde su fervor católico no le impidió mostrarse como crítico templado e

independiente, tal y como insistirán en textos posteriores algunos de los autores incluidos en este mismo libro (v.gr., González Blanco).

También coincide con Valera el juicio emitido en 1912 por González Blanco respecto al valor de la obra de crítica literaria debida a Menéndez Pelayo, reputada como su máxima aportación, incluso por encima de las realizadas a la filosofía y la ciencia. Estaban por entonces editándose las obras completas de Lope de Vega bajo su dirección, así como la *Antología de poetas hispano-americanos* o la *Antología de poetas líricos castellanos*. Es en este tipo de trabajos, que también serán los más alabados por los críticos posteriores, donde a la «asombrosa» erudición Valera suma la sobriedad de un estilo «magistral» y una «elevada crítica» del autor santanderino. En sus introducciones y estudios preliminares, a estos y otros trabajos del campo literario, trazó Menéndez Pelayo una especie de historia de la literatura —y dentro de ella de la poesía— española e hispanoamericana que será tan estimada como ponderada por los críticos más variados.

Todo ello le sirve a Valera para insuflar el ánimo en los que considera «amargos días de luto y sonrojo... para la patria». Siguiendo el ejemplo de Menéndez Pelayo de aplicarse con «amor y esmero al estudio y examen de nuestro pensamiento

nacional y de su manifestación y progreso en la historia», estaremos contribuyendo a que «la conciencia nacional salga de su letargo», a «mantener la nación unida» y nada menos que a mantener vivo el ideal de «una renovación gloriosa».

Con todo, el caso fue algo episódico, a la par que excepcional, pues —como escribiera Andrés González Blanco— hubo que esperar a que D. Marcelino habitara en los reinos de Plutón (1912) para que muchos empezaran a plañir como Boabdiles sobre las ruinas de su reino lo que no supieron defender en vida del santanderino. Y en esta nómina incluye especialmente a «los reaccionarios» entre quines asegura que «nadie quiso bien» a Menéndez Pelayo. Sin embargo, una vez muerto —sigue apostillando su crítica— se lanzan a pronunciar discursos funerarios pensando en el provecho que obtienen entre «sus correligionarios y compinches».

La Cruz y la Nación. Apropiación tradicionalista de Menéndez Pelayo

Y, en efecto, su fallecimiento en mayo de 1912 dio lugar a un sinfín de discursos, escritos de prensa y escritos de todo género destinados a rendir homenaje a la figura del conocido «polígrafo». Entre

aquellos, y quizá incluido entre los descritos con tanta acritud por González Blanco, merece una mención especial el pronunciado en el Teatro Princesa de Madrid por el líder carlista —luego tradicionalista— Juan Vázquez de Mella.

De hecho, su discurso tiene como fin principal buscar en Menéndez Pelayo un referente del tradicionalismo y reinterpretar su obra en esa clave, aseverando que «La tradición fué como su musa inspiradora» y que «él es el genio de la tradición nacional». Un genio tal que toda división partidista o de escuela se disuelve hoy en unánime reconocimiento de su figura: hasta «las sectas rencorosas de la impiedad, que con frecuencia nos azotan, vienen a rendirse a sus pies plácidas y tranquilas... como tributándole vasallaje». Una idealización, que distaba de la realidad, pero que caracterizó este momento de homenajes y mitificación del santanderino.

La figura del Menéndez Pelayo reconstructor del «edificio nacional ante un pueblo que le olvidaba» se erige ahora en un doble sentido: como reconstructor intelectual de la historia de «la Madre España piedra a piedra, sin que faltase un solo sillar», pero también como reconstrucción interior, espiritual, del pueblo español. Con su obra unía las edades pasadas con las generaciones futuras en un heroico acto de unidad nacional de la que tan necesitada se encontraba

la España de su tiempo, «desquiciada y dividida». Una obra que servía además para romper con la antinomia entre tradición y progreso muy divulgada entonces y que probaba que un pueblo que olvida su historia, que desprecia las creencias del pasado, cae en el abismo de la decadencia.

Para Vázquez de Mella la «vindicación gloriosa de la ciencia española» efectuada por Menéndez Pelayo contribuyó a hacer resurgir «una grande España» marcando «los indelebles caracteres del espíritu nacional». Un defensor de la unidad nacional que, sin embargo, sentía como nadie el regionalismo y rechazaba el centralismo a la francesa. Su obra literaria es la más fiel expresión de esa variedad nacional que el santanderino conocía y reconocía y donde las regiones eran como afluentes que se unían en un gran río: la Nación.

Una Nación «nacida a la sombra de la Cruz» e identificada hasta tal punto con ella, que la Historia de los Heterodoxos es ahora contemplada como una demostración histórica de la ortodoxia de España, ya que la verdadera heterodoxia fue siempre «importada y exótica». Todas las sectas y escuelas, incluido el liberalismo, son producciones extranjeras. A partir de ahí, se toma la obra de Menéndez Pelayo como respaldo a un enervado nacionalismo español al probar que nuestras glorias pasadas son superiores

incluso a las más destacadas de la historia de la filosofía y la literatura europeas. Una especie de imperialismo científico paralelo al ansiado imperio territorial de los Reyes Católicos y Carlos V. Y, también, una especie de providencialismo histórico, divino, que hacia de España y su fe católica «la amazona de la raza latina» y la salvadora de «la civilización europea». Y nadie como Menéndez Pelayo parece haber entendido esas grandes empresas nacionales porque por encima de su genio y su erudición se destacaba —y rescataba— ahora su ferviente amor a la patria. Con todos esos ingredientes el filósofo católico a machamartillo y español es presentado al final de la conferencia sin ningún rubor como un «eminente tradicionalista» no «en el sentido filosófico, sino en el sentido social y político de la palabra». Una militancia póstuma que implicaba la oposición frontal al «liberalismo secularizador moderno». Vazquez de Mella presenta a la sociedad española ante esa tesis tutela vital —y radical— en la que o se vive con Dios o sin Dios. Menéndez Pelayo, y su última escena en el lecho de muerte, besando la cruz, era ya un ejemplo de la única y verdadera opción en la que ciencia y religión se fundían en una «unidad suprema».

El *ars nesciendi* de Menéndez Pelayo frente a los *idola theatri* del tomismo y el krausismo

Si desde la política se llevaba —más o menos por los pelos— a Menéndez Pelayo hasta las aguas del tradicionalismo, desde la academia Bonilla y San Martín iniciaba su reivindicación en el ámbito de la filosofía. El panorama filosófico español de su época lo describe Bonilla como «lamentable», ahogado entre «dos fanatismos»: el de la escolástica y el del krausismo, coincidentes ambos en menospreciar «nuestro vigor nacional» por lo que a la Filosofía se refiere. En ese contexto Menéndez Pelayo dirigió su inmensa obra a tres fines, «de *critica* de lo presente, de *reconstitución* del pasado y de *regeneración* para el porvenir». Y lo hizo libre del «espíritu unilateral e incompleto» de los especialistas y las filosofías sistemáticas, y desde un conocimiento enciclopédico y una obra de polígrafo, lo cual tiene para Bonilla un valor distintivo. De hecho concibe la filosofía como una síntesis de la ciencia humana que solo está al alcance del pensador universal y conocedor de las diferentes disciplinas, como fue Menéndez Pelayo.

Sobre esas premisas enmarca su análisis de la obra del santanderino en los tres fines mencionados, de manera que *La ciencia española* y *La historia de los heterodoxos* forman del primero de ellos, el orientado

a la crítica y al combate. En ellas demuestra además una valentía y una independencia infrecuentes en la España de la época, que hacen de Ménendez Pelayo un espíritu *sui iuris*. Se recalca, además, que esa crítica —especialmente virulenta con el krausismo— estuvo exenta de sentimiento, de hostilidad personal, centrándose solo en combatir las ideas consideradas erróneas desde unas convicciones sostenidas con «la firmeza del roble cántabro». Entre esas creencias hondamente arraigadas destaca Bonilla el catolicismo y el amor a la patria, rasgo este último que derivó en una «apología de lo español y de lo castizo» que constituyen un rasgo capital de su obra.

Con este texto elaborado desde la admiración, Bonilla inicia una interpretación excesivamente elogiosa, realizada desde un «respeto, casi religioso, a todas las palabras del maestro», pero muy influyente por ser el primer autor en llevar a cabo una exposición detallada de su obra. Si bien es cierto que cuestionó algunos presupuestos extremistas de las obras de juventud de Menéndez Pelayo, prefirió dejarlas en segundo plano frente a su aportación histórico-filosófica, así como mitigarlas presentando al autor santanderino como una tercera vía —independiente— frente al tomismo dominante —e intransigente— o la filosofía krausista y positivista, y en una actitud más moderada propia de su etapa de

madurez, en la que se asienta esa finalidad de regeneración filosófica para el porvenir (en una visión metonímica que desplazaba el centro de gravedad del todo hacia la última parte de su vida y su obra). Una filosofía, que al estilo del criticismo vivista, que consistía en cultivar el espíritu propio lo que en un país como España pasaba por no renunciar a la cultura intelectual heredada del pasado —objetivo reconstituyente de su obra—. Una línea interpretativa llamada a cuajar en los exegetas posteriores y que refuerza hábilmente Bonilla en su texto dedicando gran atención al enfrentamiento de Menéndez Pelayo con escolásticos como el Padre Fonseca «y otros *eiusdem furfuri*».

***Cantabrum indoctum juga ferre nostra...* a la persecución del vellocino de oro**

Otra de las líneas de estudios sobre Menéndez Pelayo llamada a cobrar fuerza a partir de su muerte y que también comienza a cultivarse es la bio-bibliográfica, que encuentra su fiel reflejo en el pionero trabajo de Andrés González Blanco. Desde una peculiar concepción de la «fuerte y dominadora» raza cántabra, entronca al santanderino con Pereda y Galdós en una tríada de las letras más tarde convertida en tópica. Recorre los hitos fundamentales de su biografía,

trazando toda su trayectoria académica desde un incontenido elogio a su «portentosa erudición».

Acto seguido inicia un epígrafe destinado a analizar la etapa de Menéndez Pelayo como polemista cuyo objetivo principal fue «demostrar palmariamente que hubo una ciencia española y una filosofía española peculiarísima y propia del alma nacional». Para el autor acometió «de frente, con valentía» una cuestión iniciada por Valera en 1873 en la *Revista de España*, pero atacada con menos resolución entonces. De *La Ciencia Española*, González Blanco destaca también «su vibrante y valiente confesión de catolicismo», relegando la defensa de la Inquisición por parte del santanderino a una cuestión «de pose», e incluso, disculpando aquellos pasajes en los que rebasó «los límites de la equidad y de la serenidad» que tan mal casan con un historiador científico. Aun impugnando todas sus afirmaciones —sentencia G. Blanco— «la esencia de su genio de historiador permanece inmutable».

El tercer epígrafe lo dedica a la pertenencia y actividad de Menéndez Pelayo en las distintas Academias, faceta en la que la loa vuelve a florecer destacándolo como uno de los académicos «más laboriosos y activos», lo cual fue el resultado lógico de «muchos años de estudio acrisolado y de investigación ardorosa». Destaca en esta parte del texto

el apoyo de Menéndez Pelayo al ingreso en la Academia de la Lengua de Emilia Pardo Bazán, hecho que sirve para considerarlo en sus últimos años de vida como «un crítico amplio y moderno».

Si ya Bonilla había reconocido que incluso por encima de su contribución al campo de la filosofía debía situarse su labor como crítico y literato, González Blanco dedica el cuarto capítulo de su libro a destacar la obra poética de Menéndez Pelayo. Si bien algunos no le reconocían su talento en este terreno —«seudopoetas gárrulos»—, asegura que quienes «tienen de la poesía un concepto elevado y noble, reconocerán en Menéndez Pelayo, si no un técnico, un poeta admirable de inspiración» (superior a Unamuno, sostiene, y comparable a Leopardi). Y tras analizar en detalle su obra lírica concluye que, «Como poeta, Menéndez Pelayo tiene derecho a la veneración de la posteridad».

Con todo, donde G. Blanco considera que el polifacético santanderino alcanzaba su mayor grandeza era como humanista y estético (aspectos que aborda en el quinto capítulo dedicado a su labor como crítico, menos conocida que la de polemista e historiador —se le conoce «de hablillas de café»—). Tanto que si hubiera nacido en el Renacimiento «hubiera sido un Justo Lipsio». En sus *Estudios de crítica literaria* trazó un puente, sobre los pilares del

realismo, entre la degradación del arte idealista y el naturalismo emergente. A pesar de esas alabanzas G. Blanco reconoce que en la estética Menéndez Pelayo fue un «aristócrata» con un concepto de la cultura « lleno de romano y británico *decorum*». Sin duda, su gran obra fue la *Historia de las ideas estéticas*, donde se puede descubrir al Menéndez Pelayo «sereno y grave historiador», aunque fuera menos apreciada que otras, colindantes con el fanatismo, que despertaban enconos y querellas. Ese Menéndez Pelayo es el que ahora se quiere poner de relieve porque «es el que más vale y el que más representa en la historia de la cultura española».

Prosigue el estudio con dos apartados dedicados a la obra americanista del santanderino y a su «Labor de Historia» (cap. VI). En relación con la *Historia de los heterodoxos*, se vuelve a insistir en la distancia que separaba al maestro «ya anciano» y al vehemente polemista de juventud, cuya actitud y planteamientos patrocinaba ya en la Advertencia preliminar a su segunda edición, escrita en 1910 (nótese como se marca ya tempranamente esta distinción que tanta mella hará en las interpretaciones posteriores).

Aquí, de nuevo una anécdota, un testimonio personal, le sirve al autor para recalcar «la imparcialidad y amplitud de espíritu» del Menéndez Pelayo maduro. La «prueba palmaria» la encuentra en

su apoyo decidido a premiar un trabajo de Mario Méndez Bejarano donde rectificaban, por erróneos, muchos datos aportados en los Heterodoxos.

Para concluir, se incluye un último capítulo sobre uno de los tópicos en la literatura sobre Menéndez Pelayo, su condición de erudito (rechazada en favor de la de genio por sus defensores en aquella coyuntura). G. Blanco, sin embargo, reconoce esa erudición, pero combate el cariz crítico con el que se aplicó al santanderino, estereotipado como un «un sabio hurón y misántropo» al que atribuyen una injustificada —por irreal— *sequedad afectiva*. Por el contrario, le redefine como un erudito «humano» y «risueño», pero al mismo tiempo «serio y honrado». Por eso en el epílogo eleva a D. Marcelino a un ejemplo para la juventud española a la que enseña «una doctrina de alta moralidad social».

El Zeus de Belvedere entre las Pirámides de Egipto. Panegiristas descarriando en pendientes de exageración

En el último de los textos seleccionados para este volumen el dominico Alonso-Getino, en pleno llanto de las letras españolas por el fallecimiento de Menéndez Pelayo, se atreve a publicar un largo artículo con el que poner coto al exagerado entusiasmo

con el que se estaba valorando la obra intelectual del santanderino. Para evitar «descarrilar en pendientes de exageración», como estaban haciendo a su juicio los muchos panegiristas que en discursos y artículos estaban cantando las glorias científicas de Menéndez Pelayo desde el día de su muerte, no duda en hacer un análisis sin reservas de su labor intelectual. Aunque supone un gran contraste a los textos publicados en esa coyuntura por no caer en la alabanza fácil, exenta de crítica, también hay que tener en cuenta que en muchos de los pasajes se puede percibir —a pesar de la hábil sutileza del autor— cierto encono hacia Menéndez Pelayo. Los resoldos de la polémica de la ciencia española, especialmente contra los tomistas, aún calentaban el ambiente a pesar del transcurso del tiempo.

De hecho, una de las exageraciones que le causaban especial enfado era la que ponía a Menéndez Pelayo a la altura de Aristóteles y Platón, o —peor aún— a la de San Agustín o Santo Tomás. Cosa que le parecía un auténtico desvarío, digno de dejarnos en ridículo ante los sabios extranjeros. Es, en ese punto, cuando recurre al discurso de Pidal en el homenaje a Menéndez Pelayo organizado por el periódico *El Debate*, para evidenciar que hasta la persona que más apoyó personal y políticamente la carrera del santanderino, su principal valedor, rechazaba

públicamente tales exageraciones empleando un símil muy gráfico: comparar al erudito santanderino con esos autores era como comparar el Zeus del Belvedere con las colosales Pirámides de Egipto.

Enfatizando más aún la diferencia establecida por los autores precedentes entre la obra de historia, o literatura, y la filosófica, Alonso Getino escribe sin reparos que en este último ámbito, el españolismo de Menéndez Pelayo fue «exagerado y anticientífico». Y es que en el fondo el dominico no le perdona que redujera al «Sol de las Escuelas» a una más entre las estrellas del firmamento filosófico, atribuyéndole incluso un trato irreverente a un tomismo al que «tenía ojeriza por no ser de origen español».

Sin dejar de reconocer su valía como investigador, lo que Alonso Getino reclama es un análisis que dé cuenta exacta del escritor montañés —algo que, si acaso llegó en algún momento, no fue desde luego en aquella fecha clave de su fallecimiento—. Desde ese supuesto desapasionamiento —que él mismo no logra alcanzar en ningún momento de su texto—, describe su faceta de historiador como una habilidosa síntesis que da lugar «a numerosas confusiones de trascendencia». Y como prueba de ello remite precisamente a los dos tomos de homenaje a Menéndez Pelayo publicados por sus amigos en 1899 donde se refutan muchos de los trabajos del

«maestro». Una crítica de la que no se libra ni siquiera la *Historia de las ideas estéticas*, donde no aprecia una evolución intelectual del santanderino. Frente a la imagen que hemos visto que se iba forjando en los textos anteriores, ahora —como contrapunto— se presenta a un Menéndez Pelayo «vidrioso, parcial y apasionado» respecto a «las cosas que le afectaban de cerca» y en sus amistades posteriores «desigual y arcano». En ese punto lanza un nuevo dardo —y bien impregnadito en veneno— contra Bonilla, quien devuelve al maestro su apasionada predilección con desmentidos doctrinales y hasta ridiculización. La conclusión de Alonso Getino es que más bien el carácter del santanderino experimentó una involución, de manera que el Menéndez Pelayo de los últimos años estuvo más alejado de la vida práctica y del trato social que el de juventud, y precisamente por ello decayendo en una desviación intelectual.

Sea como fuere, los textos de época compilados en este volumen pretenden ofrecer al lector nuevos materiales para la reflexión en torno a la vida y obra de Menéndez Pelayo, como preámbulo necesario al año de celebraciones y conmemoraciones que se sucederán en los próximos meses.

GONZALO CAPELLÁN
Santander, junio de 2011

PRÓLOGO¹

Algunos sujetos aficionados a las letras españolas, en cuyo estudio y cultivo se emplean, han compuesto y dado a la estampa los presentes *Estudios*, dedicándolos a D. Marcelino Menéndez y Pelayo, a quien estiman como excelente amigo o encomian y veneran como a agregio y hábil maestro. Para darle esta prueba de simpatía y admiración, han elegido el momento en que se cumplen veinte años, durante los cuales ha comunicado el sabio Profesor a la juventud estudiosa sus vastos y bien ordenados conocimientos desde su cátedra de la Universidad Central, con provecho evidente de la general cultura en nuestra patria. Coincide además con esto la merecida distinción de que D. Marcelino ha sido recientemente objeto por parte del Gobierno, confirmando éste de modo oficial, y en nombre del Estado, el alto concepto que tiene el público del extraordinario

1 Texto incluido en *Homenaje a Menéndez y Pelayo*, Victoriano Suárez, Madrid 1899, tomo I, páginas vii-xxxiv.

saber de D. Marcelino y el mucho crédito, autoridad y fama de que goza, no sólo en su patria, sino también en los países extranjeros. Nada más justificado, ni nada generalmente más aplaudido que el nombramiento de D. Marcelino para reemplazar en la Dirección de la Biblioteca Nacional a don Manuel Tamayo y Baus.

Los que han colaborado a la formación de este libro, a fin de evitar la monotonía de las alabanzas, han tenido la buena idea de formarle reuniendo en él trabajos sobre diversos asuntos, donde nada se dice, ni es menester que se diga, acerca del Sr. Menéndez, si bien sobrentendiéndose que la colección de dichos trabajos lleva el propósito de obsequiarle y de ensalzarle.

Acaso sea yo el único a quien se consiente y hasta se prescribe que diga algo en este libro sobre la persona a quien le dedicamos.

Yo no podía escribir un artículo erudito tratando de curiosidades literarias, dando noticias raras y mostrando a la generalidad de los hombres joyas desconocidas u olvidadas en el rico tesoro de nuestra poco estudiada y divulgada literatura. Jamás he sido apto para semejantes tareas, y mucho menos lo soy en el día, cuando por desgracia estoy casi ciego. En cambio, se da el caso, dichoso para mí, de haber yo

conocido al Sr. Menéndez desde su primera mocedad, adivinado entonces todo su valer, pronosticado sus triunfos y contribuido a abrir y allanar el camino para que los lograse. Esto, en cierto modo, me autoriza a hacer, ya que no un acabado retrato, el bosquejo de las facultades y prendas intelectuales de nuestro amigo, y a juzgar, aunque sea someramente, las obras literarias que ha dado a luz hasta el día, justificando el elevado concepto en que yo le tuve desde que empezo la constante amistad que con él conservo, y que no dudo de que persistirá siempre.

El generalizar es muy ocasionado a incurrir en errores e injusticias, por lo cual procuro yo huir de las generalizaciones. No sostendré ni afirmaré, por consiguiente, que el conocimiento de nuestras ciencias y de nuestras letras estaba harto poco difundido en la primera mitad del siglo presente; que de la historia del pensamiento español se sabía poco, y que el valer y la importancia de este pensamiento se menospreciaban. Fácil me sería citar aquí nombres de eruditos y trabajos estimables realizados por ellos; pero presupuestas tales restricciones, ¿cómo no afirmar que, por lo común, nos ignorábamos; que teníamos de nosotros muy humilde concepto, y que toda luz intelectual, toda doctrina filosófica, el criterio científico y literario, las reglas del buen gusto y cuanto constituye la base de la cultura y la raíz

fecunda de los adelantos, creíamos que venían de las naciones extranjeras? La opinión más extendida entre nosotros, y especialmente entre las personas que presumían de más liberales e ilustradas, era que, de resultas de la compresión intelectual de los inquisidores, de nuestro monstruoso fanatismo en los siglos XVI y XVII, y tal vez de otras causas que cada cual explicaba a su modo, el ingenio de nuestra nación hubo de secarse, atrofiándose sus facultades y energías, así para la especulativa contemplación de las cosas divinas y humanas, como para el estudio experimental del Universo. Así caímos, o se supuso que caímos, en hondo letargo y en lastimosa degradación mental, de la que, durante todo el siglo pasado y parte del presente, hicimos laudables aunque poco eficaces esfuerzos para salir y para elevarnos hasta el nivel de otros pueblos, afanándonos por seguirlos como a remolque, por tomarlos como modelo y por imitar o remediar cuanto ellos producían.

Así pensaba la mayoría de los españoles, y, sobre todo, los que de más discretos y cultos se jactaban. Y como nadie suele detenerse en el error en que ha caído, sino que sigue descendiendo hasta caer en más hondos errores, llegó a suponerse, aunque para no incurrir en la nota de antipatriotismo no se confesase a las claras, que nuestra civilización no sólo había degenerado, y que los frutos de ella

no sólo se habían viciado o secado al terminar el siglo XVII, sino que siempre había habido en dicha civilización y en sus frutos cierto germen de letéreo, cierto carácter enfermizo o vicioso, que les quitaba no poco valer, aun en los días de su mayor florecimiento, y que los condenaba además a corrupción y a muerte prematuras. Llegó a imaginarse que, mientras el pensamiento de otras naciones miraba al porvenir, el de España se había fijado y deleitado en lo pasado, y no ya en lo pasado verdadero y real, sino quimérico y absurdo.

Los libros extranjeros, por lo común franceses, que estudiaban en España los que algo estudiaban, y la ignorancia y el desdén de nuestros libros, concurrieron a dar ser y vida a semejantes ideas. En la mente de muchos españoles, España vino a ser una moderna Beocia, aunque tal vez sin Píndaro.

No pocas obras maestras de nuestra antigua literatura quedaron arrumbadas y no fueron reimpresas. Mientras que en otros países apenas hay persona medianamente educada que no conozca y lea a los prosistas y poetas de su nación, y no cite algo de ellos, entre nosotros vino a ser el conocerlos y el citarlos mérito singular y raro, algo parecido a la iniciación en los misterios. Poseer libros españoles era como poseer tesoros ocultos, de los que apenas formaba idea el vulgo ignorante. Tal vez los

que poseían y custodiaban estos tesoros repugnaban divulgálos, para no perder ellos el prestigio que el poseerlos les prestaba, y para que esos mismos tesoros no decayesen de su valor y se profanasen y emplebeyciesen al perder su rareza.

Así nuestra amena y rica literatura vino a ser olvidada o casi desconocida, o sólo conocida de pocos, y de éstos mal y quizás con torcida crítica. Acaso sea preocupación mía, por lo cual lo apunto con timidez; pero suele suceder, a lo que yo entiendo, que los bibliófilos se prendan y enamoran de los libros cuando son raros y cuando ellos los poseen; y de aquí nace, cuando una literatura está semi-inédita, una historia de ella un tanto cuanto falta de crítica y llena de falsos juicios. Los que en España siguieron reverenciando y observando los preceptos del neoclasicismo francés, no pudieron incurrir en semejante error, pues no puede negárseles el buen gusto, aunque meticuloso y viciado por el amor del más nimio y correcto atildamiento; pero, en cambio, movidos por ese amor y atados más que guiados por preceptos tales, desecharon con desdén mucha parte, y quizás la más castiza de nuestra riqueza literaria, y si no escribieron, concibieron una historia de nuestro desenvolvimiento intelectual, pobre, deficiente y menguada. De aquí que los poseedores y conocedores de nuestros libros antiguos extremasen,

hasta por espíritu de contradicción, las a menudo poco fundadas alabanzas.

Hubo en España, al empezar el segundo tercio de este siglo, una revolución literaria, cuyas ideas vinieron de Francia, como vienen todas las modas, y triunfó entre nosotros el romanticismo. Dió esto ocasión a que volvieran a estimarse, aunque vagamente conocidos, nuestros poetas líricos, dramáticos y épicos, y nuestros novelistas, así de los siglos medios como del tiempo de la dinastía austriaca; pero, en cambio, se censuró y se menospreció, con injusticia cuya notoriedad vemos más clara cada día, cuanto literariamente había producido nuestra nación desde el advenimiento de los Borbones, creyéndolo desmañado recuerdo del francés, sin inspiración nacional y sin carácter propio. Contra lo falso e injusto de tal sentencia, claman Quintana, Gallego, ambos Moratines, D. Ramón de la Cruz y no pocos otros notables escritores y poetas; pero no puede negarse que el vulgo, fanatizado por el romanticismo, dictó la mencionada sentencia, que aun en el día dan no pocas personas por valedera y hasta inapelable.

La historia de nuestra literatura bien puede afirmarse que hasta terminada la primera mitad del siglo XIX no estuvo convenientemente escrita por ningún español.

Las historias de nuestra literatura que más circularon y se leyeron, traducidas al castellano, fueron al principio la de Bouterweck, la de Sismondi más tarde, y, por último, la de Jorge Ticknor. Pero más que estos libros contribuyó a divulgar y a rectificar el conocimiento de nuestra literatura, despertando la afición y el aprecio con que debemos mirarla, la gran colección de autores españoles que el activo e inteligente impresor D. Manuel Rivadeneyra comenzó a publicar hacia el año de 1849 y terminó en 1880. Las obras que antes se hallaban con dificultad, pudieron así estar en manos de todos; y las introducciones, prólogos y notas con que varios literatos muy estimables ilustraron dichas obras, sirvieron para difundir, al menos en el escaso público que en España gusta de la lectura, el conocimiento de nuestras letras y de su historia. Algunas de las introducciones la dan bastante completa y justa de un período determinado. Así, por ejemplo, la introducción a los líricos españoles del siglo XVIII, donde puede afirmarse que D. Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar, ha dado al público una buena historia de nuestra literatura en el siglo pasado.

A pesar de las prolijas guerras civiles, de la instabilidad de los Gobiernos, y de los pronunciamientos y revoluciones que han afligido y postrado durante

largos años a nuestra patria, trayéndola al cabo a la abatida y mísera situación en que está hoy, todavía, ya sea a causa del general progreso de las otras naciones de Europa, a cuyo influjo no puede sustraerse, ya sea por virtud de las libertades de que goza desde hace años y de un sistema de Gobierno más popular y expansivo, España ha progresado y ganado no poco en bienestar y riqueza, sobre todo en cultura intelectual, si la comparamos con el ser que tenía en el funesto reinado de Fernando VII. Desde la muerte del citado Monarca hasta el día de hoy, no puede negarse, por mucho que ponderemos y lamentemos nuestros infortunios políticos, que la civilización española ha vuelto a renacer con más clara conciencia de lo que ha sido en otras edades y con algunas vagas aspiraciones de lo que debe ser en lo futuro.

El saber de nuestras cosas se ha divulgado bastante, contribuyendo a esta divulgación no pocas personas estudiosas y de talento, entre las que descuellan en primer término, y en los asuntos literarios de que aquí tratamos, D. José Amador de los Ríos, D. Manuel Milá y Fontanals, D. Pascual Gayangos, D. Aureliano Fernández-Guerra, el primer Marqués de Pidal, D. Agustín Durán, D. Juan Eugenio Hartzenbusch y otros varios.

Resultado del esfuerzo reunido de tales hombres fué un aprecio más alto y más justo de nuestro

valer, al menos en amena literatura. Pero entre el vulgo de los que presumen de discretos y entendidos y de los que creen que se levantan por excepción desde las tenebrosas honduras de nuestra patria hasta subir a las regiones luminosas de otros países, poniéndose al nivel de los iluminados que allí habitan, persistió no obstante, y tal vez persista aún, el más profundo menosprecio y el desdén más amargo hacia los frutos y merecimientos filosóficos y científicos de la gente española.

Contra tan humillante preocupación han clamado recientemente entre nosotros algunas personas de saber y de generoso entusiasmo. No se extrañe que yo no las cite a todas. Baste citar en este rápido estudio a algunas de las más significantes, cuyos nombres acuden a mi memoria sin el menor esfuerzo. Así, D. Gumersindo Laverde Ruiz y D. Francisco de Paula Canalejas. Ambos se esforzaron en demostrar que había habido y que hay una filosofía española. En este punto conviene, a mi ver, hacer una consideración que evita muchos errores. No poca profundidad o sutileza se necesitaría para explicar la causa; pero lo cierto es que ninguna filosofía tomó nunca el dictado característico de una nacionalidad cuando el idioma de ésta no sirve de vehículo y de medio de expresión al pensamiento de quien filosofa. Proligo sería explicar por qué. Contentémonos con afirmar

que la filosofía griega quedó escrita en griego, y que no se habló de filosofía francesa, escocesa o alemana hasta que se filosofó en francés, en inglés o en alemán. Cuando y donde se filosofaba en latín, la filosofía, por muchos y varios sistemas que produjese, y por muy notables filósofos que tuviese en un país determinado, jamás tomaba en él carta de naturalización, y seguía siendo cosmopolita. Tal vez por esto, y no porque en España hayamos carecido de filósofos, suenan con sonido extraño en nuestros oídos estas dos palabras acopladas: «Filosofía española», lo cual no quiere decir que en España no hayan florecido muy notables filósofos, ni que, si se examina con esmero y acierto, no se logre descubrir en ellos algo de común que, a pesar de sus opiniones contradictorias, los enlaza entre sí y pone en todos peculiar desarrollo dialéctico y sello castizo.

Por lo que toca a la ciencia, sobre todo cuando es verdadera y exacta, el cosmopolitismo, o mejor dicho, la universalidad, persiste siempre. Y en tal sentido, no hay ciencia alemana, ni francesa, ni inglesa. La ciencia es siempre la misma y siempre una. Lo que sí puede decirse y se ha dicho, es que tal o cual país ha contribuido en más o en menos al progreso de la ciencia. Y como hace dos o tres siglos que en muchos países extranjeros se escribe incomparablemente más que en España y se hace

la historia panegírica del progreso científico del linaje humano, resulta que España queda olvidada y desairada como poco influyente en el mencionado progreso; idea harto desconsoladora que, por desaliento, incuria o pereza, ha aceptado la mayoría de los españoles. Generosas y eruditas protestas se han escrito en España contra idea semejante. Acaso hasta donde lo consiente mi escasa lectura, me atreva yo a asegurar que la mejor protesta de este género es el libro de D. Felipe Picatoste, premiado por la Biblioteca Nacional, y cuyo título es *Apuntes para una Biblioteca científica española en el siglo XVI*.

Como quiera que ello sea, a pesar de tan laudables trabajos, prevalece aún entre los extranjeros, infisionando a los españoles, el triste concepto de que España apenas ha contribuído, o ha contribuído en sentido negativo, a la civilización del mundo. Escritores de nota, por verdadero mérito o por prestigio, han sostenido y propagado por todas partes afirmaciones tan crueles para nosotros. Si no recuerdo mal, Guizot asegura que puede hacerse caso omiso de España, como factor insignificante, al tratar de la civilización de Europa; el anglo-americano Draper nos supone culpados de haber destruído dos civilizaciones por lo menos: la arábiga y la americana indígena o *precolombina*, que él inventa para convertirla en víctima de tan horrendo sacrificio; y el inglés

Buckle da por cierto que los españoles no podemos civilizarnos a causa de los muchos y grandes terremotos que hay por aquí, y que nos inspiran un absurdo temor de Dios, el cual vicia nuestro carácter y apoca nuestra inteligencia.

Sin aducir tan necios motivos, fuerza es confesar, por desgracia, que España está en el día profundamente decaída y postrada. Su regeneración requiere, sin duda, un gran poder político, sabio y energético, ejercido con voluntad de hierro y con inteligencia poderosa y serena; pero tal vez antes de esto, y para orientarse, y para descubrir amplio horizonte, y para abrir ancho y recto camino, se requiere que formemos de nosotros mismos menos bajo concepto, y que no nos vilipendiemos, sino que nos estimemos en algo, siendo la estimación no infundada y vaga, sino conforme con la verdadera exactitud, y sin recurrir a gastados y pomposos ditirambos y a los recuerdos, que hoy desesperan más que consuelan, de Lepanto, San Quintín, Otumba y Pavía.

Aunque me repugna emplear frases pomposas, que hacen el estilo declamatorio y solemne, no atino a explicar mi pensamiento sino diciendo que D. Marcelino Menéndez y Pelayo ha venido a tiempo a la vida y ricamente apercibido y dotado de las prendas conducentes para cumplir, hasta donde pueda cumplirla un solo hombre, la misión anteriormente

indicada: para marcar, sin vaguedad y sin exageraciones, nuestra importancia en la historia del pensamiento humano, y para señalar el puesto que nos toca ocupar en el concierto de los pueblos civilizadores, concierto del que formamos parte desde muy antiguo, y del que no merecemos que se nos excluya. La misión, pues, de D. Marcelino, ya que nos atrevemos a llamarla misión, no es puramente literaria, sino que tiene mayor amplitud y transcendencia. Aunque principalmente en literatura, también en filosofía y en ciencias, en todo lo especulativo, en suma, ha procurado nuestro amigo exhibir y hacer valer los títulos de nuestra nobleza, restaurar nuestras glorias en la mente de los hombres, y reivindicar nuestros derechos, desconocidos para el vulgo. Ha procurado al mismo tiempo, sin deprimir a otras naciones, sino juzgándolas sin prejuicios, sin celos, con justicia y hasta con simpatía generosa, colocarnos, no por bajo ni a la zaga, sino al nivel y al lado de ellas, siendo verídico y justo.

Menéndez y Pelayo está ahora en lo mejor de su vida. Por delante de él hay, probablemente, largos años, que debe esperarse sean de actividad fecunda. Su obra, pues, no ha de considerarse concluída, sino apenas mediada. Y de lo hecho por él hasta ahora aspiro yo aquí a dar completa cuenta y a poner brevísimo resumen.

La misma extensión de su propósito y el constante prurito, de que no acierta a sustraerse nunca, de ensalzar el desenvolvimiento intelectual de España con el de otros pueblos, no he de negar yo que producen en uno de sus principales escritos algo que no he de calificar de falta, sino de *sobra*, pero de *sobra* que perjudica o descompone un poco la proporción armónica que debe notarse en el conjunto de toda obra artística, ya sea del género didáctico, ya sea de otro género.

Tal falta, o mejor dicho, tal *sobra*, se advierte, más que en las otras producciones de D. Marcelino, en su *Historia de las ideas estéticas*. Esta historia se limita a España en las portadas de los volúmenes que la contienen; pero en los mismos volúmenes D. Marcelino traspasa límites y fronteras, se va fuera de España, y discurre tanto o más por los países extranjeros que por el nuestro. Tal redundancia, aunque siempre grata, porque todo está bien estudiado, sabido y expuesto, se da, no sólo geográfica o étnicamente, sino también yendo más allá del punto o materia en que el libro se ocupa. Así, dicha *Historia de las ideas estéticas en España* es casi una historia literaria y artística universal o de todo el mundo.

La mejor disculpa que sobre este punto puede alegar D. Marcelino en su defensa, es la necesidad que sentía de colocar en su puesto a su olvidada o

desdeñada patria, después de hacer el examen comparativo de sus méritos y de los méritos de otras ilustres naciones. Especialmente desde hace dos siglos, en no pocas historias de ciencia, de literatura o de filosofía, se prescinde de nosotros o se nos excluye; y todo progreso y toda nueva corriente de ideas y de sentimientos, gérmenes fecundantes de altas novedades literarias, se supone que brotan en Francia, en Alemania, en Inglaterra y hasta en Escandinavia y en Rusia. Al leer, por ejemplo, la obra celeberrima del dinamarqués Brandes, se diría que España y aun la misma Italia están ya muertas o han quedado estériles, y que la vida del pensamiento y su virtud prolífica han ido a refugiarse y a concentrarse en el norte de Europa. Lo cierto es que lo escandinavo y lo ruso es lo que priva y está de moda en el día, penetrando bastante esta moda en nuestro país, donde hay ya encomiadores e imitadores de la literatura escandinava y de la rusa, no inmediatamente llegada a ellos, sino columbrada y entrevista en traducciones y panegíricos franceses.

En otra obra capital de D. Marcelino, en la *Historia de los heterodoxos españoles*, no se le puede acusar de la precitada extralimitación o redundancia. En dicha historia el autor se ciñe al asunto, y no trata de las extrañas heterodoxias sino lo que es absoluta-

mente necesario para el conocimiento de las propias y para el enlace de todo.

La *Historia de los heterodoxos* contiene un rico tesoro de rara erudición y de curiosas noticias; prueba que la intolerancia o el fanatismo jamás ahogó entre nosotros el libre pensamiento, ni le atajó para que no se saliese de las vías católicas en busca de nuevos ideales; patentiza que hemos tenido no menos grandes pensadores heterodoxos que ortodoxos; y nos defiende, por último, de la injusta acusación de haber sofocado entre nosotros el pensamiento filosófico, quitándole la libertad, y hasta de haber destruído la civilización hispano-semítica (hebreica y arábiga), como pretende Draper, por ignorancia o por malicia. Verdaderamente ocurrió todo lo contrario. Los Príncipes y reinos cristianos de la Península favorecieron y fomentaron la cultura de musulmanes y de judíos; dieron asilo, amparo y refugio a los sabios que huían de la persecución de los musulmes, especialmente en tiempo de las invasiones africanas, y no sólo estudiaron, tradujeron y comentaron la filosofía y la ciencia de los refugiados, sino que la difundieron por toda Europa, dando nuevo carácter a la escolástica de los siglos medios y marcando en ella nueva era.

A la cabeza de esta propaganda figuraron el Arzobispo de Toledo, D. Raimundo, y la escuela que

favoreció y que formó de traductores y de imitadores, como Domingo Gundisalvo, Juan Hispalense y Mauricio Hispano. Por ellos, sin duda, fueron difundidas en toda Europa las doctrinas y especulaciones audaces de Ibn Gebirol, Maimónides y Averroes.

Prolijo sería seguir encomiando aquí como se merece la *Historia de los heterodoxos* y enumerar los muchos puntos oscuros que pone en claro en la historia general de la filosofía y de la teología.

No faltan críticos que censuren al Sr. Menéndez, sobre todo al juzgar su *Historia de los heterodoxos*, de sobrado intolerante, de fanático y aun de retrógrado, como vulgarmente se dice. La verdad es que el Sr. Menéndez se muestra en esta obra, valiéndonos también de otra palabra empleada por el vulgo en cierto sentido, menos liberal que se ha mostrado más tarde. Pero discurriendo sobre herejías y siendo él sincero y fervoroso católico, no se comprende que deje de reprobar y de censurar a los herejes, a los panteístas, a los materialistas y a los ateos. Aun así, el Sr. Menéndez, impulsado por su amor a la filosofía y a la ciencia, nunca deja de ensalzar la inteligencia y el ingenio de los egregios pensadores, por muy extraviados que los juzgue.

Hay además que tener en cuenta (porque ¿cómo negarlo?) que el espíritu del catolicismo se

ha infiltrado, digámoslo así, hasta en la masa de la sangre de los españoles, prevaleciendo en los mismos giros y frases de la conversación familiar, y haciendo que hasta los hombres más revolucionarios y descreídos y más penetrados del espíritu moderno, hablen o escriban a menudo, sin caer en ello, como pudieran frailes descalzos. Para tildar a alguien de cruel, de perverso y de codicioso sin entrañas, le llaman *judío*; y para decir que alguien no está bien de salud, dicen que *no está muy católico*. No pocos sujetos suelen olvidarse, sobre todo en verso o en prosa poética, del papel de progresistas que imaginan estar desempeñando, y suelen echar de menos, como el carlista más furibundo, un tiempo pasado que tal vez no existió nunca, y lamentar nuestra corrupción del día, y atribuir a la *funesta manía de pensar* el origen de todos nuestros males. En comprobación de lo dicho, pudiera yo citar millares de ejemplos; pero baste con uno o dos. Tassara llama a la filosofía

Carnal matrona de infecundo seno,
a la cual condena porque
Nunca pudo engendrar una creencia,

al revés de como cualquier escéptico, y tal vez el mismo Tassara la condenaría hablando en prosa con más razón, por no haber engendrado sino creencias y no verdades científicamente demostradas.

Y Espronceda, nada menos que en la composición titulada *A Tarifa en una orgía*, atribuye la horrible situación de su espíritu y su furor desesperado a castigo de Dios, por haber pensado mucho en Dios y por haber querido descubrir la verdad velada, como si Dios considerase *delirio insano* y el más feo de los delitos la especulación metafísica y el nobilísimo y alto deseo de penetrar con la razón que puso en nuestra alma, hecha a imagen y semejanza suya, en los arcanos profundos de la esencia, origen y fin de los seres: lo cual, para quien no blasfema de la bondad divina, no es pecado, sino la más sublime de las plegarias.

Todavía, pues, comparado con esta predisposición casi inconsciente, involuntaria y con hondas raíces que se nota en algunos escritores y en la mayoría del público español, el Sr. Menéndez, hasta en la misma *Historia de los heterodoxos*, llega a señalarse por su tolerante y elevada indulgencia y por su amor a las especulaciones encumbradas, a pesar del riesgo de extraviarse a que se aventura quien se consagra a ellas.

En defensa de nuestro valer científico, o sea de la ciencia española en todos sus ramos, el Sr. Menéndez ha sostenido brillantes polémicas y ha dado a la estampa notabilísimos escritos, que forman, por lo menos, tres gruesos volúmenes en la *Colección de*

escritores castellanos, de D. Mariano Catalina. Curiosísimo, erudito y de no poca novedad para los profanos es el *Inventario bibliográfico* que el Sr. Menéndez ha formado; pero, a mi ver, tiene mayor mérito todavía la elocuente y razonada carta dirigida al Sr. D. Guzmérindo Laverde Ruiz. Es esta carta un espléndido cuadro sinóptico, una concisa apología, un epítome substancioso y claro de la historia del pensamiento español, desde las primeras edades hasta el día de hoy. Probado deja el Sr. Menéndez de un modo irrefutable que nuestra cultura tiene carácter original y propio; que en ella no ha habido solución de continuidad, y que el fanatismo y la Inquisición no han sofocado ni atrofiado entre nosotros el pensamiento, ni han impedido que en las más elevadas esferas de la filosofía, de la moral, del derecho y de las ciencias exactas y naturales, discurra, descubra, invente y publique cada cual lo que mejor le parezca. España, pues, amordazada o aletargada por la intolerancia religiosa, jamás tuvo que salirse del gremio de los pueblos progresivos y civilizadores.

El Sr. Menéndez siempre es juicioso y moderado y no gusta de exagerar y declamar; pero yo confieso mis dudas y vacilaciones sobre cierto punto, y mi recelo de que tal vez el Sr. Menéndez, arrebatado por el espíritu de contradicción, y en el ardor de la polémica, pondere algo más de lo justo nuestras

cosas al compararlas con las extrañas. Yo creo que la confesión modesta de nuestra inferioridad en tal o en cual disciplina puede muy bien hacerse sin faltar al patriotismo y hasta por patriotismo. No es antipatriótico confesar que en esto o en aquello hemos sido hasta hoy inferiores, y es muy patriótico anhelar y esperar que aun en aquello en que hasta hoy hemos sido inferiores, podremos un día elevarnos a la altura de quien más ha subido. Bien podemos jactarnos de que nadie supera el valor y la gloria de nuestros navegantes y descubridores, de nuestros teólogos, dogmáticos y místicos, y de nuestros infatigables misioneros, que, al difundir la luz del Evangelio entre apartadas y bárbaras naciones, han traído al acervo común del saber europeo los más peregrinos conocimientos filológicos y etnográficos, y han sido los primeros en mostrar ante los ojos de las personas cultas la flora y la fauna de remotos países, y los ritos, creencias, leyes, costumbres e idiomas de los pueblos que los habitaban. La enumeración apologética de nuestros merecimientos sería muy larga de hacer aquí. Me contento con indicarlo, y la doy por hecha. Permítaseme ahora exponer, no una afirmación que limite la apología, sino una duda que me atormenta, sin saber bastante para salir de ella, ora afirmando, ora negando. La duda es la siguiente: ¿los extranjeros que han escrito la historia del movimiento intelectual la han amañado a su gusto, o

en ciertos puntos las cosas son como ellos aseguran? Lulio, Sabunde, Vives, Suárez, el escéptico Sánchez, Foxo Morcillo y varios otros, son filósofos importantes; ¿pero deben serlo tanto como en la Edad Media San Anselmo, Alberto Magno, Rogerio Bacón, San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino y el util Escoto? ¿Tenemos en la Edad Moderna filósofos que equivalgan a Descartes, a Malebranche, a Hume, a Leibnitz, a Kant, a Fichte, a Schelling y a Hegel? Se dirá que los más de ellos fueron impíos, que sus invenciones son vitandas y que sus sistemas son un cúmulo de errores monstruosos. Se dirá que más bien debemos alegrarnos que afigirnos de que no sean nuestros compatriotas; pero no puede negarse la admirable potencia sintética de sus espíritus y el atrevido vuelo de ingenio creador y la inspiración soberana que emplearon para crear sus pasmosos sistemas, aunque sean falsos y absurdos. En esto, y mirado todo con puro amor artístico, me inclino a decir como Lessing: que si me pusieran la verdad en una mano, y en la otra el esfuerzo, el brío y el talento que se emplean para buscarla, juntos con el afán deleitoso que se experimenta y se goza buscándola, preferiría todo esto a la verdad misma.

Pero también en las ciencias exactas y naturales, de cuyos resultados nadie niega la verdad, dudo yo de que hayamos tenido hombres como Galileo,

Copérnico, Newton, Keplero, Linneo, Cuvier, La-voissier, Galvani y Volta, Franklin y Edison. No es esto impugnar al Sr. Menéndez y Pelayo, sino exponer candorosamente una duda que él acaso tenga como yo, si bien no podía exponerla tan a las claras, haciendo concesiones a sus adversarios españoles, que creen y sustentan que España ha valido siempre poco filosófica y científicamente.

La cuestión, por otra parte, no está bien estudiada ni bien dilucidada aún. Acaso el Sr. Menéndez logre estudiarla y dilucidarla por completo, cuando redacte y publique con la amplitud y el reposo convenientes las hermosas lecciones que sobre el pensamiento especulativo de España está dando en el Ateneo de Madrid, con el entusiasta aplauso de la numerosa y escogida concurrencia que acude a oírle.

Mayores y más extraordinarios que los servicios que el Sr. Menéndez ha prestado hasta hoy a la filosofía y a la ciencia españolas, son los que presta de continuo a nuestra literatura con fecundidad inagotable y con facilidad pasmosa para el trabajo.

Prolijo sería recordar aquí lo mucho y bueno que el Sr. Menéndez ha dicho en la cátedra y ha expresado sobre la materia en sus preciosos escritos, tan agradables de leer por la tersura y elegancia de su claro y fácil estilo, y tan dignos de admiración

por el saber que denotan, y más aún por el sereno y recto juicio con que lo aprecia todo, y por la elevada comprensión intelectual con que lo ve y lo coordina.

No daré cuenta aquí, ni encomiaré como lo merecen, su *Horacio en España*, sus estudios sobre Arnaldo de Vilanova, *Calderón y su teatro*, escritores montañeses y traductores de la *Eneida* y la *Iliada*. Ni tampoco hablaré de sus elegantes y eruditos discursos académicos, entre los que descuellan el de la recepción en la Academia Española acerca del misticismo en nuestra poesía, y los elogios de Francisco Sánchez el escéptico y de don Benito Pérez Galdós el novelista. Me limitaré, pues, a decir algo acerca de dos obras extensas y capitales que el Sr. Menéndez está escribiendo y publicando ahora.

Es una de ellas la edición monumental de las obras completas de Fray Lope Félix de Vega Carpio, que por encargo de la Academia Española el Sr. Menéndez dirige e ilustra. Ocho gruesos volúmenes van ya publicados de esta magnífica obra, y todos ellos contienen sendas introducciones y notas que aclaran el texto, y donde el Sr. Menéndez luce pertinente su rara erudición, su elevado criterio y la amenidad de su estilo. Sobre cada drama hace una disertación tan curiosa y discreta como entretenida. Si el drama es mitológico, nos refiere el origen y las transformaciones de la fábula que le da asunto,

buscándola en la India, en Egipto, en Fenicia, en el Asia Menor o en el centro del Asia; explicando cómo se modificó y hermoseó entre los griegos, y citando para ello los antiguos historiadores y poetas. Asimismo menciona y juzga los poemas y los dramas que sobre el mismo asunto se han escrito en otros países antes y después de Lope. Y si el drama es histórico legendario, sube el Sr. Menéndez hasta el manantial de la leyenda, y siguiendo su curso por medio de las viejas crónicas, de la tradición oral y de la poesía popular épica, nos conduce al momento en que Lope se apodera de la leyenda para componer su drama, cuyo mérito aprecia y tasa el Sr. Menéndez, en mi sentir, sin ponderación extremada.

Muy de alabar es igualmente en esta edición de Lope el orden atinado en que hasta ahora van apareciendo las numerosas producciones de aquel autor fecundísimo.

Por encargo asimismo de la Real Academia Española, y con ocasión del cuarto Centenario del descubrimiento de América, el Sr. Menéndez compuso y dió a la estampa, pocos años há, otro trabajo, cuya importancia no consiente que sobre él se guarde silencio. Me refiero a la *Antología de poetas hispano-americanos*. Consta dicha colección de cuatro tomos bastante voluminosos, aunque no se insertan en ella sino poesías de autores que ya murieron. A

mi ver, más puede censurarse esta *Antología* por lo que en ella sobra que por lo que en ella falta, si bien críticos hispano-americanos echan allí de menos un sinnúmero de composiciones y de poetas. Justo es presumir, sin embargo, que el peculiar y exagerado patriotismo de cada uno de los críticos ha influido mucho más que la razón en esta censura. Como quiera que sea, no ha de negarse que los varios discursos preliminares e introducciones con que el Sr. Menéndez ilustra la colección, forman en su conjunto una excelente historia de la literatura hispano-americana, donde, sin menoscabo del recto juicio, se notan la benevolencia y el amor con que el Sr. Menéndez examina, critica y alaba a los poetas de aquellas Repúblicas, las cuales, por más que estén políticamente separadas de España, tienen por ciudadanos a hombres de nuestra sangre y de nuestra lengua, cuyo valer y cuyos progresos nos lisonjean, y cuya decadencia y esterilidad no podrían menos de desconsolarnos y, en cierto modo, de infundirnos alguna duda sobre la vitalidad y el vigor de nuestra raza y de nuestra cultura castiza.

Más interesante y útil trabajo todavía es el que está haciendo y publicando el Sr. Menéndez bajo el título de *Antología de poetas líricos castellanos*. Seis tomos de esta *Antología* han salido ya en la *Biblioteca clásica*, de D. Luis Navarro. Las composiciones insertas en ellos

no pasan aún del reinado de los Reyes Católicos. Tal vez aquí también podría algún lector descontentadizo tildar al señor Menéndez de pródigo en la inserción de versos. Una antología, ora sea hispano-americana, ora hispano-peninsular, es como ramillete de flores y debe contener poca hojarasca y menos espinas. Valga, no obstante, para disculpa de esta acusación, el valer histórico de muchos versos, que no se ponen por el deleite estético que produce su lectura, sino como documentos preciosos de nuestras costumbres, de nuestro idioma y de nuestro pensar y sentir en los pasados siglos. Pero lo que es digno de mayor aplauso para el Sr. Menéndez, son los sendos prólogos que los seis tomos contienen; prólogos tan extensos, que en algunos tomos pasan de 400 páginas, sin que haya en seguida o apenas haya versos que sean *prologuizados*. Raro es esto; ¿pero cómo ha de ser censurable cuando, sin que lo esperemos y como por sorpresa y con modesto disimulo, el Sr. Menéndez va tejiendo en dichos prólogos una admirable historia de la poesía española? Llámela prólogos o como se le antoje, bien puede afirmarse que la historia de la poesía española, escrita por estilo magistral, con profundo saber y elevada crítica, quedará terminada y completa hasta el día de hoy, cuando el último tomo de la *Antología de poetas líricos castellanos* pase de la imprenta a los escaparates de los libreros. Y aun conviene notar que

el Sr. Menéndez, no sin que lo requiera el asunto, sino para su mejor exposición e inteligencia, traza a veces, con felices y valientes rasgos, no poco de nuestra historia social y política, que sirve de fondo a los retratos y juicios de los poetas y personajes literarios, los cuales solían ser hombres de Estado y de guerra, príncipes, magnates y aventureros, más notables y más dignos de memoria por sus intrigas, hazañas y lances de amor y fortuna, que por las *coplas* que nos han dejado en los cancioneros, en una edad en que era entretenimiento cortesano, primor y moda el componerlas. Con energía concisa y con mano diestra y fiel nos pinta, no ya meramente como literatos o versificadores, sino con todas las prendas de su carácter y actos de su vida, al Canciller López de Ayala, por ejemplo; a D. Enrique de Villena, al Marqués de Santillana, a Mosén Diego de Valera, a los Manriques y a muchos otros. Y sus cuadros, por último, de determinadas épocas y de las revoluciones y cambios que abren nuevos horizontes y marcan era, se distinguen a menudo por su fidelidad y por su dicción sintética y jugosa. Así, pongo por caso, la descripción de la galante y sabia Corte de Nápoles en tiempo de D. Alfonso V *el Magnánimo*, y la de aquellas pasmosas mudanzas y rápida transformación, debidas a los Reyes Católicos Doña Isabel y D. Fernando, por cuya virtud surgió, del seno de la turbulenta y desbaratada anarquía en que estaba

Castilla en el reinado de Enrique IV, España unida y briosa, dilatando su poder por islas y continentes antes desconocidos, dominando en Italia, rivalizando con Francia y aspirando, no sin fundamento, a la hegemonía en toda Europa.

Yo celebro, a par de la mayoría de los españoles aficionados a las letras, la erudición asombrosa del Sr. Menéndez. En su memoria guarda un inmenso tesoro de saber, bien clasificado y ordenado. Apenas habrá literatura que él desconozca, y de todas se diría que ha leído y estudiado las obras maestras en los textos originales: en hebreo, en griego, en latín y en los principales idiomas de Europa, de los que sabe al menos lo bastante para entender y traducir cuanto en ellos se escribe. Pero más aún que todo esto, admiro yo en el señor Menéndez la perspicaz agudeza con que penetra en el hondo sentido de las cosas, el dichoso tino con que las expresa luego, y la inspiración y el arte de eminente escritor, de que en tal difícil empeño hace gala.

En todas partes, y en nuestra España también, se escatiman y restringen las alabanzas. El erudito apenas se concibe que sea elocuente y original. A quien se concede gran memoria, se le niega o se le quita entendimiento, sensibilidad y fantasía. Y rara vez al investigador estudioso se atribuye el don de egregio escritor o de poeta inspirado. Conste aquí

que al juzgar al Sr. Menéndez nos apartamos de esta regla o de esta costumbre, en general harto seguida, no lo negamos, por motivos y razones que lo justifican, ya que la riqueza y poder de algunas facultades y prendas del alma parece natural que se posean a costa de la carencia o escasez de otras. Yo, sin embargo, creo que el Sr. Menéndez es tan excelente escritor como notabilísimo erudito, sin que le niegue tampoco el lauro de poeta. No es culpa suya, en mi sentir, sino culpa del mal gusto reinante, que no se celebren, al igual o por cima de muchas celebradas poesías contemporáneas, las dos hermosas epístolas sobre Horacio y sobre los autores griegos, las dos sentidas y elegantísimas elegías *A la galerna* y a la muerte del primogénito de los Marqueses de Aranda, varias canciones amatorias y varias traducciones rítmicas, en especial *El ciego* y *El joven enfermo*, de Andrés Chenier, y *Los sepulcros*, de Hugo Fóscolo.

Satisfecho, sin duda, el Sr. Menéndez con la alta y dilatada fama de que goza como erudito, como crítico y como fácil, brioso y ameno prosista, bien puede consolarse de la poca atención con que el público, reñido o desdeñoso hoy con los versos, mira, o mejor diré, no mira ni ve los que el Sr. Menéndez ha escrito. Mientras no amanecen días de más atinado amor a la forma poética, que algunos pretenden hoy que va a desaparecer, bástale al Sr. Menéndez la

gloria de concurrir como nadie a la restauración en la mente popular del pasado científico y literario de España, en su mayor amplitud, comprendiendo en esta España a Cataluña, aunque allí se haya escrito y se vuelva a escribir en lengua que no es la castellana; a Portugal, aunque constituya Estado distinto, y a las repúblicas españolas de América, aunque estén separadas de su antigua metrópoli.

Este conocimiento que tiene el Sr. Menéndez de nuestras ciencias, letras y artes, y la eficacia con que le difunde entre el vulgo, importan y valen mucho para conservar la cohesión de nuestro pueblo, cuyas desventuras le abaten y tiran a que se disgregue. No corto influjo ejerce y ha de ejercer el Sr. Menéndez y cuantos le siguen e imitan en su tarea, para que nuestra conciencia nacional salga de su letargo, se rejuvenezca, recobre sus antiguos bríos y reverdezcan y florezcan en ella, no vanas ilusiones, sino razonables y altos deseos y bien fundadas esperanzas. La nación que fué grande, que no se olvida de que lo fué, y que al comprender su pasada grandeza no se contenta con extasiarse en su contemplación para consuelo de la miseria presente, sino que la pone como firme base de otros ideales y aspiraciones, y se vale de ella como estímulo para lanzarse a conseguirlos, no es una nación muerta, sino una nación que ha de resurgir activa, feliz y poderosa en mejores

días. El gran movimiento intelectual de Italia, iniciado y seguido por Parini, Alfieri, Balbo, Gioberti, Rosmini, Leopardi, Manzoni y tantos otros, allanó el camino a Cavour, Víctor Manuel y Garibaldi, y preparó la unidad de Italia. Y los grandes poetas y filósofos alemanes, desde Lessing hasta Hegel, se diría que destilaron de sus pensamientos la esencia y el espíritu que animó a los Príncipes de Prusia, a Bismarck y a Moltke.

Fuera de sazón en estos amargos días de luto y sonrojo, sería ambicionar nada para la patria, salvo el sosiego de que há menester para alivio de sus dolencias y para curación de sus heridas; pero bien podemos decir que, aplicándonos con amor y esmero al estudio y examen de nuestro pensamiento nacional y de su manifestación y progreso en la historia, conservaremos, rectificaremos y quizá magnificaremos la conciencia de nuestro ser, la virtud plasmante que debe mantener la nación unida y la capacidad o potencia de una renovación gloriosa, por desgracia quizá harto distante de convertirse en acto.

JUAN VALERA

EN HONOR DE MENÉNDEZ Y PELAYO¹

LA TRADICIÓN INSPIRANDO AL GENIO

Señoras y Señores:

Si esos aplausos fueran la fórmula de una esperanza, quedarían defraudados; pero, si son hijos de vuestra bondad y son un estímulo para esta especie de combate que voy a empezar, comprendiendo vosotros mejor que nadie la empresa difícilísima que tengo que acometer después de lo que habéis oído, yo los recojo como un galardón anticipado, ya que no habéis de poder darlo postrero a mis palabras.

1 Discurso pronunciado en el Teatro de la Princesa, de Madrid, el 9 de junio de 1912. Texto incluido en *Obras completas de Vázquez de Mella*. Tomo XVIII. *Crítica* (II). Madrid, Junta del Homenaje a Mella, 1933, pp. 59-123.

Después del abrumador torrente de elocuencia que acaba de descargar sobre vosotros uno de los más grandes oradores que jamás hayan existido en la tribuna española, mostrándoos todas las facetas de aquel brillante cuyos reflejos no se agotan nunca al brillar al sol; cuando recordéis aquella apología tan maravillosa de la tradición, penetrando, como un árbol, profundamente en el suelo y recogiendo hasta de las corrientes subterráneas la savia fecundante, como se decía en las cuartillas, que nos acaban de leer, del autor del *Amor de los Amores*, de Ricardo León, y cuando todavía resuena en nuestros oídos la prosa clásica y amena del sucesor de Menéndez y Pelayo en la Biblioteca Nacional, del sucesor de aquel bibliotecario singular que no estaba en la Biblioteca porque la Biblioteca estaba en él... *(Grandes aplausos)*.

Cuando todas estas cosas han pasado ante vosotros, deslumbrando vuestro entendimiento, y sobre vuestros corazones, ¿qué queréis que haga yo? Y, sin embargo, todos esos aspectos diferentes, por los cuales se ha presentado a Menéndez y Pelayo, se resumen en una gran unidad. La tradición fué como su musa inspiradora; él es el genio de la tradición nacional; en él encarna como en pocos hombres se ha encarnado; él era el gran artista que nos pintaba tan maravillosamente el señor Pidal; y

el señor Pidal, que es un artista prodigioso, podía pintar muy bien a Menéndez y Pelayo, porque se comprenden los grandes artistas, y puede ser el digno comentador de la obra suya; y el estilo, el modo, el procedimiento, la amenidad, que nos ponderaba el señor Rodríguez Marín, era también una forma artística suya; y cuando nos enumeraba sus obras y nos pintaba la epopeya nacional como uno de los ideales de Menéndez y Pelayo, el gran cantor de esas supremas empresas, el padre Zacarías, todos ellos no venían, en último término, más que a demostrar algo de lo que decía un crítico francés hablando de Pascal: que tenía en algunas páginas el sello de Labruyère, y en algunas la ironía de Voltaire.

«Tenía todos los estilos» —decía—. ¿Por qué los tenía? —preguntaba—. Pues porque tenía antes todos los dones del espíritu, y Menéndez y Pelayo, precisamente porque tenía todos esos dones en una riqueza tal, es un brillante de tantas facetas que se le puede examinar como artista, como historiador, como filósofo y hasta como teólogo, porque, como resumía en cierta manera a España, resumió todas las manifestaciones de nuestro genio, y por eso no podía quedar apartada de su mente la excelsa y la suprema ciencia de la Teología (*Grandes aplausos*).

HOMENAJE GENERAL A LA MEMORIA DEL POLÍGRAFO. SU LABOR RECONSTRUCTORA

Al morir, realizóse un fenómeno, único en esta España desquiciada y dividida en sectas, en escuelas, en partidos: la rara unanimidad que revela el fondo noble del alma española. Todos le han rendido acatamiento, y ahora se levanta su figura radiante y gloriosa sobre un pedestal, el de sus propias obras, como sobre una pirámide de oro, y las aguas mismas de las sectas rencorosas de la impiedad, que con frecuencia nos azotan, vienen a rendirse a sus pies plácidas y tranquilas, con su velo de espuma, como tributándole vasallaje (*Grandes aplausos*).

Menéndez y Pelayo llegó en una época de las más críticas de la Historia, porque, cuando se rompen las relaciones con Dios, los hombres no están unidos por ninguna parte.

Las relaciones transcendentales de causalidad, en que el *hombre-efecto* está ligado a *Dios-causa* por dependencia absoluta, y de finalidad, en cuanto el hombre es medio y Dios fin, cuando se rompen, destruyen al mismo tiempo la igualdad que en ellas se funda, y la trama espiritual de las sociedades se quebranta. Vienen entonces los individualismos altaneros, las autonomías de la razón, y, al desaparecer toda solidaridad y toda trama, la sociedad se

convierte en polvo y se producen las grandes anarquías intelectuales y los períodos de crítica, que lo son de transición, en que ya no hay obra colectiva común, ni brillan en el orden intelectual las grandes construcciones; es la época de los fragmentos, la época de las monografías, la de los ensayos, de las autobiografías y de las memorias ; pero no es época ya de libros y de obras sintéticas, porque la unidad es una reina que necesita que la variedad esté como dispuesta para recibirla, y ella no puede venir a asentarse sobre el polvo del individualismo atómico (*Gran ovación*).

En esa época crítica llegó Menéndez y Pelayo; y al echar una mirada sobre su pueblo, al ver a la sociedad desquiciada y dividida, al ver cómo se apartaba y se alejaba de sí misma al cortar el vínculo que la unía con otras edades, repudiando su tradición; al ver cómo se ignoraba al ignorar su propia historia, pensó que él podía hacer una de estas dos cosas: o bien recoger de todos los palacios intelectuales que él conocía, porque en todos había pernoctado, los sillares y las piedras más hermosas para construir un edificio tal que, ornamentado con su estilo, pudiesen caber en él holgadamente las generaciones futuras; o bien reconstruir el propio edificio nacional ante un pueblo que le olvidaba. Yo creo que tenía capacidad para formar, si no crear, uno nuevo con los despojos

de todos los alcázares, y sellarlo con su genio, para que en él pudiese albergarse cómodamente una generación creyente, intelectual de verdad; pero prefirió una obra más grande todavía: reconstruir interiormente, espiritualmente, a su pueblo, levantar el alcázar de la Madre España, piedra a piedra, sin que faltase un solo sillar; pero no sólo como una obra de arquitectura intelectual o literaria, sino para infundirle su propia alma y su espíritu, a fin de que las generaciones nuevas gravitasen como las moléculas de nuestro cuerpo en la circulación vital, siendo informadas por ese espíritu y pudiendo acrecentarlo de nuevo con sus empresas (*Grandes aplausos*).

Esa fué su tarea, ésa fué su obra, ésa es su idea central. Mirad en conjunto la mole ingente de sus obras, y veréis cómo toda esa variedad se subordina a esa unidad.

LA TRADICIÓN Y EL PROGRESO

Menéndez y Pelayo no había caído jamás —era demasiado grande su entendimiento y demasiado levantado su corazón para caer en ella— en esa antinomia, que sólo puede reinar en la mente del vulgo ínfimo, porque hay muchas clases de vulgo, que la quieren establecer entre la tradición y el progreso. ¡El progreso! Si él significa adelanto legítimo; si él

quiere decir perfección sucesiva, descubrimiento de una verdad o de una relación desconocida, o de una consecuencia, o de una aplicación de verdades ya conocidas, que no otra cosa puede ser en los dominios intelectuales, el progreso moriría al nacer, si la tradición, que es la continuidad de la vida y que no significa, ni siquiera etimológicamente, estacionamiento, sino movimiento, no le recogiese en sus brazos. El progreso inventa, descubre una verdad desconocida y las derivaciones de una conocida, y esa verdad es conservada, con el trabajo de las generaciones, que la transmiten a las venideras, y no tiene derecho una generación intermedia, amotinada, a suspender la obra de las generaciones anteriores (*Grandes aplausos*).

La tradición es como el mayorazgo espiritual de un pueblo, y los fundadores quieren que se transmita a las generaciones venideras. No hay derecho a malversar ese patrimonio, pero sí a acrecentarlo, sí a aumentarlo. ¿Por qué? Porque los venideros tienen derecho a esa obra, y no es lícito que entre ellos y los antepasados se interpongan algunos para privarlos de la herencia y abrir en la Historia una sima para el progreso, que no puede muchas veces salvarla (*Muy bien, muy bien*).

Por eso Menéndez y Pelayo, comprendiendo perfectamente que la tradición y el progreso eran en el

fondo una misma cosa y que no hay progreso sin tradición que lo continúe, ni tradición sin progreso que la vigile, vino a juntarlos en su espíritu: él comprendió como nadie que, como antes se os recordaba, pueblo que abandona su propia historia, pueblo que vuelve la espalda a su pasado, que reniega de las generaciones que le precedieron, que desprecia el caudal de creencias, de ideas, de instituciones que esas generaciones le legaron, es pueblo que no va por el camino de la gloria, sino que se pierde por el plano de la decadencia en los abismos de la degradación (*Aplausos*).

NUESTRA HISTORIA INTERNA

Porque Menéndez y Pelayo lo creyó así, quiso hacer resurgir una grande España. Teníamos, aunque mutiladas, y muchas veces escritas con espíritu contrario al que animó a las empresas de nuestros mayores, historias puramente externas de la antigua España; pero no teníamos una historia verdaderamente interna de toda la vida nacional. ¿Quién era el que podía abarcar en su conjunto todas las manifestaciones de nuestro genio? Y Menéndez y Pelayo —siguiendo las huellas de su maestro y mi maestro, el inolvidable Laverde, como Laverde había seguido las del padre Cuevas y éste las de Forner—

había hecho una vindicación gloriosa de la ciencia española, y después, en el último tomo de su obra, un inventario copiosísimo, que completaba la obra de Nicolás Antonio; un índice, que asombra, de lo mucho que había producido la antigua España. Pero hizo más: marcó como nadie los indelebles caracteres del espíritu nacional en todas las grandes producciones intelectuales. Y queriendo señalarlos todos, no se contentó con levantar ese gran monumento a la producción intelectual filosófica y teológica en España, sino que ahondó en el espíritu mismo popular e investigó, con saber no igualado, los orígenes de la poesía y de la literatura peninsular. Aquí recordaba admirablemente el señor Herrera, al comienzo de esta velada, palabras inolvidables suyas, dichas con ocasión del centenario de Balmes, y el padre Zácarías hacía resaltar aquel hermosísimo período en que terminaba el discurso sobre Milá y Fontanals, afirmando como nadie la unidad nacional.

MENÉNDEZ Y PELAYO, REGIONALISTA

Pero Menéndez y Pelayo —que era, como decía el señor Pidal, perfectamente armónico, porque tenía, como pocos, el sentido de la belleza— no caía en viciosos extremos: no afirmaba la unidad monótona, centralista, que mata las energías nacionales

y quiere convertir a la Nación en Estado y pulverizar a las regiones suplantando su propia vida para que no exista más historia que la del Poder público, triturando todos sus organismos y no consintiendo ninguna corporación que él no autorice; no, era demasiado conocedor de la patria historia para no sentir vivamente la llama regionalista que ardía en su pecho; y por eso protestaba airado, en un brindis célebre, en el Escorial, contra la unidad centralista a la francesa, y cantaba el municipio español, hijo del romano unas veces y otras no, pero, al fin, glorioso municipio, sublimado, como él decía, hasta las alturas del arte por Calderón en el *Alcalde de Zalamea (Aplausos)*.

Pero Menéndez y Pelayo afirmaba de tal manera la variedad nacional, que la iba a estudiar en todas las partes ; y por eso, cuando hablaba de la obra literaria de España, no se refería sólo a la de Castilla, con ser la de Castilla tan importante, no sólo por sí misma, sino por haber colaborado en ella todas las regiones de la Península; no, Menéndez y Pelayo las conocía todas: había estudiado como nadie y con una diligencia suma toda la literatura catalana, desde el *Desconhort*, de Raimundo Lulio, hasta las obras que inmediatamente preceden o siguen a la *Atlántida* y al *Canigó*; había estudiado toda la literatura lusitana, desde Camoens hasta el vizconde

de Almeida Garret; desde las obras de Gil Vicente, gran dramaturgo, y Meló, gran historiador, que escribía en castellano aunque era lusitano, hasta Juan de Lemus, y Oliveira Martins; él había estudiado la literatura gallega, desde las *Cantigas*, de Alfonso el Sabio, hasta las poesías de Rosalía de Castro ; él conocía, como no ha conocido nadie, la literatura castellana, y, en su *Antología de los poetas líricos*, penetró en las mismas entrañas de la poesía, investigando los orígenes de los romances y canciones, y, a su lado, las colecciones de Estala, de Quintana y de Sánchez parecen pequeñas y borrosas cuando se las compara con esa obra colosal, interrumpida, desgraciadamente, al acabar el estudio de Boscán y cuando iba a hacer el de Garcilaso. Y él, que abarcaba toda la literatura española en su conjunto, no se contentaba con la literatura peninsular, sino que iba a estudiarla fuera, en América; porque Menéndez y Pelayo no confundió jamás el Estado con la Nación, no confundió nunca la extensión y los límites a que llega el Poder público con la civilización española, y no cayó en aquel otro absurdo en que caen los que no ven nada más que el pormenor y el detalle, aquellos que, por estar sumergidos en el fondo de una unidad, no la advierten.

LA GRANDEZA DE LA UNIDAD CANTADA POR
MENÉNDEZ Y PELAYO.
LA HETERODOXIA NO NACIÓ EN ESPAÑA

El, que conocía y afirmaba de tal manera la variedad de todas las literaturas y de todas las regiones, sentía como nadie la unidad espiritual de nuestro pueblo (*Muy bien*). El no consideraba a la Nación como un río que nace y brota de una sola fuente, de un solo manantial, sino que la reconocía como un río anchuroso formado por muchos afluentes; los afluentes son las regiones; y esos afluentes, al juntarse en un solo cauce, forman la Nación; los que no reconocen nada más que los afluentes y niegan el río, no piensan como pensaba Menéndez y Pelayo; ni tampoco los que afirman el río y niegan los afluentes. El afirmaba la unidad y la variedad nacional; sentía el vínculo espiritual de nuestro pueblo; por eso cantó, en páginas que no morirán, su grandeza.

¿Cómo no había de cantarla Menéndez y Pelayo, si toda su obra, aun aquella que parece más alejada de esa empresa, va a parar a ese término, y reconoce siempre ese mismo ideal? Si miráis, por ejemplo, la *Historia de los heterodoxos españoles*, y recorréis todas sus páginas hasta el tomo con que últimamente la enriqueció, haciendo el resumen de nuestra prehistoria, observaréis que, cuando llega a

los tiempos cristianos y se va a buscar la verdadera heterodoxia, Menéndez y Pelayo, en realidad, no la encuentra nunca original en España, siempre la encuentra importada y exótica. Ni el cisma de Basílides y de Marcón, ni los errores arriános de importación gótica, ni Prisciliano mismo, que es un gnóstico, ni las herejías posteriores de la Edad Media, como los albigenses de Aragón, fraticelos de Durango, y los alumbrados de Llerena, y los protestantes, y el doctor Egidio; ni Constantino, ni Cazalla, ni el bachiller Herrezuelo, ni más tarde los mismos enciclopedistas y los regalistas, y después los liberales desamortizadores de que hablaba el señor Pidal; ninguna de todas esas sectas ni escuelas ha nacido vigorosa en el solar nacional; todas son de producción extranjera.

Por eso, frente al cuadro de los heterodoxos, presenta Menéndez y Pelayo el cuadro gigante de los apologistas, que, por cierto, son desproporcionados a los enemigos que combatían; y así, desde Osio hasta San Isidoro, de San Isidoro a Tajón y de Tajón a San Eulogio, Álvaro Cordobés, el Abad Sansón y el Abad Esperaindeo, que luchan en la Reconquista con la inteligencia como los cruzados con las armas, hasta la legión de los teólogos del siglo XVI, de los doctores de Trento, de los grandes artífices de la *Escolástica*, cuya obra fué recogida y acrecentada y dilatada por pensadores tan sutiles y profundos en los

problemas más arduos como Daneg y Molina, hasta los que luchan ya en el decadente siglo XVIII, como Frey Jerónimo de Ceballos, Valcárcel y el mismo padre Feijóo, y después, en el siglo XIX, todos aquellos pensadores que desde el padre Alvarado hasta el gran Balmes, y Donoso Cortés, y el Padre Ceferino González, y Cornelias, forman una cadena inmensa de apologistas que piensan como piensa el pueblo español, que sienten como él siente, que se identifican con su espíritu, hasta terminar en el mismo historiador de todos, que en el final de su obra parece decirnos lo que ha afirmado al principio: que todas las herejías están aquí en contradicción con el espíritu nacional, son excreencias suyas, nunca han arraigado ni han tenido ambiente en España, todas han venido de fuera, porque la ortodoxia católica es consubstancial en esta nación, nacida a la sombra de la Cruz, y tan identificada está con ella, que, si de la Cruz se separase, desaparecería su alma y sólo quedaría un pedazo del mapa con el nombre de España (*Grandes aplausos, grande y prolongada ovación, que dura varios minutos*).

SUPREMA SÍNTESIS DE LA BELLEZA

Buscadle en la *Historia de las ideas estéticas*, y veréis cómo, al empezar en las primeras páginas exponiendo

y comentando los *Diálogos* de Platón, y la *Poética* de Aristóteles, y el *Tratado de lo sublime* de Longino, y las obras de los Santos Padres, como San Agustín, como no los ha podido comentar nadie mejor, y avanzar después por el campo de la Escolástica durante la Edad Media, recogiendo en la *Summa* los granos de oro en donde está como comprendida una sublime estética, y recorrer a los pensadores árabes y judíos y a nuestros grandes místicos, extrayendo de ellos veneros de riqueza; al fijar la importación y la influencia extranjera, hace, sin quererlo y sin proponérselo, la historia de la estética general al hacer la *Historia de la estética española*, que admira Benedicto Croce. Veréis cómo, al terminar la obra, que queda incompleta, se ve allá a lo lejos una síntesis final, pues todos los arroyos de estética que por aquellas páginas corren van a terminar en una unidad que Menéndez y Pelayo veía en lontananza, aquel ideal supremo que reverberaba en las palabras del señor Pidal, la unidad a que tenía siempre su espíritu sediento de verdad y de belleza... Yo me atrevería sintéticamente a demostrarlo, aunque pudiera ampliar mucho la demostración.

Mirad un cuadro, el más perfecto que se os antoje; contemplad una campiña espléndida, observad una estatua maravillosa, y comparad todas las formas que queráis de la belleza, la campiña, el cuadro, la estatua, un poema, una poesía lírica, un drama,

una composición musical... todas las manifestaciones del arte, y decidme si cada una no responde a un tipo ideal de belleza que le sirve de norma. ¿Por qué juzgamos la estatua, por qué juzgamos el cuadro, por qué juzgamos los poemas de determinadas escuelas y los comparamos unos con otros? Es porque responden a un ideal que nos sirve de norma para juzgarlos.

Pues bien: entre todas esas clases y categorías de belleza debe haber alguna unidad común; si no la hubiera, sería una variedad sin unidad, y el conjunto, por tanto, sería la anarquía, sería el desorden, la fealdad, y, siendo ellas obras bellas, el conjunto no lo sería, lo cual es absurdo. Luego hay en ellas una unidad común, pero esa unidad común será una idea o será una realidad y un ejemplar; si es una idea, como concepto, será posterior a las cosas en que se encuentra realizada, y, además, como es una unidad, es anterior a la variedad y no puede ser su resultado; luego tiene que ser una realidad; pero las diferentes clases de ella no pueden ser determinaciones y manifestaciones (*Muy bien*) de una realidad única, porque entonces esa realidad única tendría manifestaciones y atributos contradictorios; y no sería única, porque lo diferente no puede ser idéntico; y si no puede ser una idea posterior a la variedad y no puede ser tampoco una unidad panteísta

que la comprenda, entonces tiene que ser una realidad subsistente y ejemplar, el arquetipo único, del que todas las cosas bellas no son más que pálidos reflejos, copias infinitesimales y lejanas del ser infinito» que llamamos Dios (*Grandes aplausos*).

EL AMOR A LA PATRIA EN LOS LIBROS DE MENÉNDEZ Y PELAYO. NUESTRAS CREACIONES FILOSÓFICAS Y LITERARIAS

Menéndez y Pelayo, que buscaba la unidad en todo, que amaba la verdad y tenía sed de belleza, como amaba tanto la tradición española, y resumía en su alma todos los arroyos del saber nacional y todas las inspiraciones del arte que habían pasado por la Península, sentía un amor a España que sale y relampaguea en todas las páginas de sus libros. ¿Quién como él ha cantado esa grande España que evocaba aquí en términos tan elocuentes el padre Zacarías Martínez?

Y la verdad es que hoy, cuando se han sentido tantas veces las injurias y las afrentas de una generación, demostrada incapaz de comprender las grandezas pasadas y que, para cohonestar las vilezas presentes, suele lanzar, como injurias a los tiempos pasados y a sus antecesores, sombras para no verlos como acusadores de lo que ella está realizando

(Grandes aplausos), ¿quién en estos tiempos no ha de sentir que el ánimo se deleita, que el corazón se recrea, que el entendimiento parece que se dilata con las grandes esperanzas que difunden las páginas del inmortal polígrafo en que se canta a la madre España? Hoy, después de catástrofes, de desventuras que han empañado muchas veces la bandera nacional, se siente el ánimo regocijado al volver los ojos atrás, no para maldecir, que eso es obra de hijos ingratos y espúreos, a los padres gloriosos, sino para enorgullecerse de ellos e imitarlos (*Muy bien, muy bien*). Así aquella España gloriosísima realizó, como Menéndez y Pelayo nos ha manifestado muchas veces, empresas tales, que ellas solas repartidas bastarían para hacer la gloria de muchos pueblos. Nosotros creamos en el orden literario un teatro superior al teatro griego; nosotros creamos el drama caballeresco, y el drama teológico de los *Autos Sacramentales*; antes que nadie rompimos las unidades clásicas de la escena, y creamos el drama de costumbres y hasta la comedia moderna, y una literatura picaresca que con su realismo singular se ha anticipado a las escuelas modernas, sin confundirse con ellas; tuvimos unos místicos como no los ha tenido ningún otro pueblo, porque el carácter psicológico que los distingue hace que sean superiores a los místicos alemanes; engendramos, en el orden intelectual, filósofos de la potencia de Suárez, que siglo y medio antes

que Kant refutaba a Kant al tratar de los universales (*Muy bien, muy bien. Grandes aplausos*); a gigantes como Luis Vives, sembrador de sistemas y crítico de las corrupciones de la lógica, que quería restaurar los textos helénicos; nosotros, que teníamos jóvenes pre-coces, que apenas se concibe cómo podían juntar en su entendimiento tantas luces y esplendores, como Fox Morcillo, el cual armonizaba a Platón con Aristóteles, y hasta precedimos a Descartes con Gómez Pereira, y a los agnósticos con Sánchez, y renovamos la teología con Melchor Cano, y al mismo tiempo, realizamos en el orden material hazañas que asombran y deslumbran.

COLONIZANDO A EUROPA. LAS DOS GRANDES TRILOGÍAS

¡Si casi colonizamos a Europa! Porque Bélgica y Holanda eran provincias nuestras, y lo eran la Borgoña y el Franco Condado, y era un feudo nuestro Italia, y un lago español el Mediterráneo, y un general de nuestros tercios Austria, y, lo mismo en la vertiente de los Apeninos y los Alpes que en las cumbres de los Andes, nuestra enseña gloriosa pudo ondear triunfante, porque Dios, para premiar la fe en España, hizo que diésemos el espectáculo que no ha dado nadie en la Historia, el que llamaré

un milagro político hereditario; porque ni Aníbal, ni César, ni Alejandro, ni Napoleón tuvieron sucesores, pero nosotros hemos tenido dos trilogías de soberanos que no se han conocido en el mundo. Un día, Colón depositó un mundo en el manto de los Reyes Católicos, y, cuando a la muerte de Doña Isabel tuvo que plegarse el manto, lo cogió el sayal del gran Cisneros (*Estruendosa ovación*).

¡Isabel la Católica, Don Fernando y Cisneros! Y cuando el Fraile dejó caer de su hábito el manto, lo recogió, para enaltecerlo todavía más, en su manto imperial el gran Carlos V; y entonces fué, señores, cuando, no sólo le engrandeció, sino que, cuando ya abatido el león, fatigado, iba a dormir a los pies de aquella Virgen de Guadalupe (cuyo templo con colores tales nos pintaba el señor Pidal, y cuya imagen había paseado en triunfo por las selvas americanas Hernán Cortés), al dejar el mundo lo recogieron en los brazos sus hijos Felipe II y Don Juan de Austria; y de tal manera le levantaron y le estrecharon contra su pecho, que las palpitaciones de su corazón marcaron el curso de la Historia; y fué entonces cuando el sol, cautivo en nuestra Corona, parecía el ósculo con que Dios, agradecido, besaba la frente de España (*Gran ovación*).

LA REDENCIÓN Y LA GRANDEZA DE ESPAÑA REBASANDO LOS LÍMITES DE LA EPOPEYA

Entonces por primera vez se confundieron en una la historia y la epopeya. Los errores que apuntaba el señor Pidal, de los que daba una explicación artística admirable en su discurso de ingreso el señor Menéndez y Pelayo en la Academia de la Historia, quizá hayan nacido al contemplar el cuadro de España en el siglo XVI; porque allí la poesía, la historia y la epopeya se identificaron de tal manera, que es muy difícil distinguirlas. Sí, y la prueba está en que todos los grandes hechos de la historia han tenido su epopeya: la ha tenido la catástrofe del Paraíso, y la ha cantado Milton: la ha tenido el pueblo helénico, y la ha cantado Homero; la ha tenido el pueblo romano, y la cantó Virgilio; la han tenido, simbólicamente al menos, el cielo y el infierno, y los cantó Dante; la han tenido las Cruzadas, y las cantó Tasso; la han tenido las empresas lusitanas, que eran una parte de nuestra nacionalidad, y las cantó Camoens.

Dos hechos hay que no han tenido epopeya: la Redención, porque todas las tentativas, como las de Klostop y Ojeda, eran demasiado grandes para otros asuntos, pero eran demasiado pequeñas para él, que lo abarca todo (*Muy bien, muy bien. Grandes aplausos*).

La Redención no tuvo epopeya, y la grandeza española del siglo XVI tampoco la tuvo. ¡Ah! Si nos fijamos en todos aquellos grandes hombres, reyes, guerreros, descubridores, sabios, artistas..., parece que forman selva; nosotros los vemos aislados, y ellos estaban juntos, y, para abarcálos entonces, era necesario mirarlos desde el cielo (*Muy bien, muy bien*).

Pero os diré más: esa epopeya fue tan grande, que sólo podrían cantarla el cielo y el infierno: el cielo, para premiarla con un mundo, y el infierno, con un rugido de impotencia, que, aun estando decadentes, todavía nos persigue, como si temiera que volviéramos a ser grandes (*Aplausos prolongados*).

LOS CRÍTICOS POSTUMOS. LA POBREZA DE ESPAÑA

Yo ya sé que, cuando se habla de todas esas grandezas a esta generación enteca, que a veces no es ni siquiera capaz de abarcárlas en su retina, hay críticos que vienen siempre, después que los sucesos han pasado, a decir lo que ciertos retóricos romanos, que, tres siglos después de las guerras Púnicas, le aconsejaban a Aníbal que no se detuviese en Capua (*Risas y aplausos*).

Ya sé que esos críticos sagaces, aunque póstumos, dicen que había entonces, y como resultado de todas esas grandes empresas, bastante pobreza en España. Pero, señores, no parece sino que, después de haberse identificado la Historia de España con la Historia Universal; después de haber creado al otro lado de los mares 22 Estados que hablan nuestra propia lengua y tienen nuestra sangre, y de haber hecho por la civilización lo que no hizo nadie en el mundo, todavía habíamos de pagar un dividendo a las familias de esos críticos (*Muy bien. Ovación*).

Además, eso de que entonces llegamos a ser pobres yo no lo creo, y tengo para ello un dato de bastante importancia, y es que no seríamos tan pobres cuando después se nos ha robado tanto (*Grandes risas y aplausos*).

EL FATALISMO PROTESTANTE Y EL FATALISMO CESARISTA

Nosotros no sólo luchamos por la grandeza de nuestro pueblo y la expansión de nuestra raza; fuimos, como decía Menéndez y Pelayo, los *gonfalonieri* de la Santa Sede y la amazona de la raza latina, los que salvamos a la civilización europea. ¡Ah! Hoy no nos fijamos en aquella hora solemne y crítica de la Historia. Dos fatalismos avanzaban sobre Europa: el

fatalismo protestante de la predestinación necesaria y la justificación por la fe sola y sin las obras (si los protestantes no hubieran estado a más altura que su doctrina, habrían convertido al mundo en un calabozo y un presidio), y al mismo tiempo el fatalismo cesarista, que aparecía por Oriente sobre las ruinas de Bizancio.

Así como, antes de que cayera bajo el dominio extranjero, en Florencia aparece la figura grandiosa de Savonarola como personificación de la Edad Media, y muestra a Lorenzo el Magnífico moribundo, con su mano descarnada, un crucifijo, condenando las impurezas de su corte corrompida; un gran historiador moderno, Godofredo Kurt, en los *Orígenes de la civilización moderna*, nos describe a Tadeo Estadita, el último santo, el último monje que no se rinde, que, desterrado tres veces, encerrado cinco años en un calabozo, rodeado por el postre grupo de sus discípulos, lanza los rayos de su elocuencia sobre aquel pueblo de meretrices, de Césares y sofistas, y sus últimas palabras son como los rayos del sol que se despide, de un astro que transpone el horizonte, anunciando los nuevos Césares que sustituirán a los antiguos, para que aquellos apóstatas que se levantaron contra Roma, deshicieron la unidad y traicionaron a los Cruzados, caigan bajo la cimitarra de Bayaceto. Este era el fatalismo que avanzaba

sobre el Extremo Oriente, y nosotros tuvimos que luchar contra los dos. En Flandes y en Muhlberg vencimos el fatalismo occidental de la Protesta; en Lepanto, que ha sido en realidad la última Cruzada, hundimos en el Golfo de Corinto, con la Media Luna, aquel otro fatalismo oriental que venía a enseñorearse de Europa. Suprimid la lucha de Flandes, suprimid la batalla de Muhlberg, suprimid la empresa heroica de Felipe II y de Don Juan de Austria, y veréis entonces cómo el fatalismo oriental, que venía por Bizancio, se hubiera posesionado de Europa, saltando sobre las ruinas de Viena avasallada y rendida; y cómo después del primer choque de los Sultanes, que venían de Oriente, con los Reyes-Papas, que, para aligerar la tiranía de Roma, se habían puesto la Tiara sobre la Corona, por la comunidad de principios y de odios se habría formado una Federación de califatos heréticos y musulmanes, y la lámpara del Pontificado, desde la colina del Vaticano, lanzaría fúnebres resplandores sobre el cadáver de la libertad y de la civilización europea (*Grandes aplausos*).

LA FE CATÓLICA PRODUJO NUESTRAS EPOPEYAS. ESPAÑA ENSEÑANDO A REZAR AL MUNDO

Nadie comprendió mejor que Menéndez y Pelayo esas grandes empresas nacionales; pero él sabía

que todo eso no lo había realizado España como por un esfuerzo gigantesco nacido sólo de sus propias fuerzas ingénitas y naturales: débíalo, en gran parte, en la principal, a una fuerza sobrenatural que anidaba en todos los pechos españoles: la fe católica. Por eso el amor del patriota se confunde siempre con la fe del creyente; y ¿cómo no había de ser así si él, que estudió como nadie nuestra historia y nuestra literatura, sabía que esta Patria española gozó de un privilegio que yo he señalado alguna vez, único que no tiene ningún pueblo de la tierra? Porque el *Decálogo* lo estableció Dios en el Sinaí, el *Padre nuestro* lo formularon los labios del Redentor, el *Credo* mismo salió como una fórmula del Cenáculo; pero cuando la herejía arriana vino a alterar el dogma central del Cristianismo, fué un glorioso Obispo español, Osio, el presidente del Concilio de Nicea, el que convirtió a Constantino, y parece que tuvo el encargo providencial de redactar el *Símbolo* que repite hoy la Cristiandad entera. Y fué un Obispo español del siglo x, San Pedro de Mezonzo, como lo ha demostrado hasta la saciedad la crítica histórica, el que formuló la más dulce de las plegarias cristianas, la *Salve*, que después repitieron los Cruzados en los arenales de la Siria; él fué quien la formuló; como más tarde, en el siglo XIII, fué de los labios y del corazón de un fraile español, Santo Domingo de Guzmán, de donde salió pri-

mero el *Rosario*, como una guirnalda de pensamientos amorosos dedicados a la Virgen (*Grandes aplausos*).

Así es que hemos enseñado a rezar a la Cristiandad entera; y cuando se repite el Credo cristiano, allí está la huella del pensamiento español de Osio; y cuando murmura la plegaria más amorosa, allí está la de San Pedro de Mezonzo; y cuando se reza amorosamente el Rosario, allí está la de Santo Domingo de Guzmán (*Grandes y prolongados aplausos*).

Por eso toda la literatura peninsular parece que nace como una flor al pie de la Virgen; así nace la literatura gallega en las *Cantigas* de Alfonso el Sabio; así nace la literatura catalana en el *Desconhort*, de Raimundo Lulio; así la literatura castellana en la vida de *Santa María Egipciaca*, y así nace hasta la prosa portuguesa en la *Crónica religiosa* del monasterio de San Vicente, donde las empresas de la Virgen se relatan. Y ¿por qué sucede así? Porque, aun cuando la impiedad cante muchas veces el triunfo y se enorgullezca y envanezca con victorias fáciles, afortunadamente para nuestro pueblo, no se han podido realizar nunca sin protestas gloriosas y sangrientas (*Bien, bien*); aunque se enorgullezca y se envanezca, tiene que reconocer, tan sólo con echar una mirada sobre la historia y sobre el suelo nacional, que, desde Covadonga hasta el pórtico de la Rábida, desde los Jerónimos de Belén hasta San Salvador de Leire, desde el Claustro

del Silencio de Coimbra hasta las ruinas gloriosas de Poblet, parten como arcos de triunfo levantados a la cruzada nacional, que se apoyan en el Pilar de Zaragoza como una profesión de fe de nuestra raza (*Grandes aplausos*).

MENÉNDEZ Y PELAYO, FILÓSOFO Y TEÓLOGO. LA LOCURA DE LOS FILÓSOFOS

Pero Menéndez y Pelayo no era tan sólo artista, no era tan sólo patriota; era también filósofo y teólogo excelsa.

Yo voy a hablaros algo de la filosofía y de la teología de Menéndez y Pelayo (*Pausa. El orador mira el reloj*.)

Me dicen aquí que descance, y podría repetir la frase con que en una gran reunión celebrada en Barcelona en otro tiempo contestaba yo a los que gritaban también que descansase: Cuando luchamos por Cristo, no debemos descansar hasta caer rendidos de cansancio sobre el cadáver de nuestros enemigos (*Grandes aplausos*).

No me fijo en el propio esfuerzo que estoy haciendo para limitar mi palabra; a lo que yo tengo miedo es a rebasar la frontera de vuestra paciencia. (Varias voces: *Nunca, nunca.*) Pero, si no es así, escuchadme unos momentos; procuraré sintetizar y ser

breve. (Varias voces: *No, no.*) Pues bien: quiero exponer algunas cosas que, a pesar de parecer abstractas, nos llevarán a conclusiones importantes, y que se refieren, por decirlo así, a las grandes ideas filosóficas y teológicas de Menéndez y Pelayo, extraídas como en síntesis de sus obras. Menéndez y Pelayo era también un gran pensador y un gran filósofo, y era un gran filósofo, no porque hubiera escrito un Tratado especial de filosofía, que en este sentido tampoco Sócrates lo hubiera sido, ya que no escribió nada; lo era porque en sus libros de la *Ciencia española*, en sus polémicas, en los juicios de los heterodoxos, en las exposiciones admirables, por ejemplo, de la escuela de Alejandría y de las ideas platónicas, en otras mil páginas, sembró como gérmenes de algún sistema, si no original y propio, lo bastante enlazado para que se pueda saber bien cuál era su pensamiento fundamental. Menéndez y Pelayo, como decía al principio, había llegado en una época crítica, y sabía que estaban planteados los problemas filosóficos modernos; él, quizá mejor que nadie, conocía, y así lo ha manifestado en su magnífico discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas sobre los precursores de Kant, a que contestaba por cierto el señor Pidal con otro, como suyo, elocuentísimo; sabía esta triste verdad, que yo he aprendido también en mis excursiones por el campo filosófico: que es una terrible desgracia para el espíritu humano no

poder penetrar nunca en el alcázar de la filosofía sin pasar antes por la celda de un manicomio (*Risas*). Sí, por la celda de un manicomio, donde discuten locos muy ilustres; pero locos con una especie particular de locura, los que yo llamo los hombres de las dos razones: aquellos que prueban con razones, que creen evidentes, que su razón es incapaz de demostrar nada (*Risas y aplausos*).

A los que no creen, a los que desconfían de su razón y creen en la crítica hecha por su razón, a los que creen que se puede estudiar y ver y examinar la anatomía y la fisiología de un ojo con el ojo mismo; a los que, no teniendo, como Kant, más que una sola balanza, su razón, y no fiándose de ella, y puede ser que con algún motivo, para averiguar si es fiel o no, intentan esta cosa extraordinaria: pesar la balanza con la balanza misma (*Risas y aplausos*).

MAGNÍFICO VUELO POR EL MUNDO DE LA FILOSOFÍA. ANÁLISIS DE LOS SISTEMAS

Son los hombres de la duplicidad mental que tratan de las relaciones entre el sujeto y el objeto, para ver si hay correspondencia entre ellos, habiendo empezado por poner en litigio la existencia de uno de los términos, y concluyendo por negar como sujeto el otro. No están seguros de que existan,

y quieren averiguar si se corresponden. Niegan o dudan de la objetividad de las ideas, y quieren probar la verdad de sus doctrinas, sin reparar que toda demostración, como compuesta de juicios que lo son de ideas, depende de la objetividad de éstas. Si no son objetivas, no se puede probar nada, ni siquiera que no son objetivas. Tienen que negar que el sujeto se conozca como objeto, porque entonces admitirían la objetividad de las ideas, y para eso se ven forzados a negar la substancialidad del *yo*, y le reducen a un fenómeno que pasa, después de comparar los dos conceptos, en una sola unidad que los abraza. Reducen la actividad a una serie de fenómenos, sin advertir que la serie, como sucesiva, implica un antes y un después y distinción y diferencias que no pueden ser conocidas sin una percepción permanente que las compare.

Si vuelven al maestro, y afirman que el conocimiento es la síntesis del fenómeno, que viene de fuera, y lo universal de las categorías, que vienen de dentro, ¿cómo se pueden conocer las categorías separadas del fenómeno? ¿Cómo se puede conocer el fenómeno separado de las categorías? Si las categorías no son objetivas, ¿cuál es la razón de que se diferencien entre sí? Y si están separadas de los objetos, ¿qué queda de las cosas en sí? ¿Qué sería una realidad que no fuese ni unidad ni multiplicidad, y no

tuviera relación, ni cantidad, ni cualidad, ni modalidad alguna? ¿Qué sería eso más que una descripción enojosa del cero? Eso, señores, es lo que se establece, en el comienzo precisamente de la filosofía, por los que quieren poner en litigio la legitimidad de las facultades humanas; y eso se realiza por aquellos que han confundido torpemente los grandes problemas de la filosofía, que están en el comienzo de todo sistema: lo que llamo problema inicial y lo que ellos llaman el problema crítico y de conocimiento, que no puede plantearse sin haber resuelto el primero. Señalar el doble hecho de un conocimiento sensitivo y de un conocimiento intelectivo, que era vulgar en toda la Escolástica y que ha servido de base para toda su psicología y a la gran disputa de los universales que llena la Edad Media, era empezar muy mal una crítica del juicio y una crítica de la razón; había que empezarla de otra manera, porque el entendimiento humano, en presencia de la realidad, no tiene más que tres estados: o niega, o afirma, o duda; pero la duda y la negación suponen cuando menos la afirmación del sujeto que duda y que niega. De aquí que hay que llegar a lo que yo llamo el *principio de precedencia o de prioridad*, y cuyos enlaces y desarrollos sería largo exponer, pero que implica, lo mismo en el orden ideal que en el orden real, que el ser precede al no ser, la afirmación a la negación, y que toda filosofía tiene que empezar por una afirmación, y nunca

puede empezar ni por la crítica, ni por la negación, ni por la duda (*Aplausos*).

La práctica universal de la vida protesta contra esas filosofías que sólo sirven para andar por casa. Estos filósofos del interior se parecen mucho a aquel que, encontrándose dentro de su propio albergue y habiendo perdido la llave, se decide, no a buscar una salida, sino a negar la existencia de la calle (*Risas*).

Estos filósofos del interior, que se convierten en mundos cerrados, que rompen el puente de los sentidos para incomunicarse con toda realidad, no podían tener albergue en el espíritu realista de Menéndez y Pelayo. Afirmaba, como todos, la distinción y la correspondencia entre el sujeto y el objeto, la legitimidad de nuestras facultades para conocer la verdad y el conocimiento directo del mundo exterior, disintiendo de muchos filósofos escolásticos. Y Menéndez y Pelayo, que huía de todo agnosticismo y por eso afectaba, aunque sin exclusivismo, la observación escocesa, al discutir sobre estas cuestiones, tenía que plantearse un gran problema objetivo, el que se refiere a la realidad entera, el gran problema ontológico, que, en cierto modo, los encierra todos. Señores, no hay más que cuatro sistemas posibles para explicarlo: o el infinito-finito del panteísmo, es decir, una unidad suprema que se determina y se manifiesta por seres concretos y finitos en los que

se desarrolla y se desenvuelve, o el finito-infinito de una materia eterna a la que aplican como atributo la infinitud; o el dualismo, que hace coexistir dos principios coeternos; o la coexistencia de un ser infinito con uno finito, reflejo y criatura suya. Cuando se admite el primero, se considera al Universo como una especie de predicado de Dios, en el panteísmo; cuando se admite el segundo, a Dios como predicado del Universo, en el materialismo; cuando se admite el tercero, se proclaman dos rivales absolutos; cuando se admite el cuarto, la existencia de un Creador, y de un ser creado que no le limita, porque el límite nace siempre, aunque el panteísta lo ignore, de una dependencia recíproca entre dos seres: el que es independiente limita al otro; pero aquel que depende esencialmente en su ser y en su obra no puede limitar, sino recibir límites. El panteísmo afirma la identidad de los contradictorios en un sujeto, que será consciente e inconsciente, que será orgánico e inorgánico; le da atributos opuestos; y, de igual manera, los dos, cuando tratan de explicar el origen y la variedad de los seres, apelarán a una evolución, que no será, en el primer caso, más que la multiplicidad saliendo de una unidad que no la tenía, el tránsito de una potencialidad a una actualidad, sin un agente exterior que haya despertado esa actividad; y en el sistema materialista será una nebulosa primitiva que no es más que materia y movimiento,

y a lo más fuerza; que no teniendo ni la vida orgánica ni la sensación animal, ni la razón, ni el plan ascendente de los seres comprendido en ella, lo engendrará, sin embargo, y lo producirá pasando de lo imperfecto a lo perfecto, de lo inconsciente a lo consciente, y realizando el absurdo de un milagro al revés. Y el dualismo, con una rivalidad posible, niega las propiedades infinitas y las reconoce, al sostener la coexistencia de dos seres que existen por sí, que son independientes, cuando sólo el que tuviese las propiedades de los dos podría serlo; pero no ninguno de ellos, porque se excluye y limita el uno al otro. Y aun el deísmo, cuando admite la creación y niega la providencia, o cuando admite las dos cosas, si niega la comunicación de Dios con los hombres, de la inteligencia infinita con la finita, por medio de una revelación de verdades que la razón no alcance o alcance débilmente, o niega que haya podido asignar a la naturaleza humana un fin superior a la fuerza natural con que fue creada, limita esa potestad y, al limitarla, la pone en grado de finitud, y, por tanto, niega también a Dios, quedando como único sistema libre del absurdo aquel que afirma la *coexistencia del ser finito y del infinito*, pero que admite el *dominio absoluto del ser infinito sobre el ser finito* y el poder de comunicación con él.

COMUNICACIÓN DE DIOS CONSIGO MISMO. ANÉCDOTA EMOCIONANTE

Pero Menéndez y Pelayo, como todos los grandes filósofos cristianos, no se satisfacía todavía con este deísmo, aun cuando se estableciera la comunicación, por la revelación, con Dios. Cabe una unión más perfecta. Dios no puede recibir perfecciones, porque es infinito; pero puede comunicarlas para manifestar su bondad, y no hay comunicación más grande que comunicarse Él mismo. Por eso, al unir la naturaleza humana, *microcosmos*, que comprende por un lado la naturaleza inferior y, por las facultades superiores, la naturaleza angélica, porque es como la síntesis de la creación entera; al unirlas *hipostáticamente* a su Verbo, se cierra el círculo de la creación. Entonces puede decirse que, sin confusión, se une lo finito con lo infinito; entonces resulta en la persona del Verbo la suprema unidad final del Universo. Podría decirse, si ciertas palabras no hubieran sido manchadas por los filósofos racionalistas, que era una *especie de monismo cristiano*; y eso era la persona de Jesucristo, Redentor y Salvador del mundo; pero todavía, con esa misma grandeza intelectual que deslumbra a la razón y que es la solución de todas las antítesis, ante el entendimiento de Menéndez y Pelayo y ante la grandeza de su corazón, parecía que faltaba algo más. Y voy a referiros aquí una

anécdota, un diálogo, una conversación que yo tuve con él en un momento doloroso de su existencia; creo que es el reflejo de su pensamiento.

Hacía poco que había muerto la madre de Menéndez y Pelayo, y yo le encontré un día en la calle y conversé con él. El sabio estaba apenadísimo; y cuando le hablé de ella, diciéndole, para consolarle, que sabía cuántas eran sus virtudes, y, para animarle, cómo había sido edificante su muerte, a Menéndez y Pelayo se le arrasaron los ojos de lágrimas, y empezó a sollozar delante de mí como un niño; y yo, queriendo consolarle, apelé a sus sentimientos cristianos, y le dije:

— Parece increíble que hombre de su fe y de su tesón, que sabe que, al morir su madre abrazada al crucifijo y que al terminar una vida justa con una muerte santa, ha entrado en un mundo mejor que el que usted y yo habitamos; parece increíble que usted no reconozca a la Religión como suprema fuente de consuelos.

— Es verdad, contestó; y cogiéndome cariñosamente un brazo y bajando la cabeza, después de una pausa, la levantó hacia el cielo, más sereno, y me dijo entonces esta frase, que me iluminó como un relámpago y por un momento me dejó ver el fondo de su espíritu:

— Verdaderamente, Jesucristo es Dios y Él es nuestro Salvador; porque yo no podría creer en un Dios que no quisiese y no pudiese enjugar mis lágrimas con el paño de la esperanza (*Aplausos*).

EL DEÍSMO NO CONOCE EL VERDADERO DIOS.
EL PAÑO DE LA ESPERANZA SIMBOLIZADO EN EL
MÁRTIR DEL GÓLGOTA

Y es verdad; no bastaba haber creado el Universo, no bastaba gobernarle con su Providencia, no bastaba conservarle con su poder, no bastaba que de la inteligencia absoluta cayesen grandes verdades sobre la inteligencia finita del hombre que se mueve en la tierra; todavía era necesario más, y yo, comentando el pensamiento de Menéndez y Pelayo, y recordando aquella frase en que Pascal decía que él quería conocer a Dios por medio de mediador, mejor todavía que por la demostración racional, yo, pobre gusano de un muladar, átomo imperceptible de una molécula, ante el Dios geométrica, invisible, que se envolviese y me deslumbrase con su manto de soles y de constelaciones, diría: No me basta que llenes con tu resplandor mi inteligencia; es necesario que llenes también mi corazón; es necesario que desciendas hasta mí y que, cuando el dolor anegue en ondas amargas mi corazón, al lado del sufrimiento pongas la misericordia (*Grandes aplausos*).

Es preciso que descienda al hombre y comprenda su dolor; y por eso el Dios geométrica, el Dios arquitecto del Universo de los deístas, es un Dios frío; yo quiero un Dios que con el hombre venga a compartir la agonía y las tristezas y hasta las miserias

humanas; y por eso le reconozco al cruzar las campiñas de Judea derramando el bien entre los humildes, comiendo con los leprosos, hablando con los fariseos, perdonando a Magdalena pecadora ; le reconozco cuando no llora en las horas trágicas de la Pasión, ni cuando le traiciona Judas, ni cuando le niega San Pedro; pero llora como un hombre ante la tumba de Lázaro de Betania antes de resucitarle como Dios, y levantarle de la huesa, cuando se cebaba la muerte en sus despojos yertos; y por eso le amo y le adoro al contemplarle bebiendo hiel y vinagre, clavado en una cruz, encendiendo al mundo con un amor que produce una legión, que no se acaba nunca, de santos, de ascetas, de mártires, que pasan, hace cerca de dos mil años, en torno de ese patíbulo con los labios entreabiertos pidiendo una gota de su sangre que aplaque la sed de sus almas, encendidas como ascuas (*Grandes aplausos*).

CANTO A LA IGLESIA

Menéndez y Pelayo, que sentía la grandeza divina del autor, sentía también la fascinación suprema de su obra predilecta: la Iglesia. Él, que había investigado todos los orígenes de la Historia y que conocía como pocos los orígenes del Cristianismo, en donde se ha cebado una crítica sañuda que niega

a Dios y lo sobrenatural y, después de la muerte de su autor en un patíbulo, pretende investigar esos orígenes para reducirlos a documentos mutilados, de que se eliminará todo lo que previamente no se quiere creer, sabía también que es una Iglesia, fundada por un judío que había pasado su juventud entre pescadores y artesanos y que había salido del taller de un carpintero, que tenía por ejecutorias cuatro biografías escritas en sitios distintos y por personas diferentes y de mediana condición social, unas cuantas cartas de sus discípulos, un relato de sus excursiones, y una fórmula, un símbolo compuesto de unas afirmaciones extrañas; y todo eso para luchar con el «mundo clásico», la sabiduría de Atenas y de Alejandría, y con la máquina política más formidable que se ha conocido en el mundo, el Imperio romano. ¡Y con semejantes orígenes, con tales armas y combatientes, *se* transforma el mundo, se cambia el curso de las instituciones, se divide en dos hemisferios la Historia, y se logra que, hace cerca de dos mil años, por amor o por odio, por presencia o por ausencia, no se pueda explicar un solo suceso de alguna transcendencia social sin la oposición o la influencia de esa Iglesia! Menéndez y Pelayo sabía que hace dos mil años que esa institución en el mundo está en pie y ha recogido dentro de su seno a la aristocracia espiritual del linaje humano, y de tal manera está identificada con ella la obra de

la civilización, que basta señalar ahora mismo en un mapamundi un punto a donde no haya llegado entera o mutilada por la herejía o por el cisma, para saber que ese punto pertenece todavía a la geografía de la barbarie. La Iglesia era para él el Arca santa donde se encerraban todas las grandes verdades de la fe, los destinos de la civilización y el alma de España.

Y él, que era también grande artista y poeta, la había visto pasar a través de los siglos como la he visto yo fascinado por su hermosura, queriendo sintetizar el cuadro histórico de su vida.

La Iglesia parece primero como una especie de triste pasionaria que brota en la corona de espinas del Redentor en la tarde fúnebre del Calvario; después, como una rosa llena de luz y de aromas, que exhala en el Tabor el día de los grandes esplendores; más tarde, como un clavel, que sale de una grieta de un sepulcro de las Catacumbas, salpicado por la sangre de los mártires; y cuando el Imperio viene a la fe y se abraza a ella, como un laurel que se cierne triunfante en la cima del Capitolio; pero también cuando el Imperio se desmorona y cae, cuando la lanza de los bárbaros atraviesa el pecho de Roma, y los caballos de sus caudillos arrastran y despedazan su cadáver, y las ciudades son devastadas e incendiadas y no quedan más que cordilleras de escombros;

¡ah!, entonces, cuando el sol se obscurece por el polvo y el humo de la catástrofe, los creyentes, dispersos entre las ruinas, miran asustados y atónitos; y al no verla, creen que la planta divina ha desaparecido, y que van ya a llegar a la hora apocalíptica del último día, precedido de los terrores milenarios que se acercan; pero cuando un poco de claridad despuña sobre aquello que parece el osario de una civilización, los espíritus se animan, los pechos se dilatan, porque ven aparecer, no ya la rosa, ni el laurel, ni la pasionaria de los primeros tiempos, sino la misma Cruz como un roble gigantesco que domina todas las alturas; y es entonces cuando los bárbaros, fatigados, apoyan en ella sus escudos, y sus espadas los nuevos tronos; es entonces cuando todas las ideas de filosofía y de arte del mundo antiguo que han podido salir del sepulcro pagano, porque al fin eran hijas de la verdad y no estaban llamadas a perecer, vienen como una bandada de alondras a posarse sobre su fronda y a cantar como un coro de voces divinas la nueva aurora que empieza a aparecer en el mundo (*Aplausos*); y es entonces cuando sus raíces van entretejiéndose y sujetando el suelo calcinado de Europa, haciendo nacer en él una nueva, espléndida vegetación, que se entrelaza en clases y en jerarquías, que va arrasando y sitiando al Poder público, para matar al César, y hacer que brote en la altura la Corona como una flor de la Monarquía cristiana (*Aplausos*).

EL VENDAVAL DE LA REFORMA. EL OLIMPO Y EL CALVARIO

Pero vuelve otra vez la tormenta, porque allá en el fondo de la selva divina, que iba transformando en una floresta a Europa, quedaba el arroyo judaico y el arroyo pagano; y la herejía que une sus aguas, brota al fin y las mueve con pasiones desatadas y estalla la Protesta y el vendaval de las reformas, y es asolada la campiña, y entonces el mundo lanza un grito y cree que otra vez va a perecer la Cristiandad, que aquellos gérmenes de vida que apuntaban, que aquellas flores espléndidas y lozanas que coronaban esa vegetación sublime, van a marchitarse; pero no temáis, porque un aura celeste arrojará sus semillas en las carabelas que dirige un marino que busca dinero para una nueva cruzada, e irán a fecundar tierras remotas y crear otras florestas y otras selvas ; y aunque después vuelva a desatarse el huracán y corran arroyos de sangre como los del Terror, y el hacha revolucionaria amenace la Cruz y trate de derribarla, no temáis, porque están próximos aquellos tiempos en que la Humanidad, rendida, cansada, fatigada, como una tribu de peregrinos sedientos, después de atravesar la planicie abrasada del desierto socialista y de saltar sobre las simas de la anarquía, subirá hacia la colina verdegueante del Vaticano, para abarcar desde allí la Historia y aprenderla en una sola lección y de una

sola mirada; porque allí verá que, al examinar la topografía de la sociedad entera, no hay más que dos eminencias que se levantan en ella perpetuamente, dos ciudades, y sobre esas ciudades dos ciudadelas: una, el Olimpo, y otra, el Calvario, y que a una suben las pasiones victoriosas para endiosarse sobre el altar, y en la otra está el altar sobre las pasiones vencidas y humilladas (*Grandes aplausos*).

LA CRUZ, PROGRAMA DE UNA VIDA. LOS CATÓLICOS QUE LUCHAN

Así lo comprendió el gran Menéndez y Pelayo; y por eso, cuando su entrada triunfal en la vida pública, cuando hizo su aparición radiante en el mundo intelectual, cuando hubo de apartarse, como decía el señor Pidal, hasta de la ley, porque era una excepción y era natural que la ley se apartara para dejarle paso en aquellas oposiciones, que parecieron reproducción humana de aquella otra disputa divina del adolescente Redentor con los doctores (*Muy bien*); cuando Menéndez y Pelayo hizo su aparición intelectual, trazó un programa en un signo, que fue el de la cruz sobre su frente, y a ese programa ajustó toda su vida (*Aplausos*). Lo mismo la vida pública que la vida privada, porque él no reconocía al Catolicismo simplemente como una religión y como un

culto, sino como una civilización entera que penetra la filosofía, que penetra la ciencia, que penetra el arte, porque debe en cierta manera penetrarlo todo (*Aplausos*). El maldijo, como el señor Pidal ha maldecido ahora con tanta elocuencia, aquellas luchas que ha habido entre los católicos españoles y que han impedido muchas veces el triunfo de la tesis católica en toda su plenitud. Yo las maldigo también; pero he de decir una cosa acerca de ellas: que yo creo que los españoles hemos perdido muchísimo tiempo tratando de estas luchas, porque es una cosa singular lo que ha sucedido en ellas: hemos perdido el tiempo en tratar de las autoridades que habían de dirigir la batalla, de la táctica y la estrategia que se debía emplear en la contienda, y del sistema de organización de nuestros regimientos y de nuestras brigadas; pero el caso es que el enemigo no espera a que nos pongamos de acuerdo acerca de la táctica y de la estrategia y la organización y la dirección, sino que sigue disparando contra nosotros, y yo, cuando veo esto, lo que hago, es disparar también (*Aplausos*).

ERA TRADICIONALISTA.**LA BARBARIE, HIJA DEL LIBERALISMO**

Yo no espero, porque me parece que vamos a tardar mucho en saber si estamos de acuerdo en

tantas cosas; veo que el adversario apunta y dispara hacia mi campo, y con el arma que tengo disparo también; y no miro quiénes me acompañan; sólo miro la parábola que describe el proyectil; y si caen cerca o tocan en el blanco los proyectiles que los demás lanzan, calculo que no deben estar lejos los tiradores (*Aplausos*). Si miro al lado, es para saber si a mi compañero le faltan municiones y dárselas; y si no las tengo yo, para pedírselas; si él desfallece, para animarle; si desfallezco yo, para que me estimule; y no cesaré en el combate, aunque entretanto no nos pongamos de acuerdo sobre la organización, hasta ver rota y deshecha la bandera que ondeaba en la fortaleza enemiga, y hasta que pueda mirar, a través de sus agujeros, a las huestes contrarias huyendo (*Aplausos*).

Menéndez y Pelayo era también así, y Menéndez y Pelayo, que era tan eminente tradicionalista, no en el sentido filosófico, sino en el sentido social y político de la palabra, odiaba toda política secularizadora. ¿Y por qué la odiaba? ¡Ah, cuántas veces somos denostados de enemigos de la civilización y de la cultura! No menos lo somos de la libertad. ¿Y por quiénes? Por los que a todas horas la invocan. ¿Y cómo la invocan, señores? En forma tal, que dentro de su invocación misma está la idea comprensiva de todo el liberalismo secularizador moderno; poned frente de mí toda esa tabla de los derechos

escritos en el frontispicio de todas las Constituciones, las libertades de enseñanza, de cultos, y yo os digo: Dentro de la libertad de pensamiento, de conciencia, de asociación, de esas libertades, que empiezan por negar todo vínculo y todo límite religioso, está comprendida la tiranía y la barbarie. ¿Queréis la demostración? Es lógica, sencilla y breve; puede que acierte a expresarla en muy pocas palabras. Desde el momento en que se niegan los límites religiosos, es decir, el conjunto de relaciones naturales y sobrenaturales que ligan al hombre con Dios, que en esto consiste la religión; desde el momento en que se niegan los deberes religiosos, que esas relaciones imponen, en el Estado, no hay razón alguna para no negarlos en la sociedad; porque el Estado debe ser imagen de la sociedad, y, si se niegan en el Estado y en la sociedad, no hay razón alguna para no negarlos en el individuo; y si se empieza, como es lógico, por negarlos en el individuo, no hay razón ninguna para que no se nieguen en la sociedad y en el Estado. Yo ya sé que cuando se dice: «Queremos secularizar la sociedad y apoderarnos del Estado»; cuando se formula este principio por los Gobiernos, en realidad lo que se quiere decir es esto: «Queremos secularizar la sociedad»; luego es evidente que la sociedad no está secularizada; y si no está secularizada, es porque la sociedad es creyente; y si queréis secularizarla, es porque ponéis vuestra voluntad política, la voluntad

del Poder público, por encima de la voluntad social; y en este caso es la sociedad la que depende del Estado y no el Estado el que depende de la sociedad; entonces el Poder público no refleja la sociedad, sino que quiere que la sociedad le refleje a él. Generalizad el hecho, y buscad otra definición, si la encontráis mejor, de la tiranía; porque por esa inversión la definió Aristóteles (*Grandes aplausos*).

SECULARIZAR ES «ANIMALIZAR»

Pero observadlo bien, señores; yo voy a argumentar más a fondo sobre ese concepto de la libertad, y digo: Quien niegue el límite y los deberes religiosos que imponen esas relaciones con Dios, niega a Dios; y a quien niega a Dios y quiere explicar el origen y la variedad de los seres, no le quedan más que dos caminos: o el todo absoluto panteísta, del cual son determinaciones necesarias y fatales, o el todo positivista, del cual son como derivaciones y consiguientes fatales también; y de las dos maneras hay que proclamar el determinismo, y con el determinismo no existe la libertad humana, la libertad es entonces un consiguiente fatal de antecedentes necesarios; y si no existe la libertad humana, tampoco existe el entendimiento humano; y no existe el entendimiento humano, porque, si no tengo la facultad de elegir, es

porque no tengo la facultad de deliberar, es porque no tengo la facultad de juzgar, la facultad de comparar; y si no juzgo, no pienso; y entonces un ser que vive y se nutre, pero que no piensa, es un animal; y juntando ahora el último extremo del epíquerema con el primero, habrá que deducir esta consecuencia: *secularizar es animalizar* (*Grandes aplausos*).

Es poner la Zoología por encima de la Psicología y de la Teología (*Aplausos*); y a esos que vienen a considerar al hombre nada más que como un tránsito del salvaje, primero; del *antropopiteco*, antes, del mono catarrino, por último; a toda esa escuela que considera al animal como un hombre no perfeccionado, y al hombre como un animal perfeccionado, y que no admite entre ellos diferencia de esencia, sino de grado, y que proclama, por lo tanto, como dogma fundamental el bestialismo, que destruye y niega la caridad (la cual supone la libertad) y establece como única ley social la lucha por la existencia, que es en el reino animal la lucha de la fuerza del individuo contra el individuo y de la especie contra la especie, sin estar templados ni por la abnegación ni por el sacrificio que el animal no alcanza ni comprende; a ésos hay que decirles que al imperio del bestialismo y de la fuerza bruta van las sociedades que caminan por la secularización; y por eso no hay más que poner enfrente estos dos cuadros y ver adonde

llegarían nuestras doctrinas y adonde las suyas, para que pueda elegir el que se estime por ser racional.

EL MUNDO CON DIOS Y SIN DIOS.

IMAGEN DE LA AGONÍA DEL SABIO

Suponed que la Humanidad entera cree en nuestro Símbolo; suponed que practica nuestro Decálogo; suponed que el *Sermón de la Montaña* inflama todos los corazones, y decidme si la tierra no parecerá una colonia del cielo. Pero poned enfrente de eso una sociedad en donde el hombre crea que la tumba no es pórtico de la inmortalidad, sino la frontera de la nada; suponed que no tiene alma espiritual y que toda la vida y que todas las cuentas se liquidan acá en la tierra, que no es más que un puñado de materia agitada por instintos, que no tiene libertad ni responsabilidad, que las ideas de justicia, de derecho, de mérito, de demérito, de virtud, son manifestaciones de la fuerza, consiguientes, necesarias, fatales; que son enfermedades, como ha llegado a decirse; que pueden ser hasta la virtud y el vicio, según la frase de un positivista, dos productos, como el vitriolo y el azúcar; haced creer eso a una sociedad, suprimid todo ese fondo moral que la ha hecho grande, y con él toda abnegación, todo sacrificio, todo heroísmo, todo martirio, y decidme: ¿qué

es eso? ¿Es una sociedad humana? No; eso es una yeguada sin instinto (*Grandes aplausos*).

Y entre esos dos ideales, el de la política secularizadora que va a parar al reino animal, pero con la suficiente inteligencia para no tener el instinto de los brutos, y el ideal cristiano, que va a traer de nuevo y a restaurar el Paraíso sobre la tierra, no habría ni posibilidad de duda en la elección. El gran Menéndez y Pelayo, que en todas las páginas de sus libros rindió acatamiento profundo a la doctrina católica, lo hizo en el último acto de su vida; y entonces fue cuando escribió la más grande de sus obras; es decir, no la escribió, ya no podía escribirla; y aunque tuviese su mano libre y no atada por la muerte, que se acercaba, y aunque se superaran su estilo y sus condiciones artísticas, no hubiera podido escribirla, no hubiera podido trazarla. Un gran escritor ha dicho, expresando en eso la tendencia a la unidad y los anhelos del espíritu humano: «Yo quisiera compendiar todos los libros en un libro, todo el libro en una página, y toda la página en una frase». Ese era también el ideal de Menéndez y Pelayo; y ¿no sabéis, señores, su frase última, la que parecía que era como su testamento literario, aquella frase tan ingenua y sencilla que decía el último día que abandonó su biblioteca para no volver a visitarla más? «¡Qué lástima, morir cuando me queda tanto todavía que leer!» ¡Le quedaba tanto por leer! Quería leer

hasta en el presente los libros futuros, y abarcarlo todo en una mirada; y aquel hombre que había sentido, como no lo habrá sentido otro en esta generación, la sed de verdad y de belleza, la encontró satisfecha en el último día. ¿No recordáis una escena dolorosa que toda la Prensa ha descrito? Cuando ya se había confesado fervorosamente, cuando ya sus labios no podían articular una palabra, cuando sus manos empezaban a estar rígidas y frías, cuando aquella frente, trono del pensamiento, iba a rendirse a la muerte, su hermano don Enrique Menéndez y Pelayo, el ilustre autor de la *Golondrina*, el sucesor literario de Pereda, cogió conmovido un crucifijo, el crucifijo que había tenido en sus manos, al morir, la madre de Menéndez y Pelayo, y lo puso sobre los labios del gran sabio: eran dos agonizantes que se miraban, era el agonizante que estaba en la Cruz y la ciencia personificada en Menéndez y Pelayo, que agonizaba también; en aquel aliento divino que no sabría describir, empezó a verlo todo, a leerlo todo; y allí estaba la unidad suprema, en aquella página iba a apagar para siempre toda la sed de belleza; por eso los labios del sabio, al extinguirse la vida, exhalaron el último aliento, sus ojos encendidos miraron a los ojos del Redentor, y entonces no fué sólo Menéndez y Pelayo el que besó a Jesucristo Crucificado, fué también Jesucristo el que besó en él a la ciencia española (*Grandes y prolongados aplausos*).

LA FILOSOFÍA DE MENÉNDEZ Y PELAYO (CON UN APÉNDICE BIBLIOGRÁFICO)¹

LA FILOSOFÍA DE MENÉNDEZ Y PELAYO

Así que sea incuestionable que la representación capital de Menéndez y Pelayo se refiere á la esfera de la Crítica é Historia literarias, creo que á nadie debe tampoco ocultársele que su labor en el orden filosófico tiene excepcional importancia, y que hizo más él en este orden con sus excitaciones y ejemplos, que todos los de su tiempo con obras diputadas por *originales*.

Es de advertir, además, que quizá la parte más extensa de la producción del Maestro, fuera de los trabajos humanísticos, sea la concerniente á la

1 De la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, Madrid, Imprenta de la revista de archivos bibliotecas y museos, 1912. [No se ha incluido aquí el apéndice bibliográfico].

filosofía. ¿Qué otra cosa son, sino exposiciones de doctrinas filosóficas, la *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1881), *La Ciencia española* (1876), la *Historia de las ideas estéticas en España* (1883-1891) y los dos áureos estudios: *De las vicisitudes de la filosofía platónica en España* (1889) y *De los orígenes del criticismo y del escepticismo y especialmente de los precursores españoles de Kant* (1891), para no hablar de aquellos otros trabajos menores que él escribió acerca de Pedro de Valencia, Hervás y Panduro, Eximeno, Arnaldo de Vilanova, San Isidoro, Lulio, el Misticismo, Juan Ginés de Sepúlveda, el Abate Marchena, Francisco de Vitoria, Prisciliano, Abentofail, Algacel y Balmes?² Y ¿cómo pueden exponerse las doctrinas ajenas, sin dejar entrever de algún modo la propia?

Cuando, por los años de 1875, Menéndez y Pelayo comenzó á dar muestras de su prodigioso genio (que, para algunos á quienes contrariaba su independencia, se llamaba «erudición» ó «plausible laboriosidad»), la situación de la disciplina filosófica era entre nosotros lamentable: se ahogaba entre dos fanatismos, igualmente absurdos é ignorantes: el fanatismo de los escolásticos, que no eran pensadores al modo de un Vitoria, de un Melchor Cano

2 Véase A. BONILLA Y SAN MARTÍN: *Bibliografía de D. Marcelino Menéndez y Pelayo*, Madrid, 1911.

ó de un Suárez, de amplísima cultura y generoso razonar, sino atrabiliarios argumentistas de sacrifício, desprovistos de crítica, ayunos de toda noticia acerca del progreso de la filosofía y de las ciencias; y el fanatismo de los krausistas, no menos peligroso y absorbente que el anterior, y causa, juntamente con éste, del retraso y de la decadencia notorias de nuestro pueblo, en la esfera filosófica, durante buena parte del siglo XIX. Ambos coincidían (y siguen coincidiendo) en apagar la conciencia de nuestro vigor nacional, en menospreciar nuestra historia y nuestras tradiciones, en segar las espontaneidades individuales, en desconocer, con la tranquilidad de la insipiecia, lo que en España se ha hecho y lo que España ha servido al mundo, pugnando todos por aherrojarnos en las ergástulas de Santo Tomás de Aquino, de Krause, de Kant ó de Hegel, á la manera que los ciceronianos proscribían á todo aquel que ampliara el léxico de Marco Tulio; y sin tener presente que ningún gran filósofo ha esclavizado su pensamiento, sin perder por ello, *ipso facto*, el derecho de figurar en la historia.

Ante tal situación, Menéndez y Pelayo creyó indispensable enderezar sus esfuerzos en el sentido de los siguientes fines: 1º, labor de crítica imparcial, pero, cuando fuese necesario, dura, violenta, agria y contundente, de los procedimientos seguidos por

quienes representaban la decadencia; 2º, labor paciente y amplia de exposición de nuestra historia, para poner de relieve los hechos y las ideas que en ella deben conocerse; 3º, labor de inspiración de nuestro pensar en alguna dirección filosófica que no contrariase su naturaleza ni sofocara su tradicional tendencia; porque él entendía, como Taine³ que «en cada instante puede considerarse el carácter de un pueblo como el resumen de todas sus acciones y sensaciones precedentes, es decir, como una cantidad y como un peso, no infinito (Espinosa: *Etica*, cuarta parte), puesto que todas las cosas están limitadas en la naturaleza, sino desproporcionado al resto y casi imposible de ser levantado, porque cada minuto de un pasado casi infinito ha contribuido á engrosarle, y para vencer la balanza sería preciso acumular en el otro platillo un número de acciones y de sensaciones todavía más grande».

A estos tres fines, de *crítica* de lo presente, de *reconstitución* del pasado y de *regeneración* para el porvenir, responde, á mi parecer, toda la ingente obra del Maestro, incluso la literaria. Si á ello se añade su educación, esencialmente humanista, se comprenderá bien la serenidad de su espíritu, el ingenio aristofánico de su sátira, la elegante y clarísima

3 *Histoire de la littérature anglaise*, ed. de Paris, 1905, I, xxiv.

sencillez de su estilo, donde jamás se trasluce pudentesco arcaísmo, ni vana ostentación de la propia figura. El me confesó en repetidas ocasiones que su aspiración, en materia de estilo, era *no tenerlo*; y así logró aquella pasmosa objetividad (como ahora se dice), propia de todo nuestro realismo clásico, que halló, entre otros, expresión adecuada en su maravilloso discurso: *Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del Quijote* (1905).

Porque el secreto de su magia crítica, que en libros, en artículos, en discursos y en lecciones de cátedra producía el escalofrío de lo profundo y de lo grande, no residía precisamente en su erudición, que era inmensa, ni en su modestia, que era infinita, ni en su exactitud, que era extraordinaria. Se concibe que otros hayan poseído su cultura, y hayan visto más libros que él, y hayan publicado textos con más escrupulosidad. Pero todo esto no implica genio, sino tiempo, paciencia y voluntad para el trabajo. No creo que en el mundo haya existido una docena de hombres que hojease más papeles que Bartolomé José Gallardo ni que tuviese más erudición que Escalígero, y, sin embargo, las producciones de uno y otro son hoy consultadas, pero no *leídas*. Siempre ocurrirá lo contrario con Menéndez y Pelayo: libro que él escribió habrá de ser leído por todo el que piense estudiar el mismo asunto, porque, aun

cuando la progresiva tarea del historiador haya rectificado atribuciones, enmendado fechas, añadido datos y mejorado ediciones, en aquel libro habrá de hallar puntos de vista luminosos, y apreciaciones que le servirán de guía y le ahorrarán el trabajo de descubrir ahora el Nuevo Mundo.

Dos maestros insignes tenía la Universidad barcelonesa en la época en que Menéndez y Pelayo siguió los cursos de la Facultad de Letras: don Francisco Javier Lloréns y D. Manuel Milá y Fontanals, y ambos influyeron poderosamente en su espíritu⁴. Decía él que Lloréns «no filosofó por alzar figura ni por seducir con vana palabrería á los incautos, sino con austera y viril consagración al espíritu de verdad y de vida, que emancipa á los hombres de la tiranía del error, de la pasión y de la falacia». Y aun añadía que Lloréns personificó el segundo momento de la escuela escocesa en Cataluña, «la evolución de la filosofía del sentido común, modificada ya por la crítica de Kant; la comprensión total de la doctrina hamiltoniana de la conciencia, los nuevos rumbos de la psicología experimental y de los estudios lógicos; y, como

4 «Mi primitivo fondo es el que debo á la antigua escuela de Barcelona, y creo que substancialmente no se ha modificado nunca». M. MENÉNDEZ Y PELAYO: *El Doctor D. Manuel Milá y Fontanals*, Barcelona, G. Gili, 1908, pág. 5.

alma de todo esto, una velada y modesta aspiración metafísica, *que no cristalizó nunca en forma cerrada, pero que fue, por lo mismo, eficacísima como estímulo de pensamiento y germen de libre educación en espíritus muy diversos*. Esta enseñanza, que será totalmente incomprensible para el cerebro unilateral de un tomista, arraigó de tal suerte en Menéndez y Pelayo, que bien puede aplicársele la descripción que él hace de la mentalidad de Lloréns: «A esta escuela —dice el Maestro en su prodigiosa *Semblanza de Milá*— debí, en tiempos verdaderamente críticos para la juventud española, el no ser ni krausista ni escolástico, cuando estos dos *verbalismos, menos distantes de lo que parece*, se dividían el campo filosófico y convertían en gárrulos sofistas ó en repetidores adocenados á los que creían encontrar en una habilidosa construcción dialéctica el secreto de la ciencia y la última razón de todo lo humano y lo divino. Allí aprendí lo que vale el testimonio de conciencia y conforme á qué leyes debe ser interpretado para que tenga los caracteres de parsimonia, integridad y armonía. Allí contemplé en ejercicio *un modo de pensar histórico, relativo y condicionado*, que me llevó, no al positivismo (tan temerario como el idealismo absoluto), sino á la prudente cautela del *ars nesciendi*».

Este *pensar histórico, relativo y condicionado*, que en algunas ocasiones llama Menéndez y Pelayo *vivismo*,

por la afinidad que guarda con la filosofía del gran polígrafo valenciano, constituye el fondo del espíritu crítico del maestro, y es, además, la única filosofía posible en los tiempos que corren. Por lo mismo que todo hombre es falible y que todo sistema cerrado es forzosamente anticientífico (porque contradice el natural y evidente progreso de que todas las disciplinas son susceptibles), ningún pensador genial puede ser afiliado á la escuela de un filósofo de sistema, por grande y extraordinario que éste sea. Levantar bandera por Santo Tomás de Aquino, por Kant ó por cualquiera otra de las figuras representativas en la historia de la Filosofía, es en nuestros días una labor de decadencia, si eso significa que el tomista ó el kantiano han de evitar la contradicción con las doctrinas del caudillo.

Todo pensamiento coartado por el esquema ajeno será siempre un creador de obstáculos en la evolución intelectual, porque, como Bacon decía en el *Novum Organum*, refiriéndose á los *idola theatri*: «Todos los sistemas filosóficos que sucesivamente han sido inventados y adoptados, son como otras tantas obras dramáticas que los diversos filósofos han dado á luz y han venido cada uno á su vez á representar; obras que ofrecen á nuestras miradas otros tantos mundos imaginarios y verdaderamente compuestos para la escena».

No es esto negar la influencia de unos pensadores en otros, influencia que, no solamente existe, sino que resulta indispensable para explicar, sin soluciones de continuidad, el proceso histórico de la Filosofía. Pero esa influencia, tratándose de filósofos propiamente dichos, jamás equivale á un título de dominio del maestro sobre el discípulo. Aristóteles fué discípulo de Platón, y la enseñanza de éste influyó en el primero harto más profundamente de lo que suele suponerse, y, sin embargo, en la doctrina fundamental de la sustancia, Aristóteles y Platón son incompatibles. Schopenhauer es discípulo de Kant, y, no obstante, en lo relativo á la doctrina sobre la cosa en sí, sus afirmaciones discrepan profundamente. Mas precisamente estas discrepancias son las que justifican el título de filósofos que á Aristóteles y á Schopenhauer damos. Pero un aristotélico ó un kantiano no son filósofos *per se*, es decir, no son amantes de la sabiduría en sí misma, sino amantes de la sabiduría de Aristóteles ó de Kant. Y digo yo, en tal caso, que vale mucho más leer á uno ó á otro en sus propias obras, que no en las de sus intérpretes, que frecuentemente nos desvían de la verdadera inteligencia del original. Si Suárez se hubiese limitado á glosar ó copiar á Santo Tomás, ¿en virtud de qué habríamos de llamarle filósofo? Si Carvajal y Melchor Cano no se hubiesen apartado de los métodos de exposición de la antigua teología escolástica,

¿por qué razón habrían de merecer mención en la historia de la Filosofía? Es decir, que solamente los *independientes* (en mayor ó menor grado), los *desviados*, los *heterodoxos*, son los dignos de recordación en la memoria humana.

Por ser su espíritu profundamente filosófico, y no *especialista* ni *sistemático*, fué Menéndez y Pelayo polígrafo y enciclopédico. Todo especialista es un espíritu unilateral é incompleto, y aun cuando pueda ser genial en su labor, necesariamente se le escaparán, en función de la miopía de sus facultades, las relaciones más fundamentales para el saber humano, que son las que enlazan el objeto de la investigación con los restantes.

Y como la filosofía es una meditación sobre la síntesis de la ciencia humana, cuanto más universal sea el pensador y en mayor número de disciplinas haya ejercitado su actividad, más capacitado estará para comprender algo del misterio de las cosas. Por eso todos los grandes filósofos, desde Aristóteles hasta Spencer y Wundt, han sido igualmente grandes enciclopédicos, y así seguirá ocurriendo mientras haya filosofía, que será mientras el hombre exista.

En virtud de su condición filosófica, pudo llegar Menéndez y Pelayo á aquella *alta crítica*, que ningún *especialista* alcanzará jamás. El que haga, por

ejemplo, historia literaria, sin tener temperamento filosófico, producirá una obra imperfecta y poco duradera. ¿Qué especialista, no filósofo, explicará satisfactoriamente, por lo que á España respecta, el carácter realista de sus poemas épicos medioeiales, el singular fenómeno de la literatura picaresca, el carácter dialéctico de nuestro teatro del siglo XVII, la razón de ser del gongorismo y del conceptismo, y el espíritu docente del siglo XVIII? Censurar á Menéndez y Pelayo porque prodigó su actividad en muy distintas direcciones, con el propósito de fundirlas todas en el maravilloso crisol de su crítica, sería lo mismo que lamentarnos de que Lucrecio, en vez de escribir el poema *De rerum natura*, no se hubiese pasado la vida, como Zenodoto y Aristarco, poniendo comas, quitando puntos y proponiendo enmiendas á los versos de Homero.

Todo es útil y meritorio en la vida, cuando se realiza con pureza de intención y mediante honrada labor; pero no confundamos la obra del arquitecto con la faena de los albañiles *especialistas*, que llevan á la práctica, cada uno en su esfera, las indicaciones de aquél.

Al primero de los tres fines antes indicados responde gran parte de *La ciencia española* y de la *Historia de los heterodoxos españoles*, donde se respira una atmósfera de combate, en la que se movía como en su

elemento y á la que debió algunas de sus mejores páginas. Al publicar en 28 de Abril de 1887 la tercera edición de la primera de aquellas obras, escribía: «En descargo de mi conciencia, *no de escritor*, sino de cristiano y de hombre, debo dar alguna explicación sobre las personalidades, acritudes y virulencias que en estas cartas hay y que de buen grado habría yo suprimido si para hacer esto no hubiese sido preciso destruir enteramente el libro y escribir otro nuevo. He vuelto á leer estas cartas diez años después de publicadas con la frialdad de quien lee cosa ajena, y no he encontrado en ellas verdadera injuria personal, ni expresión alguna que pueda desdorar el crédito moral de ninguno de mis adversarios. En esta parte estoy tranquilo, y si añado que ellos se mostraron en la polémica tan duros y violentos como yo; que por añadidura escribí estas cartas á los veintiún años, sin conocer del mundo y de los hombres más que lo que dicen los libros, creo que ni aun los más severos han de negarme su indulgencia.

Pero es tal mi respeto á la dignidad ajena; me inspira tanta repugnancia todo lo que tiende á zaherir, á mortificar, á atribular un alma humana hecha á semejanza de Dios y rescatada con el precio inestimable de la sangre de su Hijo, que aun la misma censura literaria, cuando es descocada y brutal, cínica y grosera, me parece un crimen de

lesa humanidad, indigno de quien se precie del título de hombre civilizado y del augusto nombre de cristiano... *Yo peleaba por una idea; jamás he peleado contra una persona, ni he ofendido á sabiendas á nadie».*

Y, en Julio de 1910, al terminar su última gran obra (el tomo I de la segunda edición de la *Historia de los heterodoxos*), decía: «Para mí *el mejor estilo es el que menos lo parece*, y cada día pienso escribir con más sencillez; pero en mi juventud no pude menos de pagar algún tributo á la prosa oratoria y enfática que entonces predominaba. Páginas hay en este libro que me hacen sonreír, y, sin embargo, las he dejado intactas, porque el libro tiene su fecha y yo distaba mucho de haber llegado á la manera literaria que hoy prefiero, aunque ya me encaminase á ella. Por eso es tan desigual la prosa de los *Heterodoxos* y fluctúa entre dos opuestos escollos: la sequedad y la redundancia. Otro defecto tiene, sobre todo en el último tomo, y es la excesiva acrimonia é intemperancia de expresión con que se califican ciertas tendencias ó se juzga de algunos hombres. No necesito protestar que en nada de esto me movía un sentimiento hostil á tales personas. La mayor parte no me eran conocidas más que por sus hechos y por las doctrinas expuestas en sus libros ó en su enseñanza. *De casi todos pienso hoy lo mismo que pensaba entonces*; pero si ahora escribiese sobre el mismo tema, lo haría con

más templanza y sosiego, aspirando á la serena elevación propia de la historia, aunque sea contemporánea, y que mal podía esperarse de un mozo de veintitrés años, apasionado é inexperto, contagiado por el ambiente de la polémica y no bastante dueño de su pensamiento ni de su palabra».

En esta exposición que voy haciendo del pensamiento filosófico de Menéndez y Pelayo, las citas de sus libros son inevitables. Fundándome en ellas, recogeré lo más significativo acerca de las circunstancias históricas que motivaron esa obra de crítica y de combate á que me refería en un principio.

«Es, por desdicha, frecuente —decía en *La ciencia española*⁵— en los campeones de las más distintas banderías filosóficas, políticas y literarias, darse la mano en este punto solo; estimar en poco el rico legado científico de nuestros padres, despreciar libros que jamás leyeron, ver con burlona sonrisa el nombre de *Filosofía española*, ir á buscar en incompletos tratados extranjeros lo que muy completo tienen en casa, y preciarse más de conocer las doctrinas del último tratadista alemán ó francés, siquiera sean antiguos desvaríos remozados ó trivialidades de todos sabidas, que los principios secundos y luminosos de Lulio, Vives, Suárez ó Fox Morcillo. Y en esto pecan

5 I, 4 y 5.

todos en mayor ó en menor grado, así el neo-escolástico que se inspira en los artículos de *La Civiltà* y en las obras de Liberatore, de Sanseverino, de Prisco ó de Kleutgen (aprendiendo no pocas veces, gracias á ellos, que hubo teología y teólogos españoles), como el alemanesco doctor que refunde á Hegel, se extasía con Schelling, ó martiriza la lengua castellana con traducciones detestables de Kant y de Krause. Cuál se proclama *neo-kantista*, cuál se acoge al *pesimismo* de Hartmann; unos se van á la derecha hegeliana, otros se corren á la extrema izquierda y de allí al *positivismo*; algunos se alistan en las filas del caído *eclecticismo francés*, disfrazado con el nombre de *espiritualismo*; no faltan rezagados de la escuela *escocesa*; cuenta algunos secuaces el *tradicionalismo*, y una numerosa falange se agrupa en torno de la enseña *tomista*. Y en esta agitación y arrebatado movimiento filosófico, cuando todos leen y hablan de metafísica y se sumergen en las profundidades ontológicas; cuando en todos los campos hay fuertes y aguerridos luchadores, y todos los sistemas cuentan parciales, y todas las escuelas discípulos, nadie procura enlazar sus doctrinas con las de antiguos pensadores ibéricos, nadie se cuida de investigar si hay elementos aprovechables en el caudal filosófico reunido por tantas generaciones, nadie se proclama *luliano*, ni levanta bandera *vivista*, ni se apoya en Suárez, ni los escépticos invocan el nombre de Sánchez, ni los panteístas el de Servet; y

la ciencia española se desconoce, se olvidan nuestros libros, se los estima de ninguna importancia, y pocos caen en la tentación de abrir tales volúmenes, que hasta los *bibliófilos* desprecian en sus publicaciones».

Las páginas del tercero y último tomo de *Los Heterodoxos*, abundan en enérgicos rasgos de severa censura contra los representantes de la dirección aludida, y especialmente contra los krausistas. Se necesitaba valor en 1881 para escribir semejantes páginas, y estoy por decir que no menos se necesitaría hoy, porque es muy poco lo que hemos progresado en lo relativo al sentimiento de independencia:

«Es mala vergüenza para España —escribía en la mencionada *Historia*⁶— que cuando ya todo el mundo culto, sin distinción de impíos y creyentes, se mofaba con homérica risa de tales visiones, dignas de la cueva de Montesinos, una horda de sectarios fanáticos, á quienes sólo daba fuerza el barbarismo (en parte calculado, en parte espontáneo) de su lenguaje, hayan conseguido atrofiar el entendimiento de una generación entera, cargarla de serviles ligaduras, incomunicarla con el resto del mundo, y derramar sobre nuestras catedras una tiniebla más espesa que la de los campos Cimmerios. Bien puede decirse de los krausistas lo que de los averroistas dijo

6 III, 731-732.

Luis Vives: «Llenó Dios el mundo de luz y de flores y de hermosura, y éstos bárbaros le han llenado de cruces y de potros, para descoyuntar el entendimiento humano». —Porque los krausistas han sido más que una escuela, han sido una logia, una sociedad de socorros mutuos, una tribu, un círculo de *alumbrados*, una *fratría*, lo que la pragmática de D. Juan II llama *cofradía* y *monipodio*, algo, en suma, tenebroso y repugnante á toda alma independiente y aborrecedora de trampantojos. Se ayudaban y se protegían unos á otros: cuando mandaban, se repartían las cátedras como botín conquistado: todos hablaban igual, todos vestían igual, todos se parecían en su aspecto exterior, aunque no se pareciesen antes, porque el Krausismo es cosa que imprime carácter y modifica hasta las fisonomías, asimilándolos al perfil de D. Julián ó de D. Nicolás. Todos eran tétricos, cejijuntos, sombríos: todos respondían por fórmulas hasta en las insulseces de la vida práctica y diaria: siempre en su papel: siempre *sabios*, siempre absortos en la *vista real* de lo absoluto... Todo esto, si se lee fuera de España, parecerá increíble. Sólo aquí, donde todo se extrema y acaba por convertirse en mojiganga, son posibles, tales cenáculos. En otras partes, en Alemania, pongo por caso, nadie toma el oficio de metafísico en todos los momentos y ocupaciones de su vida: trata de metafísica á sus horas, profesa opiniones más ó menos nuevas y

extravagantes, pero en todo lo demás es un hombre muy sensato y tolerable. En España no: el filósofo tiene que ser un ente raro, que se presente á las absortas multitudes con aquel aparato de clámide purpúrea y chinelas argénteas con que deslumbraba Empédocles á los siracusanos».

Estas apreciaciones no impidieron á Menéndez y Pelayo (¡tales eran la nobleza de su alma y la imparcialidad de su criterio!), reconocer ciertos méritos en la escuela que combatía. Así califica de «varonil y austera» la elocuencia del discurso que Sanz del Río leyó en la Universidad, al inaugurar el curso de 1857 á 1858⁷; y proclama el «robusto entendimiento» de Salmerón.

No es menos duro con el otro fanatismo; véase lo que escribía en 1888, refiriéndose á la versión del P. Jungmann hecha por Ortí y Lara:

«¡Pobre juventud nuestra, tan despierta y tan capaz de todo, y condenada, no obstante, por pecados ajenos, á optar entre las lucubraciones de Krause, interpretadas por el Sr. Giner de los Ríos, y las que con el título de *La Belleza y las Bellas Artes* publicó en 1865 el jesuíta José Jungmann, profesor de Teología en Innsbruck, y tradujo al castellano en

7 *Heterodoxos*, III, 721.

1874 el Sr. Ortí y Lara! *Arcades ambo*. El que quiera cerrarse para siempre los caminos de toda emoción estética, no tiene más que aprenderse cualquiera de estos manuales. El resultado científico es poco más ó menos el mismo... No son tratados sobre el arte, sino contra el arte, cuya peculiar esencia y valor propio niegan por diversos caminos; no dan luz ni guía al artista ni al crítico para sus obras y juicios, y, en cambio, lo mismo Krause que Jungmann, cada cual por su estilo, propenden á cierto misticismo sentimental, que confunde y borra á cada paso los términos de la moral, de la religión y del arte, sin provecho ni ventaja alguna para el arte, para la religión ni para la moral, que son lo que son, y pueden vivir en armonía jerárquica, sin necesidad de estas absurdas mescolanzas ni de estas recíprocas intrusiones»⁸. Y más adelante añadía las siguientes palabras, que parecen escritas para los actuales momentos: «No basta que un autor tenga apellido alemán para que pase por una Biblia cuanto escriba. En Alemania, como en todas partes, se escriben libros buenos y malos, y éstos en mayor cantidad que los primeros, por lo mismo que se escribe muchísimo. Coger á la ventura uno de estos libros, que en Alemania nadie ha leído, y traducirle porque halaga nuestras pro-

8 *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo IV, vol. I.

pensiones, no es comprender ni traducir la ciencia alemana. *Pero es ya calamidad irremediable que esta ciencia, y aun toda la ciencia extranjera, ha de llegar á nosotros por el intermedio de esos espíritus estrechos y dogmáticos, hombres de un solo libro, que ellos en seguida convierten en breviario, llámese Krause ó Sanseverino, Taparelli ó Ahrens».*

Bastan las citas que preceden para que se comprenda cuál hubo de ser la estructura mental de aquel Maestro insigne, cuya reciente pérdida lamentamos. Fué un espíritu *sui iuris*, independiente y libre dentro de su acendrado é inquebrantable catolicismo; nunca escribió sino aquello en que firmemente creía, y, cuando creyó necesario rectificarse á sí propio, hízolo con leal y honrada franqueza; tuvo á su Patria un amor profundo y permanente, porque siempre entendió que, aun para elevarnos sobre lo español, era requisito imprescindible conocer y amar á España; y tales fueron los dos fundamentales principios que él hizo arraigar, con la firmeza del roble cántabro, en aquellos que fuimos sus discípulos: *independencia de juicio y amor al conocimiento de las tradiciones españolas.*

Por lo que á la Filosofía respecta, dedicó buena parte de su obra á la vindicación de nuestra historia, no sin mencionar con su habitual sinceridad á los que le habían precedido en esta empresa (Laverde Ruiz, Valera, Campoamor, Canalejas, Adolfo

de Castro, Vidart, Ríos Portilla, Federico de Castro, Pí y Margall, Ceferino González, Patricio de Azcárate, Martín Mateos, Weyler y Laviña, López Praza, Guardia, Roselló, Ildefonso Martínez, Sánchez Ruano, el P. Cuevas, Suárez Bárcena, González Múzquiz, Martí de Eixalá, el Dr. Lloréns, Forner, Cerdá y Rico, Mayáns, los PP. Andrés y Lampillas, etc). Publicó textos inéditos de nuestros filósofos (por ejemplo, el tratado *De processione mundi* del Arcediano Domingo Gundisalvo, el *Democrats alter* de Ginés de Sepúlveda, varios opúsculos de Arnaldo de Vilanova); copió otros, inéditos también, que no llegó á publicar (como el *De artificio omnis et investigandi et inveniendi natura scibilis* de Fernando de Córdoba); reimprimió trabajos de singular rareza (como el *Blanguerna* de Lulio), y constantemente dedicó especial atención á la exposición y crítica de las doctrinas de nuestros pensadores (recuérdense, por ejemplo, las de Gómez Pereira, Lulio, Vives, León Hebreo y Francisco Sánchez, para no hablar de otras muchas, tan exactas, profundas y admirables como las precedentes).

Consideraba él como creaciones del pensamiento ibérico: el *senequismo*, el *averroísmo*, el panteísmo judaico-hispano de Abeagabirol, el *lulismo*, el *guarismo*, y el *vivismo* ó filosofía crítica, de la cual surgen, en su opinión, cuatro direcciones oficiales:

1.^a El *peripatetismo clásico*, «muy conforme con la tendencia de Vives, que admiraba y seguía en mucha parte á Aristóteles *puro* y sin mezcla averroista ni escolástica». Representado por Sepúlveda, Gouvea, Cardillo de Villalpando, Martínez de Brea y Pedro Juan Núñez, «caudillo de la que pudiéramos llamar *escuela valenciana*» (Monzó, Monllor, Serverá, etc.)

2.^a El *ramismo español* (el salmantino Herrera, Pedro Núñez Vela, etcétera).

3.^a El *onto-psicologismo* de Fox Morcillo.

4.^a El *cartesianismo ante-cartesiano* (Dolese, Gómez Pereira, Francisco Vallés, Torrejón y Barreda).

Y señala, por último, en esta relación de sistemas, el racionalismo escéptico de Francisco Sánchez (á quien creyó, equivocadamente, portugués) y el empirismo sensualista del Dr. Huarte de San Juan y de la falsa D.^a Oliva Sabuco⁹.

Caracterizando esas escuelas del pensamiento hispano, escribía luego: «En Séneca están apuntados ya los principales caracteres del genio filosófico nacional. Dos de ellos, el *espíritu crítico* y el *sentido práctico*, llaman desde luego la atención del lector más distraído. Séneca es uno de los tres grandes maestros

9 Cons. *La Ciencia Española*, I, 250 y sigs.

de la raza ibérica: todos nuestros moralistas descenden de él en línea recta. Séneca, gentil en verdad, pero á quien San Jerónimo llama *noster* y pone en el catálogo *de viris illustribus* al lado de los primeros cristianos, preludia nuestra filosofía *ortodoxa*. La *heterodoxa* (tomado el vocablo en su más lato sentido) presenta siempre un carácter distintivo: el *panteísmo*. Porque hay una filosofía *panteísta* española, resuelta y clara, que se anuncia por primera vez en Prisciliano, asombra el mundo en Averroes y en Maimónides, con todas las escuelas árabes y judías que preceden y siguen al uno y al otro; pasa á Francia con el español Mauricio; se vislumbra en Fernando de Córdoba, que en pleno siglo XV formula el principio ontológico de *lo uno*, en que se resuelven *el ser y la nada*; inspira en el siglo XVI al audaz y originalísimo Miguel Servet, y alcanza su última expresión en el XVII bajo la pluma de Benito Espinosa, cuya filiación hebraico-española es indudable.—Si el *panteísmo* está en el fondo de toda la filosofía española no católica, é informa lo mismo el *averroísmo* y el *avicebronismo* que el misticismo *quietista* de Molinos, y persigue como un fantasma á todo español que se aparta de la verdadera luz, en cambio la filosofía española *ortodoxa* y castiza de todos tiempos conviene en ser *crítica* y *armónica*, y cuando no llega á la *armonía*, tiende al *sícretismo*... San Isidoro condensa y *sícretica* la ciencia antigua. Raimundo Lulio forma un sistema admirablemente

armónico y levanta el espíritu *crítico contra* la enseñanza averroísta. Luis Vives es la *crítica* del Renacimiento personificada. Fox Morcillo, en su tentativa de conciliación platónico-aristotélica, formula el *desiderátum* del *armonismo*. Todas las escuelas nacidas al calor de la doctrina de Vives son *críticas* por excelencia, sobre todo la valenciana»¹⁰.

Con estas ideas habíale de parecer absurdo á Menéndez y Pelayo que se identificase la *ortodoxia* con el *escolasticismo*, como en nuestros días hace la escuela de Lovaina, en la cual se ha trazado un cuadro de dogmas, fuera de los cuales nadie es *escolástico* ni *ortodoxo*¹¹. Por eso decía: «En rigor, ¿qué es la escolástica? ¿Dónde principia y dónde acaba? ¿Es escolástica la ciencia compilatoria de Casiodoro y de Boecio, la de San Isidoro, la de Beda ó la de Alcuino? Pues más vale conocer la antigüedad en sus fuentes que en alterados extractos. ¿Es escolástico el *panteísmo* de Scoto Erígena? ¿Lo es el antitrinitarismo de Roscelín, ó el racionalismo de Abelardo, o alguna otra de las infinitas herejías que brotaron en las escuelas de la Edad Media? ¿Son escolásticos los místicos educados con el libro falsamente atribuido á Dionisio

10 *La Ciencia Española*, II, 8, 9 y 10.

11 Véase á M. de WULF: *Histoire de la philosophie médiévale*, 2.^e éd., Louvain, 1905, páginas 67 y 368.

Areopagita? ¿Son los averroístas con su panteística teoría del entendimiento uno? ¿Dónde está la verdadera escolástica? En el *tomismo*, dice... Pero entonces se enojarán los *escotistas* y los *ockamistas*, si alguno queda, y se enojarán también los *suaristas*, á no ser por el fervor architomista que en estos últimos años ha entrado á los en otro tiempo disidentes jesuítas».

El espíritu patriótico y alentador de toda la ciclopéa obra de Menéndez y Pelayo, constituye una de sus mayores excelencias y desde luego uno de sus más gratos encantos. En este sentido, pocos libros hay (por mejor decir, ninguno) tan *fortificantes* para el ánimo de nuestro pueblo como *La ciencia española*. Aun en sus mismas exageraciones (que las tiene, como toda labor de combate) hay algo que satisface, porque constituye la prueba de que en todas las épocas, hasta en las más tristes y ruinosas, hemos tenido cultivadores importantes de la ciencia y de la filosofía. Por eso no hallo inconveniente en suscribir, á pesar de mi respeto, casi religioso, á todas las palabras del maestro, estas otras que D. Juan Valera¹² escribía en 1880 dando cuenta de la aparición de los *Heterodoxos*: «Por cima del patriotismo está la verdad. Menester es confesarlo: casi desde principios del

12 Obras completas, tomo xxv, pág. 133. Véase también mi *Luis Vives y la filosofía del Renacimiento*, págs. 233 á 237.

siglo XVI hay en nuestra civilización un germen de letéreo que la corrompe y marchita. Este germen es el fanatismo religioso, y no porque en otros países no existiera, sino porque aquí existía unido, unánime, y en otros países dividido y luchando. Por allá, en la fiera lucha, acabó por anularse, mientras que entre nosotros apenas hubo lucha, y vivió. Por este lado podemos también seguir á los Sres. Menéndez y Pelayo y Ortí y Lara, y hacer de un modo sofístico la apología de la Inquisición. En efecto: toda la sangre que derramó, todas las lágrimas que obligó á verter, toda la carne humana que tostó y todas las víctimas que hizo durante dos siglos, no equivalen al número de personas que perecen violentamente en el mismo período histórico y durante pocos años en cualquiera de las guerras religiosas de Alemania, Francia ó Inglaterra; pero allí, por la lucha de fanatismos opuestos, nace la libertad y mueren los fanatismos, mientras que entre nosotros con poca lucha, y, por consiguiente, con menos horrores y crueidades, pero con una compresión larga, constante y sistemática, la libertad muere y el pensamiento se agosta y esteriliza».

Pero la defensa de la Inquisición en *La ciencia española*, y la tesis: «el genio español es eminentemente católico: la heterodoxia es entre nosotros accidente y ráfaga pasajera», que inspiró la *Historia de*

los heterodoxos, harto discutibles y difíciles de aceptar, son secundarias en las dos monumentales obras citadas, puesto que, aun prescindiendo de aquéllas, queda siempre la demostración y exposición de nuestro valor histórico en la esfera del pensamiento. Y precisamente en esta apología de lo español y de lo castizo estriba la representación capital de su obra.

Tan cierto es esto que, manteniendo la misma idea, en Setiembre de 1910¹³ escribía el maestro estas inmortales palabras, que considero, á pesar de no ser las últimas, como su testamento intelectual, y que deberían grabarse en letras de oro:

«Hoy presenciamos el lento suicidio de un pueblo que, engañado mil veces por gárrulos sofistas, empobrecido, mermado y desolado, emplea en destrozarse las pocas fuerzas que le restan, y corriendo tras vanos trampantojos de una falsa y postiza cultura, en vez de cultivar su propio espíritu, que es el único que ennoblecen y redime á las razas y á las gentes, hace espantosa liquidación de su pasado, escarnece á cada momento las sombras de sus progenitores, huye de todo contacto con su pensamiento, reniega de cuanto en la historia los hizo grandes, arroja á los cuatro vientos su riqueza artística, y contempla con

13 *Dos palabras sobre el centenario de Balmes*, Vich, 1910, págs. 6 y 7.

ojos estúpidos la destrucción de la única España que el mundo conoce, de la única cuyo recuerdo tiene virtud bastante para retardar nuestra agonía. ¡De cuán distinta manera han procedido los pueblos que tienen conciencia de su misión secular! La tradición teutónica fué el nervio del renacimiento germánico. Apoyándose en la tradición italiana, cada vez más profundamente conocida, construye su propia ciencia la Italia sabia é investigadora de nuestros días, emancipada igualmente de la servidumbre francesa y del magisterio alemán. DONDE NO SE CONSERVA PIADOSAMEMTE LA HERENCIA DE LO PASADO, POBRE Ó RICA, GRANDE Ó PEQUEÑA, NO ESPEREMOS QUE BROTE UN PENSAMIENTO ORIGINAL NI UNA IDEA DOMINADORA. UN PUEBLO NUEVO PUEDE IMPROVISARLO TODO MENOS LA CULTURA INTELECTUAL. UN PUEBLO VIEJO NO PUEDE RENUNCIAR Á LA SUYA SIN EXTINGIR LA PARTE MÁS NOBLE DE SU VIDA Y CAER EN UNA SEGUNDA INFANCIA MUY PRÓXIMA Á LA IMBECILIDAD SENIL».

Terminantemente declaró Menéndez y Pelayo que no era *tomista*, pero que, estando obligado cada hombre á tener más ó menos su filosofía, no sólo práctica, sino especulativa, la suya no era otra que «el criticismo *vivista*»¹⁴. También cobró afición, merced

14 *La Ciencia Española*, II, pág. 6.

á las enseñanzas del Dr. Lloréns en la Universidad de Barcelona, á la escuela escocesa, representada en España, entre otros, por José Joaquín de Mora, Codina y Vilá y Martí de Eixalá. Pero bien echaba de ver sus defectos: «el mal de la doctrina escocesa está en ser puramente psicológica y lógica, en carecer de metafísica. Por horror á los sistemas germánicos de *lo absoluto*, negó Hamilton la filosofía de *lo incondicionado*, sin sospechar que tal negación había de ser arma terrible á la vuelta de pocos años en manos de los positivistas, que, por boca de Stuart Mill, le han acusado de contradicción flagrante»¹⁵.

Su antipatía, propia del humanista y del crítico, hacia el tomismo, se revela ya en el bello estudio sobre la *Antoniana Margarita*, de Gómez Pereira, donde aplaude la briosa refutación que el médico de Medina del Campo hace de la teoría escolástica sobre la conversión del *fantasma* en especie intelible por la luz del entendimiento agente¹⁶. Pero su total pensamiento acerca de estas cuestiones, consta especialmente en su controversia con el dominico P. Fonseca¹⁷.

15 Idem, id., II, 26.

16 *La Ciencia Española*, II, págs. 223 y sigs.

17 *Obr. cit.*, III, págs. 55 á 123.

Da allí á entender el maestro (y sus afirmaciones han de parecer muy naturales á todo el que haya saludado científicamente la historia de la Filosofía) que Santo Tomás de Aquino tiene sólo una originalidad de método: «ninguno de los principios filosóficos de Santo Tomás ha sido formulado primeramente por el Santo, sino que todos estaban contenidos, ó en germen ó en desarrollo pleno, en Aristóteles y sus comentadores, ó en los platónicos, ó en San Agustín, ó en los escolásticos anteriores al Santo» (y pudiéramos agregar: «ó en los escritores musulmanes ó judíos»). Parécele también peregrina ocurrencia la de atribuir á Santo Tomás el descubrimiento de la inducción baconiana: «Pertenezco —dice— al número de los *inconscientes*, que creen que Santo Tomás no adelantó en esto de la inducción sobre lo que Aristóteles le había enseñado, y que Aristóteles, aunque conoció la inducción como todo ser racional y la aplicó maravillosamente á las ciencias naturales, á la política y á la teoría del arte, en su lógica la relegó á muy secundario lugar, y no la estudió con el mismo amor que el silogismo, ni fijó los cánones del método de invención, mérito que estaba reservado á Bacon, precedido en la Edad Media por el otro Bacon, franciscano, y en el Renacimiento por el gran Vives, por Telesio y por otros italianos. Y aunque sea hoy moda

decir mil afrentas de Bacon¹⁸, á título de fautor del positivismo, yo creo que á cada uno debe darse lo suyo, y que el procedimiento inductivo no es malo cuando rectamente se aplica á sus naturales objetos. Lo malo es el exclusivismo y el abuso».

En cuanto á la monserga de las *especies inteligibles*, de las *representaciones* y de los *fantasmas*, opina que se trata de «abstracciones y quimeras idealizadas», y en tal punto se declara «antiescolástico intransigente», abominando de la restauración escolástica al modo de la del P. Fonseca y otros *eiusdem furfuris*, con los cuales proclama no tener nada que ver, y «cuya obra sólo ha de servir para perpetuar en España el estado dé desidia intelectual y de agitación estéril en que vivimos, y que nos hace literalmente el ludibrio y la ignominia de Europa».

El problema del conocimiento ha sido estudiado con alguna extensión por Menéndez y Pelayo en esta parte de su obra á que me voy refiriendo. El defiende, no la *teoría*, sino el *hecho* «del conocimiento directo, sin más términos que el sujeto y el objeto,

18 Puede verse un ramillete de ellas, expuestas en el estilo vulgarísimo y ramplón de su autor, en la *Historia de la Filosofía* del P. Ceferino González (2.a ed., III, 169 y sigs.). Y todavía, se hallan reproducidas en la *Historia de la Filosofía* del P. Jesús M^a Reyes (2^a ed., Granada, 1910, pág. 124), que es una lastimosa copia del anterior libro.

modificándose el sujeto á tenor de la impresión recibida del objeto, y constituyendo esta modificación el conocimiento». Lo que rechaza con el nombre de *hipótesis de la representación* «no es más que la suposición de un *tertium quid* que se atraviesa entre los dos términos del conocimiento, sin que para mi propósito importe cosa alguna que este *tertium quid* sea una representación material del objeto, como suponían los epicúreos y otros materialistas antiquísimos; ó una representación ideal semejante al objeto, como parece que sostienen los escolásticos; ó una representación ideal sin semejanza, como defienden otras escuelas, aunque, á la verdad, no alcanzo á comprender qué especie de representación puede ser la que no se parece en nada al objeto representado. He empezado por poner la cuestión en estos términos, porque los escolásticos la embrollan de un modo increíble (so pretexto de que los demás no los entendemos), confundiendo lo secundario con lo principal; y es error suyo, además (acostumbrados como están á dar soluciones á todo y á convertir en realidades todas las abstracciones, creyendo que basta un nombre para crear un ente), el imaginarse que los adversarios de las especies *inteligibles* traemos alguna hipótesis [con] que sustituir á ésa. No traemos ninguna, y en eso precisamente consiste la fuerza de una escuela que comienza por proclamar la *docta ignorancia* y el *ars nesciendi* como uno de los

principios fundamentales de la ciencia. No traíamos de enseñar á nadie cómo se verifica el acto del conocimiento, sino que *declaramos inasequible la pretensión de explicarlo*, y, contentos con la realidad viva, dejamos á los escolásticos, y á los kantianos, y á los idealistas de toda especie, el mundo de las sombras. *Rerumque ignarus, imagine gaudet.*

Es decir: que para Menéndez y Pelayo, consecuente con su abolengo vivista, la Psicología es una ciencia natural, y, como tal, ha de colocarse en el punto de vista del sentido común¹⁹ dejando para los *ingenia metaphysica* (según la expresión de Vives) todas las elucubraciones de la *Erkenntnistheorie*. Al mismo tiempo acude, como Hamilton y Mansel, al testimonio de la conciencia, y afirma que la palabra *especie* es un sonido huero, y que «en el acto de la percepción somos *conscios* inmediatamente de un *yo* y de un *no-yo*, conocidos al mismo tiempo, pero en oposición mutua. Esta dualidad es evidente. Tenemos, pues, conciencia del *yo*, como sujeto que percibe, y de la realidad exterior, como objeto percibido. Y esta conciencia se adquiere por una misma intuición indivisible. *El conocimiento del sujeto no precede ni sigue al del objeto, ni le determina ni es determinado por él.* Tal es el

19 Comp. William JAMES: *Précis de Psychologie*, trad. Baudin-Bertier, París, 1909, página 618.

hecho de conciencia en que descansa nuestra creencia de la realidad del mundo exterior».

Entre afirmar una entidad representativa presente al espíritu, como los escolásticos, ó una modificación puramente mental, como los kantianos, cree Menéndez y Pelayo más lógica la actitud de éstos que la de aquéllos. «Pero admítase ó no —escribe—, en toda su integridad y valor, el testimonio de conciencia, ¿qué quiere decir el término *representación*? Para representarse un objeto, es preciso tener algún conocimiento de él. ¿Cómo podemos afirmar que una cosa es representación de otra, si no conocemos antes esta otra, independientemente de la representación? ¿En qué fundan los escolásticos su creencia de la realidad del mundo exterior? En la hipótesis de que la especie nos le represente fiel y adecuadamente, tal cual existe. ¿Y en qué estriba la realidad del hecho mismo de la representación? ¿Por dónde hemos conocido el mundo exterior para poder aseverar que esa representación es fiel? La representación (diremos con Hamilton) supone algo representado; la representación del mundo exterior supone este mundo directamente conocido».

La *Historia de las ideas estéticas en España*, como todas sus demás obras, está llena de apreciaciones personales acerca de cuestiones filosóficas de la mayor importancia. En la imposibilidad de referirme

á todas, fijaré tan sólo la atención en su dictamen sobre el *arte docente*, problema que ha preocupado durante largo tiempo á los tratadistas de Estética.

Para Menéndez y Pelayo, la fórmula de «el arte por la moral» es una espada de dos filos «terrible en manos del fanatismo sectario». El fin inmediato de la obra de arte «no es otro que la producción de la belleza, y con producirla se cumple, sin ninguna otra aplicación, sentido ni transcendencia». Las leyes éticas no obligan al artista como artista, sino como persona moral, y por razones que caen fuera de la jurisdicción de la Estética, porque el juicio ético y el estético pueden diferir, siendo «verdad trivialísima que los géneros puros y libres del arte valen más estéticamente que los géneros aplicados y mixtos; mucho más la poesía épica ó dramática que la poesía didáctica; mucho más la poesía que la oratoria ó la historia; mucho más la novela que nada enseña y recrea apaciblemente el ánimo, que la novela que tiene por objeto dar nociones de economía política, de física ó de astronomía, ó defender fastidiosamente tal ó cual tesis moral». Si hay pintores, escultores y poetas inmorales, no es porque el arte que practican sea por sí mismo moral ó inmoral, sino porque ellos son malos hombres y malos artistas, que han tomado al pie de la letra la doctrina de que el arte no debe hacerse por el arte mismo ni por la belleza, sino por otros

fines distintos, como la lujuria, la concupiscencia ó el sórdido anhelo de ganancia²⁰.

Y si de la exposición de doctrinas propias pasamos á la de las ajenas, encontraremos á Menéndez y Pelayo en su verdadero elemento, con las dotes más admirables del genio crítico. ¡Qué noble lealtad la suya al reproducir pensamientos y palabras que hieren á veces sus más profundas convicciones! ¡Qué serenidad y mesura en sus juicios! ¡Qué elevación en sus comparaciones! ¡Qué intuición más prodigiosa de las almas ajenas, cuyos escondrijos sabe revelar con tal clarividencia, que á veces el lector olvida estar siguiendo á un historiador, y se imagina, con la firme persuasión del hipnotizado, vivir y conversar con los personajes que el crítico va describiendo con su mágica pluma! Y, por último, ¡qué generosa amplitud de criterio, libre de todo exclusivismo de secta, de toda estrechez dogmática! ¡Sólo él hubiese podido cobijar bajo el manto de su arte sublime á *Gloria* y á *Doña Perfecta*, á *Sotileza* y al *Señor de la Torre de Povedaño!*²¹.

De mí sé decir que no hallaría gran dificultad para entresacar de la *Antología de poetas líricos*

20 Tomo IV, vol I, pág. 436 y sig.

21 Véanse sus discursos de contestación, en la Academia Española, a Pérez Galdós y a Pereda (Madrid, 1897).

castellanos, de la *Historia de la poesía hispano-americana* (obra predilecta suya, y la menos conocida de todas), de las Introducciones á Lope de Vega, de la *Historia de los heterodoxos*, de la *Historia de las ideas estéticas*, y hasta de los discursos y obras menores, una larga y espléndida serie de retratos vivientes, con el colorido, la expresión y el carácter de los de Velázquez. Y esos retratos enseñarían más á nuestros compatriotas que todos los infolios y disertaciones soporíferas de los eruditos sin alma de artista. Recuerdo las exposiciones de Platón, de Aristóteles, de Kant y de Hegel, en la *Historia de las ideas estéticas*, por ser de las que más directamente conciernen á la filosofía. Y voy á referirme sólo á la tercera, para no alargar demasiado este trabajo, y porque, además, nada puede sustituir á la lectura del original. «Tomado en conjunto el sistema de Kant —dice el maestro, después de una exposición detenidísima—, por lo que toca al juicio estético, y enlazado con las otras partes de su filosofía, presenta tanta endeblez como grandeza. El vicio interior de la *Crítica del juicio* es el mismo pecado capital de todo el pensamiento kantiano, quiero decir, el haberse encerrado en una fenomenología, el haber tapiado todas las ventanas que dan á la realidad, considerándola como pernicioso enemigo; el haber prestado atención únicamente á las formas subjetivas de la conciencia, y aun ésta no íntegramente estudiada. Su obra es

un puro *intelectualismo*, con todas las limitaciones de esta preocupación exclusiva. Así, limitándonos á la doctrina de lo bello, es evidente que en ella no se nos da otra cosa que el análisis del gusto; es decir, la *psicología estética*. En cuanto á las demás partes de la ciencia, Kant, no sólo las omite, sino que implícitamente niega su existencia. Mal puede existir *física estética*, cuando no se da fin estético en la naturaleza; ni *filosofía del arte*, cuando el arte no tiene conceptos determinados en que fundarse; ni *metafísica de lo Bello*, cuando en realidad toda la metafísica se reduce á la hipótesis gratuita y laboriosa de un *noumeno*: —La fuente de las contradicciones que de la misma exposición resultan, y que por nuestra parte no hemos procurado atenuar, es el empeño inmoderado, la verdadera anticipación con que Kant procura celosamente excluir del juicio estético todo lo que se parezca á noción ó concepto intelectual. Y como al mismo tiempo no puede negar la existencia de *ideas* estéticas, esto le envuelve en un laberinto inextricable, del cual no acierta á salir, á pesar de su asombrosa habilidad dialéctica. El que tan profundamente comprendió la armonía de nuestras facultades, se empeña ahora en estudiar una de ellas como si fuese un mundo aparte, y acude, sin darse punto de reposo, á tapiar todos los huecos por donde pueda comunicarse con las restantes. En vez de reconocer lisa y llanamente que en el fenómeno

estético andan mezclados un elemento afectivo y un elemento intelectual, prefiere multiplicar los entes, contra el consejo de su propia metafísica, é inventa esa fantástica facultad del juicio, que no es entendimiento ni sensibilidad, pero que de todo participa. Debajo de esta facultad reúne monstruosamente cosas tan diversas, por no decir contrarias, como la finalidad libre y vaga de lo bello, y la finalidad teleológica, determinada y objetiva. Y el concepto intelectual, ese concepto que tanto persigue y mortifica á Kant, reaparece á cada paso en las formas más diversas, puesto que ni aun la misma armonía de las facultades cognoscitivas, en que él hace consistir la belleza, podemos pensarla de otro modo que como un concepto de la inteligencia.—Pero en medio de estas sombras, ¡qué riqueza de doctrina hay en esa *Crítica de la facultad de juzgar* (*Kritik der Urtheilskraft*), de la cual verdaderamente puede decirse que realiza una de las antinomias favoritas de Kant, puesto que si con una mano destruye y anula la ciencia estética, con otra vuelve á levantar lo que había destruido, y da á las futuras teorías de lo bello una base crítica y analítica que establece la independencia de su objeto y pone á salvo los derechos del genio artístico contra el menguado criterio de utilidad, contra el empirismo sensualista, y también (¿porqué no decirlo?) contra las instrusiones (sic!) del criterio ético mal entendido y sacado de

quicios! La hermosa fórmula de la *finalidad sin fin*, contenida en potencia en la filosofía escolástica, y especialmente en la de nuestros españoles del siglo XVI, que tanto ahondaron y tanto insistieron en esta distinción racional entre lo bueno y lo bello; el reconocimiento del carácter desinteresado, universal, subjetivo y necesario del juicio de lo bello; la luz de la idea de lo infinito derramada, sobre el concepto de lo sublime, que hasta entonces sólo de Silvain había obtenido explicación imperfecta; la distinción luminosa del sublime *matemático* y del *dinámico*; la distinción no menos esencial de la belleza libre y vaga, y de la belleza combinada ó adherente..., son puntos definitivamente adquiridos para la ciencia, y que de ningún modo deben ser rechazados *in odium auctoris*, sino recibidos é incorporados en todo cuerpo de doctrina estética digno de este nombre, como lo hizo nuestro Milá y Fontanals en la suya inolvidable»²².

De propósito he reproducido todo este pasaje, porque contiene una de las críticas más meditadas de Menéndez y Pelayo, y porque acompaña á la exposición más minuciosa y exacta que en España se ha hecho de la *Crítica de la facultad de juzgar*. Schopenhauer, en su *Kritik der Kantischen Philosophie*, había

22 *Ideas estéticas*, IV, 1.º, págs. 55 á 58.

enunciado ya algunos de los puntos de vista que Menéndez y Pelayo adopta (por ejemplo, que Kant, en la *Crítica de la razón pura*, dijo cien veces que el entendimiento es la facultad de juzgar, mientras que en esta otra obra habla de una facultad de juzgar especialísima, diferente por completo de aquélla; que la necesidad de pensar las cosas naturales como sujetas al concepto de finalidad es de origen subjetivo; que la parte mejor de la *Crítica de la facultad de juzgar* es la teoría de lo sublime)²³; pero la crítica del segundo es más completa y terminante que la del primero.

Precisamente por sus aficiones á la filosofía de Vives (cuyas ideas fundamentales expuso de un modo acabado en *La ciencia española* y en el discurso sobre los precursores españoles de Kant), Menéndez y Pelayo» como pensador, no es de los que admiten mote de sistema, ni pueden ser afiliados á una comunión filosófica determinada. Así es que él fué un «ciudadano libre de la república de las letras», y entendía que este título es el más hermoso y apetecible que puede darse, añadiendo: «Yo, por mí, no le trocaría por ningún otro, ni siquiera por el de *tomista*, que al cabo indica adhesión á una escuela determinada. Los principios

23 Cons. *Die Welt als Wille*, &, ed. Grisebach, 1, 670 y sigs.

y tendencias del *vivismo* dan, según yo entiendo, ese libérmino derecho de ciudadanía»²⁴.

24 *La Ciencia Española*, 11, 27.

En un articulo, publicado en *La Ciencia Tomista* de Julio-Agosto de 1912, el P. Alonso Getino se sorprende de que Menéndez y Pelayo «con ser quien era y con haber expuesto con tanto calor y maestría las doctrinas de Vives, no logró formar un *vivista*». También se maravilla de que el Maestro sintiese afecto hacia mi persona, cuando pienso y escribo «en los puntos más fundamentales» (¿qué *puntos* serán éstos, cielo santo?) de modo contrario al de aquél.—En cambio á mi no me sorprende ninguna de las afirmaciones del P. Getino, porque para saber si Menéndez y Pelayo formó ó no vivistas, es necesario conocer lo que sea el *vivismo*; y para entender por qué un hombre puede amar y apreciar á otro, á pesar de su diferencia de opiniones, se necesita estar enterado de lo que sean nobleza de espíritu y generosidad de criterio.

Es inconcebible lo que en el citado articulo se dice sobre la vida y las obras de Menéndez y Pelayo, como no sea teniendo en cuenta que el autor es otro *árca de* por el estilo del P. Fonseca. De ese artículo resulta que Menéndez y Pelayo no merece el título de «investigador y especialista» en tan alto grado como Morales, Chacón ó Zurita (¡ !); que, como hombre, además de «comer y beber como *un sajón*», «no perdía detalle de las *cominerías* de actualidad»; que el patriotismo del Maestro fué «exagerado y *anticientífico*»; que su afirmación de que en España ha habido una filosofía con caracteres propios y definidos «no deja de ser un postulado *caprichoso y expuesto*», etc., etc.; porque el desenfado del autor para acumular con olímpica frescura apreciaciones sin fundamento y conclusiones sin prueba raya en lo inverosímil.

Dentro de esta libertad de espíritu, Menéndez y Pelayo, como Lope de Vega (á quien en tantos conceptos se asemeja), fué la encarnación de su pueblo y de su raza. La tendencia *sincrética* y *armónica*, que él echaba de ver en la especulación filosófica hispana, caracteriza también la suya. Para él, la Filosofía nada enseña si no enseña á ignorar á tiempo y á confesar razonadamente esta *docta ignorancia*. La Metafísica nada tiene de ciencia exacta, y, en su actual crisis, «todos somos más ó menos escépticos»; pero «sin Metafísica no se piensa, ni siquiera para negar la Metafísica», porque «las abstracciones tienen vida más dura y resistente que las más duras realidades». El ideal debe ser aquella *libre síntesis del espíritu*, de que habla Lange, obtenida por «el ancho y triunfal camino del *idealismo realista*, idéntico en substancia al que recorrió

El apresuramiento con que se ha procedido por algunos, calientes aún los restos mortales del Maestro, para empequeñecer y rebajar la figura de éste, merece detenido estudio, porque se enlaza con la decadencia actual de nuestra Patria y con las bajas notas de envidia, sectarismo, pedantería é ignorancia que la informan. No tardaré mucho, *Deo volente*, en exponer, con toda claridad, las causas de aquella campaña. Ya la preveía el insigne muerto. En carta, fechada el 2 de Mayo de 1912, me decía, después de describirme las peripecias de su enfermedad: «Digo á usted todas estas cosas; pero no quisiera que se enterasen otros, porque tal es la picara condición humana, que son más los que se alegran que los que se conduelen del mal ajeno».

el genio semidivino de Aristóteles»²⁵. Este idealismo realista era lo que Menéndez y Pelayo, recordando á Leibniz, llamaba *filosofía perenne*, comprendida á modo de un grande y sereno Océano, «en el cual van entrando todos los riachuelos de las filosofías particulares, depurados en el color y en la calidad de sus aguas. Toda hipérbole, toda mezquindad de espíritu, toda interpretación no completa de la conciencia, se diluye y pierde en la congregación de tantas aguas, de las cuales beben copiosamente los espíritus sintéticos y organizadores»²⁶. Platón y Aristóteles, modelos de estos espíritus, son tan eternos como la conciencia humana; pero si los principios de verdad que en ellos hay han de tener alguna eficacia y virtualidad, «será preciso que cada pensador los vuelva á pensar y encontrar por sí mismo. Y entonces no serán ya de Platón ni de Aristóteles, sino del nuevo filósofo que los descubra y en sí propio los reconozca», porque «*dodo organismo filosófico es una forma histórica que el contenido de la conciencia va tomando según las condiciones de tiempo y de raza*»²⁷.

25 *Ensayos de crítica filosófica*, Madrid, 1892, págs. 192 y 360 á 366.

26 *La Ciencia Española*, III, 98.

27 *Ensayos*, etc., pág. 186.

«La generación presente —escribía en 1876— se formó en los cafés, en los clubs y en las cátedras de los krausistas; la generación siguiente, si algo ha de valer, debe formarse en las bibliotecas: faltan estudios sólidos y macizos»²⁸. Eso mismo hizo él; se acostumbró á «vivir con los muertos»²⁹, dándosele muy poco de los vivos, que no siempre pagaron como correspondía los beneficios de su trato, aunque se hayan apresurado á plañirle cuando ha desaparecido. En esa callada y solitaria contemplación meditó sus mejores y más duraderas obras, amando cada vez más su indomable independencia, y justificando el apotegma ibseniano: «El hombre más fuerte del mundo es aquel que se encuentra más solo».

A su condición filosófica debió, sin duda, la elevación de su crítica, porque sólo la filosofía da el hábito de buscar las ocultas causas de los hechos y el sentido orgánico de la evolución de las formas. En sentencia profundísima, dijo: «Hasta hoy no se ha entendido bien la historia de nuestra literatura por no haberse estudiado á nuestros teólogos y filósofos»³⁰. El los estudió á la perfección, y gracias á ello supo trazar aquellos rasgos críticos que

28 *La Ciencia Española*, I, 128.

29 *Discurso leído ante S. M. el Rey en 24 de Mayo de 1902*.

30 *La Ciencia Española*, II, 10.

esmaltan sus obras y que son tan finas muestras de escrupulosa observación erudita como de análisis psicológico.

Sin esta levadura filosófica, ningún literato hará jamás labor de *alta crítica*. Taine escribió la *Historia de la literatura inglesa*, pero es también autor del hermoso libro sobre *La inteligencia*; Macaulay redactó en páginas de oro la historia de la revolución inglesa y las semblanzas de sus grandes hombres; pero hizo á la vez el ensayo sobre *Bacon*. En este género de crítica, que la convierte en un verdadero arte bello, con valor sustantivo é independiente de su materia, Menéndez y Pelayo fué un maestro insigne, y quizá el último de todos en el orden cronológico, si es cierto que la orientación actual de los estudios literarios pone á la primera en peligro. «Hay en la crítica —escribe Lanson—³¹ una parte de arbitrariedad, de subjetivismo, de preferencia sentimental ó de lógica a *priori*, que aparta de ella los espíritus educados en la disciplina de las ciencias históricas y filológicas. Se aplican los métodos exactos al estudio del desarrollo y de las obras maestras de la literatura, y mientras languidece la crítica, se hace la historia literaria; en este sentido, la actividad es grande y excelentes los

31 *Histoire de la littérature française*, ed. de París, 1908, pág. 1098.

resultados. Parece que, cogida entre el periodismo y la historia, á la brillante crítica de otros tiempos le cuesta trabajo subsistir como género; si no fuese permitida más que á los espíritus excepcionales, que nos interesan más por ellos mismos que por el asunto de que hablan, no habría razón para lamentar este cambio».

En estas afirmaciones de Lanson hay mucho de verdad (sobre todo en cuanto reflejan el actual estado de cosas); pero hay también algo que se presta á interpretaciones equivocadas y que puede aplicarse con intención siniestra. Si se trata, por ejemplo, de averiguar si Ulrico de Hutten tomó parte en la redacción de las *Epistolae obscurorum virorum*, ó de determinar la cronología de los diálogos platónicos, ó de saber si la *Metafísica* pertenece á Aristóteles en todos sus libros, la *intuición* del crítico por sí sola es de auxilio bien escaso; entonces es la ocasión de aplicar los *métodos exactos* á que se refiere Lanson, y será preciso comparar documentos, catalogar frases y vocablos, registrar códices, etcétera, etc. Este trabajo no es ciertamente despreciable, sino muy importante y fundamental; requiere tenacidad de esfuerzo, facultades inductivas y deductivas, sagacidad extraordinaria. Pero su resultado es el hecho y nada más que el hecho, el cual ha de ser luego interpretado por los hombres según la inteligencia de cada uno. Y en esa interpretación está el Arte, divino y regenerador. Nada sustituye á la

lectura directa de los originales; pero esto no excluye la crítica, del mismo modo que la contemplación de la naturaleza no ahorra el arte pictórico ni el escultórico, que son, sin embargo, interpretaciones de ella. En suma: los métodos exactos no son Arte bello y la Crítica sí. Lo que ocurre es que son muchos más los que sirven para aquéllos que los que pueden sobresalir en la última; como son en mayor número los que pueden ganarse la vida con las artes útiles que con las bellas. Pero lo alto, lo supremo, lo que eleva al hombre sobre la vida, y, por consiguiente, sobre sí mismo, es y será siempre el Arte.

Con todo su *armonismo*, á pesar de su catolicismo ferviente y á machamartillo, guardó siempre en el fondo de su corazón una fuerte levadura, pagana, como el gran Goethe, y á ello debe la *euritmia* y la serenidad de su estilo. Distaba mucho de menospreciar la Edad Media (ahí están sus admirables semblanzas de Rodrigo Díaz, del Arcipreste de Hita y del Marqués de Santillana, y su bellísimo *Tratado de los romances viejos*, para probar lo contrario), y jamás hubiese dicho con Valera que el *Poema del Cid* era «obra de algún erudito, trabajo artificial..., dificultoso y cansado de leer y... sin número y cadencia». Pero sostuvo, en cambio, terminantemente, que el

arte histórico de los pueblos cristianos no ha alcanzado, y quizá no alcanzará nunca, «aquella perfecta y serena armonía y compenetración de fondo y forma propias del verdadero arte clásico», del helenismo que empieza en Homero y acaba en Sófocles y en los escultores atenienses de la era de Pericles³². Y, en la *Epístola á Horacio*, escribió:

Orgullosos
Allá arrastren sus ondas imperiales
El Danubio y el Rhin antes vencidos.
Yo prefiero las plácidas corrientes
Del Tiber, del Cefiso, del Eurotas,
Del Ebro patrio ó del ecuóreo Betis.
¡Ven, libro viejo; ven, alma de Horacio;
Yo soy latino, y adorarte quiero!

Madrid, Junio de 1912.
ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN

32 *La Ciencia Española*, III, 119.

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO (SU VIDA Y SU OBRA)¹

I. SU VIDA

Nació Marcelino Menéndez Pelayo el día 5 de noviembre de 1856 en la ciudad de Santander, cuna de ilustres varones y solar hospitalario de la más egregia trinidad de las letras españolas durante las postrimerías del siglo XIX: Galdós, Pereda y el mismo Menéndez Pelayo. Galdós, aunque no haya nacido en ella, es hijo adoptivo de la insigne población cántabra; Pereda era natural de su provincia, y Menéndez Pelayo vio la luz primera en su propio recinto, a orillas del mar salado y ondulante que tanto había de amar y al que había de dedicar más tarde la mejor y acaso la más inspirada de las poesías que escribió.

1 Título de la obra, publicada en Madrid en 1912 por los sucesores de Hernando, de la que procede el texto (se han suprimido aquí, los listados bibliográficos que en el original siguen a cada capítulo).

Era el padre del ilustre polígrafo catedrático del Instituto de Santander, y del progenitor hubo de recibir sin duda sus primeras lecciones aquel sabio precoz, que a los veintiún años había de ganar una cátedra en el más alto centro docente de la Península. Así pudo, desde niño, imitar a los virtuosos y sabios varones de la antigüedad, y como el rey Agasielo, que no quiso preceptor en su infancia, pudo exclamar: «De aquel debo aprender de quien he nacido... ».

La raza cántabra ha sido siempre raza fuerte y dominadora; raza de aventureros y de conquistadores, dados a la persecución del vellisco de oro o del ideal, más preocupados de lanzarnos a ignotas aventuras donde nos acechan peligros que de vegetar sombriamente en la soledad de nuestro lar, afanados con el tráfago menudo del vivir cotidiano...

«Pálidos escudriñadores del oro» nos llamaba Lucano, con perífrasis más poética que la de Silio Itálico, que, ruda y sabiamente, nos calificaba de avaros.

Pero lo supremo de la raza cántabra, el aliento ideal, el *aveμός* de la progenie, lo expresó el poeta latino que dijo:

Cantabrum indoctum juga ferre nostra...

«Los cántabros que *no saben* soportar nuestros yugos». Notad bien que no dice *no pueden*, sino *no*

saben. He aquí toda la clave de la raza. No es que no podamos, es que no sabemos ser dominados; somos aristócratas aun al plegarnos a la democracia...

Educóse con la educación primera, que es la que deja huella, eficaz y honda, en aquella Santander,

dives opum studiisque asperrima belli,

que comenzaba por entonces a sufrir la transformación industrial que había de convertirla en una de las primeras ciudades de España. En el Instituto de esta ciudad recibió el premio extraordinario al graduarse de bachiller en artes.

Fué a Barcelona a estudiar la carrera de Filosofía y Letras, y allí fué discípulo del ilustre Milá y Fontanals, al cual había de rendir más tarde tributo de admiración y de respeto al colecciónar sus *Obras completas* y ornar varios de sus ocho volúmenes con magníficas introducciones².

Cuando obtuvo, por oposición, el título de licenciado en Filosofía y Letras, era casi un niño. Vino a Madrid a graduarse de doctor, y obtuvo la misma recompensa. El estudio era por entonces —y fué

2 En la bibliografía del capítulo *Labor de crítica* se encontrará la referencia de ellas. [Se ha suprimido la bibliografía en la presente edición del texto].

siempre, aunque más mitigada por la natural templanza que la edad madura pone en todas sus cosas—su única pasión. Menéndez Pelayo fué siempre un estudioso impenitente, y acaso así acertó con el verdadero sentido de la vida... «¿Qué sería uno en ciertos momentos de la vida —decía Renán en uno de esos angustiosos momentos— si el estudio y la cultura intelectual no formasen un *alibi* al alma fatigada de luchar contra las dificultades exteriores?...».

Entre los funcionarios de la Biblioteca Nacional y de las Bibliotecas de las Reales Academias llegó a constituir un serio motivo de preocupación y de asombro cotidianamente renovado aquel muchacho de flaca contextura, alto y recio, de largas piernas y desairados modales, de gesto nervioso y mirada inquieta, que permanecía horas y horas absorto, registrando infolios y manuscritos con ansiedad devoradora.

En 1875, la Diputación y el Ayuntamiento de Santander le pensionaron para que durante dos años se dedicase exclusivamente a las investigaciones bibliográficas, y al cumplirse el plazo el Ministerio de Fomento le concedió otra pensión de más abundante retribución con el mismo objeto; en cumplimiento de ella, el joven polígrafo visitó los principales archivos de España y del extranjero, recorriendo toda Francia, Portugal, Italia y Bélgica,

con más largas estancias en Bruselas y Venecia principalmente, desde donde escribió algunas de sus primeras obras, como *La Ciencia Española* y la *Historia de los Heterodoxos españoles*.

Cuando contaba diez y nueve años concurrió a un concurso convocado por *La Ilustración Española y Americana*, logrando los tres premios ofrecidos a los tres mejores trabajos. En aquella época llevaba ya bien aprendidos el griego y el latín y conocía además y se perfeccionaba en los idiomas modernos, como el francés, el alemán y el inglés, llegando a traducir a Shakespeare admirablemente.

En marzo de 1878 quedó vacante la cátedra de Historia crítica de la Literatura española, por muerte del ilustre Amador de los Ríos, y Menéndez Pelayo, que sólo contaba veintiún años, opositó a ella. Mas como no tenía la edad reglamentaria, hubo de promulgarse una ley especial reduciendo los términos de la edad legal para oposiciones.

En la contienda intelectual terciaron D. José Canalejas, el actual Presidente del Consejo de Ministros (que ha sido, no lo olvidemos, un humanista y un literato mucho antes de ser un político), y el mediocre investigador D. Antonio Sánchez Moguel. Canalejas desplegó todos los recursos de su prodigiosa oratoria, entonces fresca y juvenil; Moguel

quedó relegado al último lugar, y Menéndez Pelayo sobrepujó a todos con su portentosa erudición y obtuvo la cátedra, *nemine discrepante...*

Poco después, sus discípulos de la Facultad representaron en el Teatro Español la traducción de la comedia de Plauto, *Captivi*, arreglada por él a la escena española. A la muerte de D. Juan Eugenio Hartzenbusch fué elegido académico de la Real Academia Española, tomando posesión del cargo el 6 de marzo de 1881. Fué fiesta solemne la de aquel día en la docta casa... Menéndez Pelayo se presentó en el salón entre los señores Marqués de San Gregorio y D. Aureliano Fernández-Guerra. La figura juvenil y nerviosa del nuevo académico, en cuyo rostro apenas sombreaba el bozo, contrastaba con las canas de aquellos venerables señores. Era la primera vez que un hombre de veinticinco años se sentaba en la señorial poltrona.

Dos años después, en 1883 (13 de mayo), tomaba posesión del cargo de miembro de la Academia de la Historia.

Más tarde fué también individuo numerario de la de Bellas Artes y de la Academia de Ciencias Morales y Políticas; es decir, fué miembro de todas las Academias principales de España, excepto de la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, que era incompatible con su género de estudios.

Además ejerció los siguientes cargos oficiales: Vicepresidente de la Junta facultativa de Archivos, Bibliotecas y Museos; Jefe superior del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos; Inspector de publicaciones de la Real Academia Española; Director de la Real Academia de la Historia; Presidente de la Diputación permanente en Madrid de la Academia Sevillana de Buenas Letras y Director de la Junta de Bibliotecas populares. Poseía la Gran Cruz de Alfonso XII, que le fué concedida en 6 de junio de 1902.

Todo le sonreía. Muy joven había llegado al píñculo de la fama, de la mayor cantidad de fama que puede tener un sabio en España. Hasta el Amor, que suele ser poco propicio con los hombres de estudio, le sonrió un día. «El estudiante candoroso, modesto y retirado —escribe D. Juan Valera³— fué presentado y agasajado en los más brillantes salones; y lo eléctrico de las miradas, las palabras de miel y la belleza elegante, le arrebataron el alma y lograron que de ella brotasen cantos bellísimos: extraña explosión de amor, síntesis armoniosa de afectos algo paganos, como los de los antiguos poetas clásicos

3 *Introducción a las Odas, Epístolas y Tragedias* de D. Marcelino Menéndez Pelayo, de la Academia Española; LXXIV y LXXV. Madrid, 1883.

por sus Gliceras, Lesbias y Cintias, y de adoración extática, como la del Dante y Petrarca por Beatriz y por Laura».

Pero él no se rindió a los halagos del amor terreno y prosiguió su vida austera y opaca de sabio, de historiador, de investigante perpetuo. Recluido en ese caserón rojizo de la Academia de la Historia, donde trabajaba y estudiaba con ahínco, sólo hacía alguna que otra docta escapada a la Biblioteca Nacional, en cuyo despacho seguía laborando horas y horas sin fatiga...

De vez en vez cruzaba esas pinas y laberínticas calles del Madrid viejo que cercan la Academia de la Historia, y con su gran capa parda, a eso del anochecer, a la hora de los enamorados y de los poetas, los admiradores suyos que vivíamos próximos a su santuario de estudio, le veíamos cruzar grave y pausado, quién sabe qué hondos problemas revolviendo en el magín, y nos decíamos a nosotros mismos con emoción:

— ¡Ahí va D. Marcelino Menéndez Pelayo!... Y estaba dicho todo...

II. LABOR DE POLÉMICA

La primera tarea que acometió Menéndez Pelayo, apenas nacido a la vida de las letras, fue la de

demostrar palmariamente que hubo una ciencia española y una filosofía española peculiarísima y propia del alma nacional; filosofía que había sido desconocida por no haberse reducido a sistema, pero que vivía pujante y vigorosa en las obras de nuestros más insignes polígrafos.

Menéndez Pelayo atacó la cuestión de frente, con valentía, con menos ambigüedades y contradicciones que D. Juan Valera. El ilustre autor de *Doña Luz* había publicado en diciembre de 1873, en la *Revista Española*, un artículo a propósito del volumen de *Obras escogidas de filósofos*, con un discurso preliminar del Excmo. e Ilmo. Sr. D. Adolfo de Castro, que acababa de publicar la Biblioteca de Autores Españoles, editada por Rivadeneyra. En ese artículo, ameno y elegante como todos los suyos⁴, Valera no sabe a qué carta quedarse, y tan pronto se declara porque hay filosofía española como porque no la hay ni la ha habido nunca: «... El probar y dar a conocer que hay un pensamiento propio filosófico en España...». (Pág. 293) «... Para que se crea que puede haber muchas filosofías, o dígase filosofías nacionales, sin que por eso sea más de una la filosofía verdadera y sana, de que todas ellas conviene que estén informadas y

4 Reproducido luego en las *Disertaciones y juicios literarios*, págs. 290 *et passim*. Madrid, 1890.

como nacidas». (Pág. 295) «Creo yo que no existe ni ha existido jamás tal filosofía española. Grande es mi amor patrio; pero no me ciega hasta el punto de sostener que haya habido en España nada parecido a lo que se llama filosofía francesa, desde Descartes hasta el día...». (Página 295) «Esto no obsta para afirmar que siempre, y principalmente en tiempos antiguos, hayamos tenido filósofos, los cuales, singular y aisladamente, han ejercido influjo en el pensamiento general y en el desarrollo de la civilización europea». (Pág. 297)

Más resueltamente, Menéndez Pelayo afirma que ha habido y sigue habiendo filosofía española: «Es, por desdicha, frecuente en los campeones de las más distintas banderías filosóficas, políticas y literarias, darse la mano en este punto solo, estimar en poco el rico legado científico de nuestros padres, despreciar libros que jamás leyeron, oír con burlona sonrisa el nombre de *filosofía española*, ir a buscar en incompletos tratados extranjeros lo que muy completo tienen en casa, y preciarse más de conocer las doctrinas del último tratadista alemán o francés, si quiera sean antiguos desvaríos remozados o trivialidades de todos sabidas, que los principios fecundos y luminosos de Lulio, Vives, Suárez o Fox Morcillo. Y en esto pecan todos en mayor o menor grado, así el neo-escolástico que se inspira en los artículos de

La Civiltà y en las obras de Liberatore, de Sanseverino, de Prisco o de Kleutgen (aprendiendo no pocas veces, gracias a ellos, que hubo teología y teólogos españoles), como el alemanesco doctor que refunde a Hegel, se extasía con Schelling o martiriza la lengua castellana con traducciones detestables de Kant y de Krause»⁵.

La primera parte de la polémica iba enderezada contra D. Gumersindo de Azcárate, que en unos artículos publicados en la *Revista de España* con el título de *El Self-government y la Monarquía doctrinaria*, había lanzado a la circulación la idea de que el Estado español había ahogado por completo nuestra actividad científica «durante tres siglos».

Atravesósele luego en el camino el muy docto crítico y ateneísta Manuel de la Revilla, a quien llamaba Menéndez Pelayo «Mr. Masson redivivo», y de pasada la emprende con Núñez de Arce, a quien luego había de dedicar un admirable estudio, puesto al frente de su volumen *El haz de leña*⁶: «El eminentísimo lírico Núñez de Arce (nombre caro a nuestras musas), al tomar asiento en la Academia Española, se acuerda de haber sido periodista y diputado

5 *La Ciencia Española* (polémicas, proyectos y bibliografía), vol. I, cap. I, págs. 4 y 5. Madrid, 1887.

6 Reimpreso en los *Estudios de crítica literaria* (4.^a serie)

constituyente y gobernador de Barcelona después del movimiento setembrino, y con mengua de su buen juicio y talento poderoso (¡debilidades humanas!) nos regala un trocito de poesía *doceañista*, capaz de hacer llorar a las piedras. El Sr. Núñez de Arce es de los que para todo encuentran una explicación: *la intolerancia*. ¡Felices ellos que así poseen la clave de nuestra historia!»⁷.

Prosiguen dos capítulos de mera exposición bibliográfica, y en el sexto la emprende de nuevo con Revilla —ahora «Mr. Masson redimerto»—, a quien pone como no digan dueñas. Es éste uno de los capítulos más violentos y ásperos de sus primeros libros, de los cuales indudablemente se arrepentiría el maestro ya anciano y llegado a la cumbre de la serenidad, maestra y señora del Arte.

Aquí se encuentra también su vibrante y valiente confesión de catolicismo y su apología de la Inquisición, que de puro apasionada nos parece paradójica, hecha por *pose*, como hoy la ha hecho un recio estilista y original literato: Luis Antón del Olmet.

«Soy *católico*, no nuevo ni viejo, sino católico a machamartillo, como mis padres y abuelos, y como

7 *La Ciencia Española*, II, pág. 89.

toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios bastante más que la moderna. Soy *católico, apostólico, romano*, sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna a la impiedad ni a la heterodoxia, en cualquiera forma que se presenten, ni rehuir ninguna de las lógicas consecuencias de la fe que profeso; pero muy ajeno a la vez de pretender convertir en dogma las opiniones filosóficas de este o el otro doctor particular, por respetable que sea en la Iglesia. Estimo cual blasón honrosísimo para nuestra patria el que no arraigase en ella la herejía durante el siglo XVI, y comprendo, aplaudo y hasta bendigo la *Inquisición* como fórmula del pensamiento de *unidad* que rige y gobierna la vida nacional a través de los siglos, como hija del espíritu genuino del pueblo español, y no opresora de él *sino en contados individuos y en ocasiones rarísimas*⁸. Con cuyo último párrafo cae por su base —sin que lo advierta la vehemencia juvenil y el *trop de zéle* de Menéndez Pelayo— toda la defensa del Santo Oficio, pues no podrá olvidarse jamás que una injusticia hecha a uno solo es una injuria inferida a todos...

Pidal, encarnizado defensor del tomismo a ultranza, merece también suaves y amistosos vapuleos del joven y ardiente defensor de Menéndez Pelayo,

8 *La Ciencia Española*, VI, pág. 232.

que no cree que en el tomismo esté toda la verdad, y que acude a Séneca, a Averroes, a Maimónides, a Lulio, a Vives, a Fox, a Suárez y a algunos más, «sin desdeñar, no obstante, la escolástica».

Con D. José del Perojo, amigo y comilitón del Sr. de la Revilla —«como si dijéramos *el de la ardiente espada o el de la triste figura*»⁹— acomete luego. Desde Venecia tunde la pavana al primer introductor de Kant en España, al que luego habría de fundar el gran periódico gráfico *Nuevo Mundo*, descendiendo de las alturas de la especulación metafísica a las realidades de la vida práctica. El segundo volumen de *La Ciencia Española* casi enterito lo ocupó Perojo, a quien desde la ciudad de las góndolas y de los canales fustiga Menéndez Pelayo con reiterada vehemencia.

El quinto capítulo es una magistral monografía de la *Antoniana Margarita*, de Gómez Pereira —reconocido aun por los sabios extranjeros como un evidentísimo precursor de Descartes—; estudio dedicado a D. Juan Valera y que constituye lo más selecto y fino de *La Ciencia Española*. Un breve ensayo sobre la patria de Raimundo de Sabunde revela las dotes de investigador que ya latían en Menéndez Pelayo, y termina el segundo volumen con una carta abierta a D. Alejandro Pidal: *Instaurare omnia in Cristo*.

9 *La Ciencia Española*, tomo II, cap. II, pág. 41.

El tercer volumen comprende un magnífico discurso sobre Raimundo Lulio, pronunciado en 10 de mayo de 1884 en el Instituto de Palma de Mallorca, que rebosa de efusiva admiración al sutil maestro; una poética traducción del *Himno de la Creación para la mañana del gran ayuno*, por el poeta hebreo-hispano del siglo XII, Judah Leví, que es como un paréntesis lírico en la vehemencia a veces atropellada de las polémicas; una *Contestación a un filósofo tomista*, que es el P. Fonseca, y una réplica al mismo padre, que era un empedernido escolástico de los que hablan de «las especies inteligibles» como de algo animado y semoviente que no admitiera otra refutación que la dada por Diógenes el Cínico a Zenón Eleático... «No hay que pararse en la corteza —afirma Menéndez Pelayo contra el escolasticismo intransigente—: Aristóteles, que tanto maltrata a Platón, es quien más le explota; Luis Vives, que tanto maldice de Aristóteles, toma de él cuanto le viene en talante. En esta cuestión es casi imposible que el P. Fonseca y yo nos entendamos. Su Aristóteles es muy distinto del Aristóteles mío. El suyo es el tradicional, el que leía Santo Tomás, el que se leía en las escuelas, y ya es sabido que, para los escolásticos, Platón y Aristóteles eran a modo de dos gallos ingleses envueltos en continua pelea. Pero hoy ¿quién niega que Aristóteles depende estrictamente de Platón, como ha dicho el docto alemán Lange en su *Historia del Materialismo*? De tal modo que, sin conocer

antes a Platón, no se comprendería ni poco ni mucho la doctrina de Aristóteles»¹⁰.

He aquí la labor polémica de Menéndez Pelayo, que concluye cuando comienza su labor de erudito, es decir, en el *Inventario bibliográfico de la Ciencia española*. Noble, ardoroso y vehemente, no es extraño que a veces rebasara los límites de la equidad y de la serenidad que ha de imponerse todo historiador, aunque sea contemporáneo. Pero disculpémosle pensando que todo ello provenía de un santo celo por la Iglesia católica, a la cual se rendía como hijo sumiso y fiel. *Zetus domus tuae comedit me et opprobia exprobantium tibi ceciderunt super me...*

La Ciencia moderna, sin duda, ha de tomárselo en cuenta; pero, al fin y al cabo, si no quedara como un historiador científico, siempre quedaría como un historiador eclesiástico. Podemos impugnar muchas, casi todas sus afirmaciones; pero la esencia de su genio de historiador permanece inmutable. Puede él contestarnos como aquel Falereo, que vió al populacho derribar una por una las estatuas que le había ido erigiendo espontáneamente:

— Podéis echar a tierra mis imágenes, mas no podéis abatir mi virtud.

10 *La Ciencia Española*, tomo III, pág. 61.

III. LABOR DE ACADEMIA

Menéndez Pelayo, en la Academia, fué uno de los académicos más laboriosos y activos. Sólo la preparación de la *Antología de poetas hispano-americanos* y la de las *Obras completas de Lope de Vega* bastarían para justificar su ingreso en la Real Academia Española. Estas dos tareas representan muchos años de estudio acrisolado y de investigación ardorosa; pero hay además una labor que Menéndez Pelayo nunca olvidó. Fué la contestación a los discursos de los académicos entrantes que se acogían bajo su paternal patrocinio. Algunos discursos —como los de contestación a Pérez Galdós, a Rodríguez Marín, a Menéndez Pidal, a Mena y Castillo, etc.— son memorables, y más que discursos circunstanciales e improvisaciones de momento, representan verdaderos estudios literarios; sobre todo el de Pérez Galdós es una maravilla de acierto crítico.

En los últimos momentos de su vida tuvo un gesto admirable y gallardo, un gesto de escritor comprensivo y de crítico amplio y moderno, un gesto de juventud y de porvenir. Cuando la mayoría de los académicos se mostró hostil y adversa al ingreso de la ilustre Condesa de Pardo Bazán en la Academia, Menéndez Pelayo, arrostrando acaso iras de compañeros y de admiradores, votó en favor de la admisión de la novelista de *Los Pazos de Ulloa*. Admirador de

los méritos literarios y menos reaccionario en procedimientos que sus colegas de Academia, Menéndez Pelayo no ha sido de los que han recusado a la Sra. Pardo Bazán para compañera de trabajos académicos, y realmente, la belleza del gesto es una linda postura antes de morir... Porque el caso de los académicos repudiando a la Sra. Pardo Bazán es verdaderamente inaudito. Es inconcebible que la Academia se niegue a recibir en su vasto seno maternal a una insigne escritora, no por considerarla dotada de pocos méritos literarios —que sería irrisorio refiriéndose a quien ha escrito *La Madre Naturaleza*— para ocupar el codiciado sillón de los *inmortales* consagrados, sino por ser mujer. Que es como si le negaran a uno la entrada en un teatro, aun entregando la cantidad estipulada, por el capcioso pretexto de no ser bastante apolíneo.

La condición de mujer es cualidad adjetiva y no sustancial para la inteligencia; y a menos que los académicos profesen la singular teoría de que las mujeres no tienen alma—como se discutió en el Concilio de Trento—, no pueden incurrir en la necesidad en que han incurrido, sin duda momentáneamente dementados.

¡Estamos en el país de la galantería tradicional y esto se tolera!... En Francia, con ocasión, si no análoga, aproximada a esto, discutiéndose la influencia

que las mujeres ejercían en las elecciones de académicos, Ernesto Renán opinó con gran sentido crítico en disculpa de ellas: «Hasta la opinión muy difundida de que las mujeres ejercerían cierta influencia en las elecciones cesa de ser un reproche contra la Academia. Ignoro completamente si el hecho es fundado, y me inclino a creer que es uno de los comadreos procedentes de la necesidad que tienen las personas del exterior de suponer que pasa algo entre bastidores; pero si fuese cierto, no encontraría en ello nada que no fuera muy natural. Sería de fijo inoportuno que, en un Cuerpo científico, las mujeres se metiesen a juzgar el mérito de los candidatos, químicos, físicos, filólogos, etc.; pero desde el momento en que se trata de tacto y de gusto, pueden y hasta deben tener una opinión. Las mujeres han tomado una gran parte en la formación del espíritu francés; hay que dejarles el derecho de contribuir en la forma que les corresponde a la mejora del gusto y de las costumbres»¹¹.

En Francia pensaba así uno de los más eminentes espíritus del siglo pasado y de los que menos concomitancias podían tener —por su vida austera— con el soplo de frivolidad galante que en ese país circula. En cambio, aquí, donde nos considera-

11 *Essais de morale et de critique*, págs. 343 y 344. 2^e édition. Levy Frères. Paris, 1860.

mos el país galante por antonomasia, los que se estiman como espíritus selectos en las letras españolas, los cultivadores de las buenas maneras, los depositarios de las tradiciones de la raza, rechazan a una escritora. ¡En España, la tierra del Tenorio!...

El español siempre ha vivido de amor platónico, contento con servir a su dama en galanteos tan inverosímiles como las reverencias de los chinos. Nuestros grandes amores han sido casi siempre amores más imaginativos que realistas. La galantería española, cuando no avanza hasta los desenfrenos pasionales de D. Juan Tenorio, se detiene respetuosamente en los umbrales de la adoración, sin llegar a pisar el templo del éxtasis. Los galanteos de Palacio son muy significativos en este orden.

Cuando el Marqués de Villars, en noviembre de 1679, instigado por el ministro de Negocios Extranjeros de Luis XIV, Arnauld de Pomponne, a poco caído en desgracia, comenzó a redactar sus *Memorias de la Corte de España*¹², se quedó muy sorprendido de estos galanteos palatinos. «Esta galantería del Palacio parece menos un placer que una

12 MARQUIS DE VILLARS: *Mémoires de la Cour d'Espagne de 1679 a 1681*; publiés et annotés par M. A. Morel-Fatio et précédés d'une introduction par M. le Marquis de Vogué, membre de l'Institut. Librairie Plon. París, MDCCXCIII.

enfermedad desarrollada entre los cortesanos. El comercio es muy imaginario... Consiste en ir a mostrarse en un lugar cualquiera delante de Palacio, y allí, dentro de una carroza, hablar por señas a una amante que responde del mismo modo desde una ventana muy alta. Los momentos más felices se encuentran en ciertos días de ceremonias públicas, en que puede uno acercarse a su dama y hablarle ante todo el mundo. Siempre había sido permitido obsequiar así a las damas de honor de la Reina a quienes se pretendía para matrimonio; pero en el reinado presente, las damas de la Reina tienen galanteadores casados y reciben regalos de trajes y de pedrerías, continuos obsequios, platos que les hacen servir, y algunas hasta han llegado a tomar sumas considerables de dinero de estos amantes. En el viaje de Aranjuez, los Duques de Medina-Sidonia y de Montalvo, ambos casados, llevaron sus galanterías aún más lejos, porque, no teniendo cargos en la Corte que pudiesen darles pretexto para estar siempre delante, tuvieron siempre allí dos gentileshombres con equipajes, cocineros, vajilla de plata y todo lo que podía contribuir a regalar a sus señoras y servirlas».

En la primera parte de este relato, ¿no nos parece ver una fotografía moral del novio español de todos los tiempos, rendido y obsequioso?... ¿No creemos ver retratado allí un actual pretendiente de la clase media que aspira a la mano de su dama con

tan gentiles muestras de afecto y tan gratas zalemas de galantería?...

El Duque de Frías, en *Deleites de la discreción* (Madrid, 1749), nos da encantadores detalles menudos de este antiguo género de galantería. Los galanteadores de las damas de la Reina, mientras estaban en el galanteo, tenían permiso para estar cubiertos ante el Rey, aunque no fueran grandes de España. Es decir, que se convertían por obra del amor en improvisados *grandes de España*. Madame d'Aulnoy, en su *Voyage d'Espagne*, nos lo demuestra bien paladinamente. Una relación de la etiqueta de la fiesta del Rey, que data del siglo XVII, nos viene a decir lo mismo: «Ante el Rey no sólo todos los grandes se cubren, sino todos los hombres de calidad, con tal de que tengan alguna dama cerca de la cual pueden estar dos y tres en los días y en las horas en que se la ve, lo que llaman *dar lugar*, teniendo las damas sobre los que se dedican a ellas el mismo derecho que el Rey sobre sus súbditos, que es hacerles cubrir. Y como eso ocurre con frecuencia, se reúnen muchos esos días y excusan esta *incivilidad* diciendo que están **EMBEBIDOS**; es decir, tan distraídos o tan atentos a contemplar esa dama que no piensan que están ante la Reina»¹³. A

13 BERTAUT: *Journal du voyage d'Espagne*, pág. 291. París, 1869.

tal punto llegaban los galanteos que Felipe IV, hombre tan galante, hubo de ponerles coto. El Duque de Linares ha sido desterrado de la Corte por haber galanteado y hablado con los dedos en la capilla de Palacio, lo cual se hacía con bastante frecuencia. Esta sentencia ha sido seguida de un decreto muy riguroso para las damas, prohibiendo en general *todos los galanteos en Palacio*. Así comunicaba Le Vasseur al Rey en 25 de mayo de 1668 (*Affaires étrangers; Correspondance d'Espagne*, volumen LXXIV, fol. 88 vuelto.)

Si así se hacía en Palacio, ¿cómo se haría en las restantes clases de la sociedad? En la aristocracia y en la clase media la galantería era la primera norma de conducta. Sin galantería no se podía vivir...

Hoy esta antigua galantería, tan grata a nuestros padres, se va perdiendo. Mejor dicho, se ha perdido ya irremisiblemente. No analicemos ahora por qué.

Se pierde, ¿quién lo duda? La prueba es que la pierden hasta los mismos académicos, que están obligados a conservarla por respeto a la herencia psicológica. Porque la Academia (tal como la entiendo yo y creo que no la entiendo mal) no ha de ser sólo un laboratorio de Filología donde se guarden *los cultivos* de etimologías y se escudriñen las toxinas y microbios del lenguaje; ha de ser muy especialmente un elegante salón literario, el primer salón literario

del reino, donde se discuta arte, política, filosofía, religión; se derroche buen gusto y erudición y hasta se cultive el madrigal. La Academia podría ser el salón que «diera el tono» si rancios prejuicios no estorbasen a este concepto delicado y sutil de la Academia como centro donde se congreguen los más selectos espíritus —y al decir espíritus, claro está que ya no hacemos distinción de sexos— para discutir y conversar *de omni re scibili et quibusdam aliis...*

Las mujeres finas y cultivadas por el estudio podrían ser ornamento y aun complemento indispensable de este salón, donde burla burlando se haría Filología, y las sesiones solemnes de cátedra aparatoso de Gramática alternarían con las sesiones ligeras y movidas de discusión y de *causerie...* Las más distinguidas escritoras de España, como la Condesa de Pardo Bazán, D^a Blanca de los Ríos, D^a Sofía Casanova, D^a Carmen de Burgos, la Marquesa de Ayerbe, etc., constituirían entonces el elemento fino y delicado de la Academia Española, que no ha de quedar sólo para puerto de refugio de proyectos y venerables varones...

El gesto romántico de Menéndez Pelayo votando en pro del ingreso de D^a Emilia Pardo Bazán en la Academia Española, bien vale por todos los trabajos de erudición con que cooperó, como pocos, al esplendor de la docta institución.

IV. LABOR DE POESÍA

Los que tienen ideas limitadas y estrechas acerca de la poesía, no reconocen en Menéndez Pelayo numen ni aientos de poeta. Pero los que tienen de la poesía un concepto elevado y noble, reconocerán en Menéndez Pelayo, si no un técnico, un poeta admirable de inspiración, un poeta a lo Leopardi.

Le ocurría al sabio polígrafo lo que le está ocurriendo ahora a D. Miguel de Unamuno: las dotes de humanista, de historiador y de erudito dañaban en Menéndez Pelayo a su fama como poeta, del mismo modo que sus dotes de pensador y de artista paradojal perjudican a Unamuno como lírico. No se concebía que quien había escrito con pluma vigorosa y máscula la *Historia de los heterodoxos españoles*, entonase febles endechas a Glicera o a Filis; como no se comprende que quien ha escrito la *Vida de Don Quijote y Sancho*, escriba el *Rosario de sonetos líricos*. Pero yo sostengo que Menéndez Pelayo fué más poeta que lo es Unamuno, como lo demostró bien cumplidamente, no sólo en versiones tan acertadas como la del *Himno de la Creación*; en paráfrasis admirables, como el *Himno a Dionysos*; en imitaciones fidelísimas y elegantes, como la *Imitación del Himno a Grecia de Lord Byron (Canto III del DON JUAN)*; sino en poesías originales, como *La galerna del Sábado de Gloría, Nueva Primavera, Epístola a Horacio y A Lidia*.

Es admirable el espectáculo que ofrece como poeta Menéndez Pelayo, católico militante, cantando con inspiración pagana y fijando sus preferencias de imitador y de rapsoda en la antigüedad clásica, en el himno a Dionysos, en *El Oaristys*, en la oda de Erina de Lesbos. He aquí la mágica virtud del poeta: aceptar como vate, como inspirado, como artista, lo que acaso rechaza y abomina como pensador. He aquí la divina irresponsabilidad del poeta, tan estupendamente expuesta por D. Juan Valera en pasajes predilectos de sus libros de crítica y por el mismo Menéndez Pelayo en el estudio dedicado a Enrique Heine.

¿Que no domina la rima Menéndez Pelayo, y como el ritmo y la rima son los dos pilares de la Poesía, derribado el uno, cae por tierra el edificio?... ¡Ah, los que tal dicen de modo inconsulto y banal, aceptando la opinión recibida sin confrontarla antes con su propio juicio, de fijo no han leído cierto soneto de Menéndez Pelayo, que es un modelo de buen rimar! He aquí el soneto, de gran estro y de excelente factura:

¡Salve, titán de la cerúlea frente,
sobre el materno piélago dormido :
de tu férrea garganta amo el rugido,
amo la espuma de tu faz hirviente!...
A tus arrullos despertó mi mente;

mi primer llanto resonó en tu oído,
eduqué con tu indómito alarido
mi brava condición y ánimo ardiente.
Mas ni el fragor de tus tormentas calma
esta pasión que vencedora rige
mi fe, mi corazón y mi albedrío,
ni darán tus sonrisas paz al alma,
hasta que en ti sus claros ojos fije
la eterna luz del pensamiento mío¹⁴.

Otro soneto hay en el libro (*En Roma*) que, si no tan perfecto técnicamente, es no menos rico de inspiración y de musicalidad. ¿Y los cuartetos *A Epicaris*? ¿Qué me dicen a eso los descontentadizos?...

Yace en la mente del Señor oculta
de la hermosura la fecunda idea;
que nuevas formas incesantes crea,
y, a par que las acendra, las sepulta.
Todo nació de allí; y en raudo vuelo,
girando en torno de la luz fulgente,
cual pabellón inmenso y esplendente
tendió sus alas al etéreo cielo.

Y las estrofas finales de esta composición no desmerecen de cualquier estrofa de uno de esos poetas expertos en el difícil «arte de trovar».

14 *Odas, Epístolas y Tragedias*, pág. 57.

Tú fuiste, amada, el símbolo elegido
para encarnar mi pensamiento vago,
pues de tus ojos el celeste halago
rompió la niebla en que yací dormido.
Yo en ellos vi, como en espejo puro,
nunca empañado por terreno aliento,
la imagen de mi propio pensamiento,
ya más alto y tenaz, menos oscuro.
Vi la belleza en tu gallarda forma
traducirse por fin, libre de velos,
y el saber de la tierra y de los cielos
dar a tu rostro perfección y norma.
Y como el griego artífice valiente,
al contemplar el mármol que labrara,
ardió en amor de la hermosura rara,
cifra de la grandeza de su mente;
yo, mi dulce Epicaris, extasiado,
ante la gracia que en tu faz reía,
en ti adoré la plácida armonía,
el *ritmo* universal de lo creado¹⁵.

Y si pasamos a los poemas en que el poeta ha desdeñado el fácil y mentido halago de la rima, ¿cómo desconocer, a no tener los ojos de la mente tupidos de ignorancia y la voluntad obtusa de perversa intención, el encanto de ciertas estrofas de la *Epístola a Horacio*, de la oda *A Lidia* y de *La Galerna del Sábado de Gloria*? En poesía moderna, sólo algunas

15 *Odas, Epístolas y Tragedias*, págs. 15 y 16.

estrofas del poeta de Recanati rivalizan con los cantos inspirados y austeros de Menéndez Pelayo, que tantas semejanzas tiene con Leopardi. No olvidemos que éste además, y acaso antes que poeta, fué un erudito admirable, un filósofo y un sabio precoz, como Menéndez Pelayo. A los quince años el solitario de Recanati se carteaba con helenistas alemanes que le daban beligerancia de compañeros.

Como poeta, Menéndez Pelayo tiene derecho a la veneración de la posteridad, digan lo que quieran muchos seudopoetas górrulos que no entienden de otra poesía sino de la poesía a golpe de tambor y plátanos. La poesía es para Menéndez Pelayo —como para el Marqués de Santillana— *un celo celeste, una affection divina, un insaciable cibo del ánimo*. No es la suya poesía afeminada y feble que se pegue a los oídos. Distingüese la poesía del gran polígrafo santanderino por las mismas cualidades que él ensalza en Ausias March: «...cierta gravedad filosófica que a veces degenera en pedantesca, cierta mayor pureza y elevación en los afectos, la mayor importancia concedida a lo externo o subjetivo sobre el mundo exterior, y los elementos pintorescos, la preponderancia del análisis psicológico y cierta varonil y medio ascética tristeza»¹⁶.

16 *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo II, vol. II, cap. V, pág. 211.

Algunos de sus poemas, no obstante, tienen, a más de su valor intrínseco, una virtualidad retórica y fonética suficiente para halagar el oído y resbalar en él como suave música... ¿Quién no recuerda con placer las primeras estrofas de la *Epístola a Horacio*, que leyó siendo estudiante?...

Yo guardo con amor un libro viejo,
de mal papel y tipos revesados,
vestido de rugoso pergamoño;
en sus hojas doquier, por vario modo,
de diez generaciones escolares,
a la censoria férula sujetas,
vese la dura huella señalada.
Cual signos cabalísticos, retozan
cifras allí de incógnitos lectores;
en mal latín sentencias manuscritas,
escolios y apostillas de pedantes,
lecciones varias, apotegmas, glosas,
y pasajes sin cuento subrayados;
y *addenda*, y *expurgada*, y *corrigenda*,
todo pintado con figuras toscas,
de torpe mano, de inventiva ruda,
que algún ocioso en solitarios días
trazó con tinta por la margen ancha
del tantas veces profanado libro.

¿Hay nada más sereno y más austero que estos versos de una inspiración sobria y contenida, sin falsas

afectaciones de lirismo? Verdaderamente esta es la belleza clásica, la belleza que cantaron Platón y Plotino y que Anacreonte y Horacio realizaron... La belleza clásica es la que Menéndez Pelayo ansia y procura alcanzar en sus límites. Así dice en la misma *Epístola a Horacio*:

¡Vengan dáctilos, yambos y pirriquios,
caldeados en tu fragua creadora!
¡Que se entrelacen en vistoso juego
y dancen cual las ninfas desceñidas
que con rítmico pie batén la tierra!...
La antigüedad con poderoso aliento
reanime los espíritus cansados,
y este hervir incesante de la idea,
esta vaga y mortal melancolía
que al mundo enfermo y decadente opriime,
sus fuerzas agotando en el vacío,
por influjo de niebla maldecida
que abortó el Septentrión, ante su lumbre
disípese otra vez...

El ideal de Menéndez Pelayo, como el ideal de Andrée Chenier, de Manzoni y de Leopardi, es la poesía pulida como un mármol de Paros... Es la belleza pagana fundida en el mármol cristiano:

la encarnación cristiana de la Virgen María
en el mármol pagano de la Venus de Milo,

como ha dicho un poeta contemporáneo, Francisco Villaespesa.

En la misma *Epístola a Horacio*, que es como su formulario poético, expresa esta idea Menéndez Pelayo en esta forma:

¡Esa la ley será de la armonía!...
Así León los rasgos peregrinos
con el molde encerraba de la Venus;
así despojos de profanas gentes
adornaron tal vez nuestros altares
y de Cristo en basílica trocóse
más de un templo gentil purificado.
En magnífica síntesis final dice así:
... Sobre las ruinas,
triunfante se ha de alzar el libro viejo
de mal papel e innúmeras erratas
que con ardor en mis estantes guardo.

Yo recuerdo que en estos días subsiguientes a la muerte de Menéndez Pelayo se dijo con desdén que, así como el maestro guardaba con amor un libro viejo, así nosotros los jóvenes guardaríamos los suyos como libros viejos también que ya no queríamos leer... No es cierto, no; la juventud estudiosa y seria no desdeña al maestro. Podrá desdeñarlo esa juventud vacua y petulante formada en Alemania, contra la cual ya se desató impersonalmente el

maestro, cuando protestó del arte tudesco, poniendo enfrente el claro y brillante arte latino, hecho de sol y de ondas azules del Mediterráneo...

¡Lejos de mí las nieblas hiperbóreas!
¿Quién te dijera que en la edad futura
de Teutones y Eslavos el imperio,
en la ley, en el arte y en la ciencia,
nuestra raza latina sentiría
y que nombres por ti no pronunciables,
porque en tu hermosa lengua mal sonaran,
el habla de los dioses enturbiando,
tu nombre borrarían?

No es este áspero y bárbaro sentido estético de Germania el que predica Menéndez Pelayo. Es aquella estética limpida y nítida que Platón, Plotino y León Hebreo predicaron y practicaron.

De Platón retiene todo, hasta la teoría de la reminiscencia o de la vida anterior, la más poética teoría que jamás filósofo alguno lanzó al mundo; de donde deriva por derecho cauce la teoría de las almas gemelas, hito y aspiración confesada o implícita de todo espíritu de poeta que sólo en ella encuentra una justa explicación a sus sensaciones de vacío, de soledad, de destierro en el mundo, de alejamiento terrenal, de pesadumbre de esta vida y presentimiento de otra mejor...

¡Cuan poéticamente expone esta teoría Menéndez Pelayo! Sólo Sully-Prudhomme ha alcanzado estas alturas de poesía filosófica e idealista, de poesía que, dejando las asperezas de la vida real, asciende a superiores regiones de luz y en ellas se mece.

He aquí cómo describe Menéndez Pelayo esta teoría de las *almas gemelas*:

Almas afines hay; bésalas Jove
y las manda a la tierra con el sello
de divina hermandad. Si no se encuentran,
largo gemido y sempiterno lloro
es su vida mortal. De vanos sueños
se enamoran tal vez; el aire abrazan,
y entre el error y la esperanza viven.
Una forma, una linea o un sonido
les trae el eco de su dulce hermana,
sombra falaz que sujetar ansian
y que cual humo leve desparece
en la nocturna lobreguez. La idea
del vago bien, la forma no encarnada,
místico amor, reminiscencia acaso,
vive inmortal en la memoria suya,
y es tormento no más...

(*A Lidia*)

La reencarnación —dogma budista a la vez filosófico y poético— no ha tenido cantor más inspirado que el polígrafo de *La Ciencia Española*. En este punto

él, que tanto execraba a los germanos (por lo menos cuando era joven y vehemente), parece más bien un poeta germánico. Estas melodías son más bien del Septentrión que del Mediodía...

Porque esa unión y alianza íntima de la Metafísica y de la Poesía, que aquí en nuestros climas, donde todo se fía a la inspiración del momento y nada a la reflexión, no se concibe, es precisamente lo que caracteriza la poesía germánica. Renán, muy poco después de salir del Seminario, cuando aún estaba imbuido de erudición y de filosofía germánicas (luego había de modificar su *germanofilia*), escribía a su hermana Enriqueta en 22 de septiembre de 1845:

«Lo que me encanta más en ellos es la feliz combinación que han sabido operar de la poesía, de la erudición y de la filosofía; combinación que constituye, a mi juicio, al verdadero pensador. Herder y Goethe son aquellos en quienes yo encuentro la más alta realización de esta alianza; así, pues, atráese principalmente mis simpatías»¹⁷.

Parece ésta una definición de la poesía de Menéndez Pelayo que, si en nuestro país latino choca

17 HENRIETTE RENAN-ERNEST RENÁN: *Lettres intimes*, précédées de *Ma Sœur Henriette*, 1842-1845; 7.^a edición. (Calmann-Levy, editores. París, 1892).

por esta alianza de erudición, metafísica y lirismo, en Alemania —y en general, al Norte de Europa— no sorprendería... Pero aun los más reacios a este género de poesía han de sentirse sugestionados por el avasallador lirismo que, pese a todas las capas superpuestas de erudición, despunta en ciertos pasajes poéticos de Menéndez Pelayo, tales como éste:

Puso Dios en mis cántabras montañas
 auras de libertad, tocas de nieve,
 y las venas del hierro en sus entrañas;
 tejío del roble de la adusta sierra,
 y no del frágil mirto su corona...

(*La Galerna del Sábado de Gloria*, 1876)

Remember y *Sus ojos* son dos poesías que demuestran (y también puede contarse entre ellas *A Aglaya*) que no era extraño el espíritu del sabio al dulce impulso del amor,

che muove il sole e l'altre stelle,

y que también, cuando quiere, Menéndez Pelayo sabe herir la cuerda sensible del *lirismo* personal e íntimo y que puede decir, como el poeta latino:

Agnosco veteris vestigia flammae...

Poesías de erudito son más bien las traducciones y paráfrasis, entre las cuales destacan como

principalísimas *Los siete sobre Tebas*, de Esquilo, y *El Oarystis*, de Teócrito.

V. LABOR DE CRÍTICA

I

Lo que constituyó el nervio y la fibra del espíritu de Menéndez Pelayo fué su tendencia de humanista y de estético. Lo que le apasionaba sobremanera era «el estudio de los cánones estéticos, sobreponiéndose a la preceptiva mecánica y conduciendo los espíritus a la esfera de lo ideal; la ley superior, que resuelve las particulares antinomias de clásicos y románticos, de idealistas y realistas; la crítica histórica, aplicada a la evolución de los géneros literarios; la metódica investigación de las literaturas comparadas, y, por resultado de ella, un espíritu de amplia comprensión y tolerancia, que no desdeña ninguna forma por ruda y anticuada, ni tampoco por insólita y audaz»¹⁸.

En la época del Renacimiento, Menéndez Pelayo hubiera sido un Justo Lipsio o un Ericio Puteano, que eran los tipos intelectuales que más cuadraban a su alma de artista estudioso. Hubiera escrito tratados muy voluminosos en buen latín

18 *Estudios de critica literaria*, 4.^a serie, pág. 5.

y con citas griegas acerca de la corrupción de las artes: *De corraptis artibus*. Hubiera sido mimado por algún monarca Mecenas que le hubiera puesto bajo su protección, con una renta vitalicia, y le hubiera nombrado lector de Palacio o cronista de las hazañas de su reinado. No ha sido jamás Menéndez Pelayo de esos eruditos detallistas, *puntillistas*, como diríamos hablando en términos técnicos de Pintura; de esos eruditos que escudriñan lo menudo y se asemejan en extremo a los ciegos que, a las veces, tiran un alfiler al suelo para divertirse en buscarlo...

Menéndez Pelayo fué siempre un erudito amplio y sin especializar; hasta creo recordar que protestó contra la especialización de los estudios humanísticos. Tuvo gestos luminosos de sembrador; arrojó simiente de ideas y no zizaña de noticias insignificantes; su propio estilo, severo, majestuoso y armónico (como los pliegues de una túnica antigua), acusa una progenie elevada, que no es precisamente la alcurnia de los ratones de biblioteca. Su ideal intelectual, su prototipo era sin duda el humanista, entendido tal como se entendía en el siglo XVI.

¿Quién sabe si quiso retratarse a sí mismo en aquel magnífico bosquejo que hizo de la figura del Dr. Camús en su discurso de inauguración del curso académico de 1899 a 1900 en la Universidad Central?... «Era (nos dice el maestro) el tipo más perfecto y

acabado de lo que en otros siglos se llamaba un *humanista*, es decir, un hombre que toma las letras clásicas como educación *humana*, como base y fundamento de cultura, como luz y deleite del espíritu, poniendo el elemento estético muy por cima del elemento histórico y arqueológico, y relegando a la categoría de andamiaje indispensable, aunque enojoso, el material lingüístico»¹⁹. Tal vez es ésta la clave del espíritu de Menéndez Pelayo, que mientras meditaba libros de aparato bibliográfico, como *Horacio en España*, se solazaba pensando en *Odas, Epístolas y Tragedias*.

Si su escuela crítica no era la crítica de la erudición menuda y detallista, menos aún era la de esta crítica patológica y clínica que modernamente se usa y que puso en boga el muy lamentable medicastro Max Nordau, al cual siguen, *non passibus equis*, el Dr. Toulouse y no sé cuántos doctores más; crítica que cree juzgar a un gran novelista diagnosticándole una enfermedad grave, y que a las sensaciones agudas las llama afecciones morbosas, y a las hiperestesias artísticas enfermedades incurables, acaso porque es incapaz de apreciar el misterio del don poético y el valor de la facultad de la inspiración.

La crítica literaria de hoy tiene ironías crueles. Llamar androginismo a la sensibilidad de Rousseau

19 *Ensayos de crítica filosófica*, págs. 11 y 12. Madrid, 1892.

y decir (como Pierre Laserre) que «Juan Jacobo se hace mujer»²⁰, porque se ahogaba en la extensión del Universo, como ha cantado Campoamor, es verdaderamente atentatorio a la serenidad de la crítica. No se puede impunemente insultar a un tan formidable escritor como Rousseau y llamarle «un fol androgyne»²¹.

No era partidario Menéndez Pelayo de esta crítica patológica y ultramoderna; menos aún del sistema de esos *hipercríticas*, como él los llamaba, que escriben *in oclum auctoris*; era partidario de una crítica serena y amplia que busca en el ambiente tanto como en el temperamento de un autor la explicación de una obra literaria. No creía que la vida, vista a través del temperamento, sola y exclusivamente, constituyese el arte; por eso protestó infatigablemente contra el naturalismo, que predicaba esa doctrina intransigente y cerrada y que proscribía en absoluto el alto vuelo de la inspiración libre y maniataba al artista...

Cuando Menéndez Pelayo comenzó a escribir sus *Estudios de crítica literaria*, el naturalismo estaba

20 «Il se conche sous l'univers comme pour en subir un immense frôlement. Et quels singuliers appels ecliappent à sa pamoison!» (*Le Romantisme français*).

21 *Le Romantisme français*, pág. 50.

en vigor. Y frente a la ambiente degradación del Arte, él elevaba su protesta enérgica y rotunda de arte idealista. Todos los espíritus selectos de la época debatíanse en el terrible problema del naturalismo contra el idealismo; doña Emilia Pardo Bazán, Benito Pérez Galdós y *Clarín* estaban por el primero; Castelar, Valera y Menéndez Pelayo se decidían por el último. Pero había un puente, una línea de contacto, que era el realismo de Pereda, una especie de *real-idealismus* a lo Lotze —pero aplicado al Arte como éste lo aplicaba a la Filosofía— y en ese puente sentó sus reales Menéndez Pelayo, porque era la posición que más convenía a su inteligencia. Así lo expresó bien definida y explícitamente en el magnífico prólogo a las *Obras completas* de Pereda²², como ya lo había manifestado anteriormente más a la ligera en un juicio crítico de revista acerca de *Tipos trashumantes* del propio escritor montañés²³. En los *Estudios de crítica literaria* —5^a serie— (Madrid, 1908) puede leerse sintetizado todo su juicio crítico acerca de D. José María de Pereda, que era el artista

22 *Obras completas de D. José María de Pereda*, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez Pelayo. (Un tomo de CIV+246 págs.) Las CIII primeras páginas son de prólogo. (Tomo I: *Los hombres de pro*; 2^a edición.) Madrid, Imprenta y fundición de Tello, 1889.

23 *Revista Cántabro-Asturiana*, pág. 60. Santander, 1877.

español contemporáneo que más congeniaba con Menéndez Pelayo. Acaso no se entendía (con respecto a su concepto del Arte) con los demás, con la Pardo Bazán, con *Clarín* o con Galdós, a pesar de las concesiones hechas a este último en la contestación a su discurso de entrada en la Academia²⁴, que más bien es un paliativo a ciertas crudezas de la primera edición de la *Historia de los Heterodoxos españoles*.

Mas no creáis por eso que hay en Menéndez Pelayo incomprendión o exclusivismo o espíritu de sistema, cuando aborda el problema estético. El espíritu de sistema llévalo sólo al problema religioso o, mejor dicho, al problema histórico. En estética lo comprende todo y aun lo disculpa todo, hasta lo que menos encaja en su espíritu, el romanticismo, lo que voluntariamente llamaría él enfermedad, como el moderno estético francés Pierre Lasserre²⁵. Nada veremos en el polígrafo español de esa incomprendión del Arte que sagaces estéticos recientísimos

24 *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Sr. D. Benito Pérez Galdós*. (Madrid, Viuda e hijos de Tello, 1897). Cf. *Estudios de crítica literaria*, 5.ª serie, II. Madrid, 1903.

25 «El romanticismo es primitivamente enfermedad; esta enfermedad pudre hasta el fondo la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad de Juan Jacobo Rousseau. Unida a un asombroso genio lírico, ha hecho de él la más curiosa bestia». (*Le Romantisme français*, cap. II, pág. 18; edición del *Mercure de France*. París, 1908).

advierten aun en espíritus tan selectos como el de Schopenhauer o el de Platón²⁶.

En arte, Menéndez Pelayo ha sido, ante todo, un aristócrata. Abominó del naturalismo *por buen tono*, como D. Juan Valera. Ambos tenían de la cultura aquel severo concepto, lleno de romano y británico *decorum*, que expresó un gran crítico inglés, Mathew Arnold, en estas frases: «Las aspiraciones de la cultura, que es el estudio de la perfección, no se satisfacen a menos que lo que los hombres dicen, cuando pueden decir lo que quieren, sea digno de decirse. La cultura trata infatigablemente, no de hacer lo que cada persona tosca puede querer y considerar como regla por la cual él mismo se guía, sino de aproximarse cada vez más a un sentido de lo que en verdad es bello, gracioso y perfecto y de impulsar a las personas toscas a quererlo...»²⁷.

II

Como crítico, Menéndez Pelayo es acaso menos conocido aún que como polemista e historiador. Sin

26 «Schopenhauer's extraordinary misunderstanding of Art, also precisely like Plato's...». (Antonio Ludovici: *Nietzsche and Art*, parte II, pág. 35. Londres, 1911). Cf. Schelling: *Sämmtliche Werke*, vol. v: *Vorlesungen über die Methode des Akademischen Studiums*, págs. 346 y 347.

27 *Culture and Anarchy*, págs. 11 y 12.

embargo, deja un bagaje sólido de obras fundamentales y de tratados menores. Mas como en España no se leen —y cada día menos— sino los libros minúsculos y aterra —acaso por efectos del *dolce farniente* que el sol y el clima infiltran, como en Italia— sólo la vista de un volumen de trescientas páginas; como se ha inventado el consolador sofisma de la intensidad de la vida moderna y del poco tiempo que se puede perder y de la prisa con que se anda en todo —y para lo único con que no se anda aprisa es para... perder el tiempo— resulta que las obras de Menéndez Pelayo apenas han sido leídas por media docena de españoles.

Se le conoce de referencias, de hablillas de café; se habla de él como de un hombre *bien*, como se habla del *Bomba* o del *Gallito*; todos ellos honran a la patria, el uno con sus faenas de muleta o sus estocadas, el otro con sus recortes al brazo y sus verónicas; Menéndez Pelayo con sus libros. Pero mientras al uno se le pagan pingües pesetas y el ciudadano que se tiene por español contribuye con su presencia y con su dinero al esplendor de la fiesta, al otro no se le compran libros y, si se le compran, no se le leen... ¡Son tan pesados, tan largos, tan farragosos! ¡Hay tan poco tiempo que perder! Este es el razonamiento tácito o manifiesto de muchos que luego pierden su tiempo en las mayores fruslerías y bobadas del mundo, como en

jugar al billar, en ver pasar las mujeres desde el café, en hablar de toros, en hacer visitas inútiles; pretextos todos para matar el tiempo, *¡ese monstruo!*, como decía Baudelaire.

Y así resulta que libros y libros enteros y verdaderos de Menéndez Pelayo apenas han sido hojeados por los que ahora, si es caso, muerto el gran maestro, le dedican lágrimas de cocodrilo y obsequios ficticios de plañideras asalariadas.

Tales y cuales aprovechados mancebos de la política y de la sociología, que jamás leyeron una página suya «porque no la resistían», según confesión ingenua en días mejores, cuando vivía el maestro y no había que tramar la farsa de los elogios fúnebres, ahora se hacen lenguas de su saber y de su amabilidad, y juran por Zeus que les divertía más una página de *Los Heterodoxos españoles* que cuatro novelas juntas de Jorge Ohnet.

No importa que no se le haya leído para que valga él lo que vale; una de las características del mérito literario es que se labra a espaldas de los contemporáneos; pero, ¿quién duda que debieran moderar sus voces elegiacas aquellos varones que ahora lanzan tan intempestivos y engolados sollozos de dolor?...

Hay, sin embargo, un Menéndez Pelayo que se conoce más; es el Menéndez Pelayo ortodoxo y

hasta fanático, el Menéndez Pelayo que representaba la intransigencia de la extrema derecha que, como su calificación indica, aunque tienda a muy rectos fines, es siempre extremosa. Y este Menéndez Pelayo era más conocido y aun más apreciado por los de uno y otro bando, porque bordeaba los linderos de la política, saliéndose del desapasionamiento frío del historiador, porque despertaba enconos y querellas, atizaba hogueras apagadas, evocaba sombrías epopeyas de las guerras civiles y melancólicos dramas de la Inquisición.

Pero el Menéndez Pelayo, sereno y grave historiador, con esa serenidad que comunica Polimnia a sus fieles enamorados, el Menéndez Pelayo, crítico en quien hablaba el espíritu curioso y metafísico de los eruditos del Renacimiento, el Menéndez Pelayo que acometía la magna empresa de la *Historia de las ideas estéticas en España*, era bien poco estimado aún por el vulgo intelectual, por esa clase baja de la cultura que tanto enfadaba a Renán, hasta el punto de hacerle preferir *el analfabetismo*.

Y este Menéndez Pelayo es el que más vale y el que más representa en la historia de la cultura española. Más que como historiador y como polemista, pasa a la posteridad como estético e informador literario. Más que *La Ciencia Española* vale el *Horacio en*

España; más que la *Historia de los Heterodoxos españoles*, valen los *Estudios de crítica literaria*.

Porque esto es lo que muchos ignoran o aparentan ignorar; que Menéndez Pelayo, a más de un polemista y de un historiador, fué un admirable crítico literario, lo que se llama un verdadero crítico, sin distingos, atenuaciones ni reservas mentales, un crítico con mayor capacidad metafísica y más segura comprensión histórica que Sainte-Beuve en Francia y con la altura de un De Sanctis en Italia.

Mas he aquí que volvemos a lo de antes: a los libros de Menéndez Pelayo les perjudicó el tamaño. Nadie quería tomarse la molestia de abrir estos libros tan voluminosos en que se hablaba de cuestiones de Arte, para muchos enfadadas y para otros estériles.

Se desconoce casi toda la formidable labor de crítica literaria que deja Menéndez Pelayo. ¿Quién ha leído con calma los prólogos tan luminosos de la *Antología de poetas líricos castellanos desde la formación del idioma hasta nuestros días*? ¿Quién se ha empapado bien, como es menester empaparse, de aquellos mágicos conceptos que vierte en los *Estudios de crítica literaria*?...

¿Y quién, por último, sabe siquiera que ha escrito cuatro maravillosas introducciones a los cuatro volúmenes de la *Antología de poetas hispano-americanos*, publicada por la Real Academia Española?... Muy

pocos españoles, sin duda, son los que han leído estos cuatro admirables estudios que constituyen la más completa, es decir, la única historia de la poesía americana que pueden estudiar los españoles.

Durante el periodo colonial, ningún escritor español se preocupó de hacer la historia de la cultura de aquellas comarcas; se menospreciaba esa tarea como indigna de los ingenios de la Metrópoli; parecía una empresa regional, local, demasiado chica, una empresa propia de un archivero o de un cronista de allá, de alguien que estuviese directamente interesado en los asuntos coloniales. Pero ¡de un crítico español!... ¿Qué crítico español se dignaría preocuparse o conceder una mirada de atención a un poeta de Tegucigalpa o de Mérida de Yucatán? Cada crítico se decía para sus adentros:

Que un hombre de mi linaje
descienda a tan ruin mansión...

¡Si acaso se hacía, era para tomarlos en broma, como D. Antonio Valbuena en sus *Ripios ultramarianos*, libro donde la incomprendición del don poético llega a las cumbres de lo grotesco y donde si la recta intención no salvase las notas demasiado agresivas, habría bastante para poner a un crítico en la picota de los malvados!... Los dómines son unos buenos y píos varones, de cierto; unos varones animados de

ese noble ardor de corregir a la Humanidad, de que han hecho gala también los poetas satíricos que presumían de moralistas; pero indudablemente su vehementia, su *trop de zéle*, les arrastra a ciertos excesos...

De buena gana despellejarían a todos los malos poetas que encontrasen a mano, sin tener en cuenta que, si Apolo dió el ejemplo, Marsias no hubo más que uno, y Apolo nada más tampoco que uno, ¡y era el dios de la Poesía!... De muchos críticos satíricos podría decirse, con la pintoresca imagen de Juan Pablo Richter, que se creen onocentauros y en medio del desierto predicen sermones de capuchino contra la locura de los hipocentauros que les rodean. ¡Cuánto más sensatos aquellos que se ríen de todo, de los hipocentauros y de ellos mismos!

Pero así es la idiosincrasia del crítico satírico, que no puede eludir un escritor que nace con ella. Don Antonio de Valbuena, mejor que estudiar a los poetas de América, quiso vapulearles y zaherirles; antes que comprenderlos, prefirió tundirles la pavana. Algunas veces, ¡diré más!, casi todas, tiene razón, ¿quién lo duda?; pero no nos hace olvidar aun entonces que es injusto... cuando no la tiene.

También con Menéndez Pelayo fué injusto Valbuena. Pero se le puede perdonar menos que lo haya sido con poetas de Ultramar que con un

contemporáneo y compatriota suyo, con quien estaba en continuo contacto y de quien podía separarle alguna repulsión o enemistad personalísima.

El *castigat ridendo mores* podrá ser el fundamento de la sátira, pero no lo es de la crítica satírica. La crítica satírica no es serenamente risueña y burlona, sino que tiene gestos de hostilidad y de aversión. Cuando Antonio de Valbuena, en sus *Ripios ultramarianos*, fustiga a los poetas de América, da la sensación de que no los considera como hermanos en raza, sino como habitantes de otro planeta. Y cuando en *Ripios académicos* trata con irreverencia a Menéndez Pelayo, hace pensar que no ha podido alcanzar la belleza de algunas de sus obras. Además, un crítico satírico no puede estar exento de pragmáticas morales y de obedecer las leyes éticas que ordenan no hacer a otro lo que no quisiéramos que hiciesen con nosotros mismos. Cuando un Zoilo se ensaña con un poeta, ¿está conforme con que otro crítico proporcione al poeta el desquite, ensañándose con el Zoilo? Seguramente, no. Pues ¿acaso hay algún privilegio legal que le exima a él de ese tributo? La moralidad más estricta ha de ser su guía, y no tiene derecho a abandonarla ni un momento. Sólo al artista creador se le puede permitir —provisional y transitoriamente— que contravenga a los preceptos de la moral universal, siguiendo la teoría sustentada por el papa Paulo III en

aquella frase que le hizo pasar a la posteridad. Mostrábanle un día los defectos y vicios de su protegido, el magnífico orfebre Benvenuto Cellini, y el Pontífice contestó muy ingeniosamente y dando muestras de un noble y amplio espíritu: «Los hombres únicos en su arte como Benvenuto Cellini no deben estar sometidos a las leyes..., y él menos que otro»²⁸. Comparable con esta anécdota es la frase de León XIII, frase de suave y paternal reproché a Campoamor, cuando éste insinuó en una humorada (inscrita en un álbum que llegó a manos del *pontífice de los obreros*) que, si él fuera papa, suprimiría el infierno... Y el buen pontífice, dulcemente, como se reprende a un niño travieso, comentó sólo: *¡Ah, poeta, poeta!*

III

La *Antología de poetas hispano-americanos*, que se publicó en el año de 1893 por encargo y a expensas de la Real Academia Española, es un testimonio del entusiasmo americanista de Menéndez Pelayo. Son cuatro magníficas introducciones al estudio de la historia del lirismo en América, país criollo y lujuriante donde la exuberancia forestal corre pareja con la exuberancia poética.

28 Léase a Emilio GEBHART: *Sandro Boticelli*, pág. 9; 1907.

Pasada la emancipación de la Metrópoli, colaborando en la cual se encontraron artistas y aventureros, ya pareció más razonable en España preocuparse de aquellas tierras de sol, que algún vigor poético habían de tener cuando tenían el suficiente vigor político para sacudir el yugo más o menos suave —*jugum meum suave est et onus meum leve*— de la madre patria. Se les concedía la atención que se concede a los hijos mayores de edad que se emancipan de la casa paterna y saben vivir y medrar por cuenta propia. ¡Conque no eran tan insignificantes y menudos, nos dijimos, cuando han sabido emanciparse! Y entonces fué llegada la ocasión de estudiar su flora poética, como habíamos estudiado antes la flora natural. Antes eran infantes de menor cuantía; ahora ya se tornaban hombres de empuje que vivían con vida independiente. Antes eran simples poetas regionales, con la importancia que ahora puedan tener los poetas extremeños o los poetas alicantinos que más descollasen; desde entonces ya constituían rancho aparte y podían ser poetas universales y codearse con los líricos más eminentes del mundo entero...

Menéndez Pelayo fué el primero en alentar estas corrientes de simpatía hacia las antiguas dependencias de la madre patria. Y las fomentó bien ardorosamente, como debe fomentarlas un buen escritor, con buenos libros. La conmemoración del

descubrimiento de América en 1892, fué la ocasión propicia para pensar en estas aproximaciones de la antigua Metrópoli a las antiguas colonias. «Ocasión bien adecuada para estrechar estos lazos de origen y de común idioma —dice el ilustre polígrafo— nos ofrece hoy la solemne conmemoración de aquel maravilloso y sobrehumano acontecimiento, merced al cual nuestra lengua llegó a resonar prepotente desde las orillas del Bravo hasta la Región del Fuego. La Academia Española, que inició antes que otra Corporación alguna (lícito es decirlo sin vanagloria) la aproximación intelectual de España y de las Repúblicas de la América española, cuando, mal apagados todavía los mutuos rencores, herencia triste de larga y encarnizada guerra, parecía para muchos sospechosa aún esta inofensiva comunicación de las artes del espíritu, no puede hoy menos de regocijarse con el resultado de la obra que modestamente comenzaron en su recinto algunos americanos y españoles de buena voluntad, ligados por el respeto común a la integridad de la lengua patria y por el respeto común de unas mismas tradiciones literarias que para todos deben ser familiares y gloriosas. Hoy que la fraternidad está reanudada y no lleva camino de romperse, sea cualquiera el destino que la Providencia reserve a cada uno de los miembros separados del común tronco de nuestra raza, ha parecido oportuno consagrar en algún modo el recuerdo de

esta alianza, recogiendo en un libro las más selectas inspiraciones de la poesía castellana del otro lado de los mares, dándoles (digámoslo así) entrada oficial en el tesoro de literatura española, al cual hace mucho tiempo que debieran estar incorporadas»²⁹.

Con qué ahínco dedicó a esta empresa varios años de su vida, bien claramente lo manifiestan aquellos cuatro volúmenes nutridos de lectura y cuidadosamente seleccionados. Que la obra es incompleta, nadie lo duda, pues habiendo marcado como límite de sus averiguaciones el año 1892, forzosamente había de eliminar a los contemporáneos, que —entre paréntesis— siempre evitó, excepto en la *Historia de los Heterodoxos españoles*, acaso por tener entonces la sangre moza y bullidora, hirviéndole dentro del pecho y con ansia de escapar a borbotones. La juventud es de suyo vehemente, y cuando la vehemencia no ha tenido otros desagües juveniles, como no los tuvo en Menéndez Pelayo, es forzoso que se manifieste en cualquier forma, aunque sea en la forma acendrada y pulcra del libro. Los jóvenes que no *la han corrido* suelen ser fogosos libelistas y llevan a la serenidad de la ciencia y a la augusta majestad del arte sus bríos, su premática, su voluntad ardorosa, y se hacen críticos

29 *Antología de poetas hispano-americanos*, publicada por la Real Academia Española, tomo I. Introducción, I, IV y V.

satíricos y acerbos, a ratos injustos, como *Clarín*, o historiadores apasionados, como Menéndez Pelayo, que no son capaces de escribir como aconsejaba Tácito: *Sine irâ et studio...*, más que en la segunda parte del consejo. No son capaces de escribir sin ira aunque escriban con estudio.

Clarín y Menéndez Pelayo, que fueron condiscípulos (no lo olvidemos) en el Doctorado de Filosofía y Letras aquí en Madrid, y que se estimaban mucho mutuamente (*Clarín* sentía por su ex condiscípulo una adoración y un respeto poco comunes en él), fueron, al modo de Renán, dos jóvenes que no hicieron vida de jóvenes. De ahí acaso esa sincera melancolía que sintieron ancianos, la misma que sintió Renán...

Pues, como iba diciendo, Menéndez Pelayo, obedeciendo a un criterio, más bien que suyo propio, acaso impuesto por la Academia, no seleccionó en la *Antología de poetas hispano-americanos* todo lo que debiera seleccionar, disculpándose con que la Academia «ha creído conveniente encerrar la colección en límites muy estrechos, dando entrada únicamente a lo más selecto, sin guiarse en esta selección por ningún criterio de escuela o secta literaria, sino por aquellos principios de buen gusto universalmente adoptados en la crítica moderna, por aquella especie de estética

perenne, que (salvo extravíos pasajeros) canoniza en todo tiempo lo bueno y execra lo malo...».

A pesar de este galeato del maestro, adviértanse en la *Antología* frecuentes lagunas que acaso serán colmadas el día en que se reimprima este trabajo, ya anunciado entre las OBRAS COMPLETAS, y a juzgar por el título que ha de llevar, más ampliado y ensanchado, hasta el punto de formar una verdadera *Historia de la poesía hispano-americana desde los orígenes hasta 1892*.

Bien está que, guiado por un criterio de escuela, pese a sus previos avisos en contra, excluyera a los poetas conceptuados como decadentes y novísimos y tachados con el sambenito de modernistas; pero ¿acaso en 1892 eran revolucionarios poéticos Manuel Gutiérrez Nájera y Salvador Díaz Mirón, en Méjico; Rubén Darío, en Nicaragua; Julián del Casal, en Cuba?...

Indudablemente no lo eran; porque en ese año el modernismo aún no había ejercido su influencia, deletérea o salutífera, como quiera juzgarse. No es completa en número, sin duda alguna, esta *Antología*; pero eso admite una franca disculpa, si nos atenemos al método histórico puesto en vigor por Taine en su *Historia de la Literatura inglesa*; método que sacrifica a las individualidades preeminentes, a los *divi summi* y

a los hombres *representativos*, como ahora se dice, los dioses menores y los semidioses de las bellas letras...

De todos modos, incompleta o no en enumeraciones largas y sin duelo de poetas y más poetas, la *Antología de poetas hispano-americanos* es completísima en cuanto al caudal de observaciones críticas que encierra y a los datos históricos que aporta. Nada más completo en lengua castellana que aquel magnífico estudio del volumen primero acerca de Sor Juana Inés de la Cruz, si no es estotro libro, lleno de unción y de piedad admirativas, rico de doctrina estética y de atisbos líricos, pródigo en datos tanto como en exaltaciones, que el pasado año tuvo la galanura de lanzar al público, para conmemorar la independencia de su patria, un gentil poeta de estos tiempos, compatriota de la monja-poetisa, D. Amado Nervo. De este volumen, que con el título de *Juana de Asbaje*, ha sido aquí menos leído de lo que fuera menester, se hace su alabanza suprema con decir que, después del magistral estudio de Menéndez Pelayo, aún nos orienta críticamente y nos revela rincones nuevos del alma lírica de aquella maravillosa monja de Méjico, prez y gloria del sexo femenino, junto con nuestra Santa Teresa de Jesús... Es curioso que las dos inmensas poetisas universales hayan vivido encerradas en un claustro; ¿acaso es complemento indispensable de la mujer ser monja para sentir más hondamente?...

Nadie podría decir la última palabra sobre esto, sin manifiesta profanación o desconocimiento del don poético. Menos que nadie, un hombre como yo, que no he podido aún —ni Dios lo haga— renovar el milagro del adivino Tiresias, de encarnar en un cuerpo femenino después de haber sido hombre en una vida anterior... Sólo podría hablarnos de este misterio del alumbramiento poético una mujer que fuese a la vez artista y crítica, inspirada poetisa y conocedora de todos los secretos de la Historia literaria, como nuestra D.^a Blanca de los Ríos, tan apreciada por el maestro que hoy lloramos, que puso un gentil prólogo al frente de su volumen crítico *Siglo de oro*.

Lo evidente es que, si recordamos las mejores poetisas del mundo, todas han sido, si no monjas como las dos principales, por lo menos unas solitarias y unas incomprendidas. Safo, acabando por arrojarse desde la peña de Léucade; Marcelina Desbordes-Valmore, viviendo enamorada de un imposible; Eugenia de Guerin, abandonada en un rincón de Francia; Isabel Browning, la romántica inglesita, tan fuera de la vida real como lo atestiguan sus *Sonetos portugueses*; sería inútil seguir enumerando... Pero no podríamos olvidar sin manifiesta injusticia a Sor Violante do Ceo, la monja portuguesa que, según la autoridad de Menéndez Pelayo, en talento poético iguala y quizá aventaja a Sor Juana Inés de la Cruz, aunque no haya

pulido tanto su entendimiento con la universal curiosidad científica que distinguió a la monja de Méjico.

La melancólica advertencia de Hamlet, queriendo acrecentar el caudal sensitivo de Ofelia, viene siempre a nuestra memoria... ¿Acaso quiso hacerla poetisa cuando la ordenó que entrara en un convento de clausura?... «¡Vete a un convento —le decía—, vete a un convento!...». (*Get thee to a nunnery*)... Y vuelve a repetir con lánguido ritornelo la frase: *To a nunnery go...*

IV

Que la labor de Menéndez Pelayo en pro de la poesía americana fué emprendida con entusiasmo y ardor, lo demuestra una afirmación de su discípulo predilecto, D. Adolfo Bonilla y San Martín. El ilustre historiador de la Filosofía española, en una *interview* celebrada estos días con un distinguido periodista, aseveró que muchas veces había oído lamentarse a su maestro de que su *Historia de la poesía en América* fuese poco conocida y apreciada por el público español... En efecto, acaso la obra que menos se conoce de Menéndez Pelayo, aun de oídas —que de leídas bien pocas son familiares al gran público—, es esta *Antología de poetas hispano-americanos*, que luego había de convertirse en *Historia de la poesía en América desde sus orígenes hasta 1892*.

Ni es sólo la poesía en América lo que le tienta como objeto de estudio; es también la poesía en España, aun los mismos contemporáneos que siempre procuró esquivar. Es además la novela naturalista, que tanto le repelía y sobre la cual ha dicho a veces cosas tan feroces y a veces cosas tan justas. Pero su última palabra sobre el arte contemporáneo la ha escrito en su estudio sobre Pereda, escrito en edad muy moza, y donde tiene ya atisbos de gran crítico³⁰. «¿Quién sabe —se pregunta— si dentro de cincuenta años todas estas discusiones de naturalismo y de realismo parecerán tan anticuadas e impertinentes como la antigua cuestión de clásicos y románticos? ¿Quién sabe si entonces sus mismos admiradores de hoy se acordarán de Zola ni de los Goncourt, y si se acuerdan, dejarán de convenir con nosotros en que tales autores y tales libros, como todo lo que es exagerado, monstruoso, violento,

30 Al reimprimirla en sus *Estudios de crítica literaria* (5^a serie, págs. 353 *et passim*; Madrid, 1908) hace notar: «El presente trabajo, escrito hace más de veinte años para servir de prólogo a las *Obras completas* de Pereda, adolece de incorrección y ligereza juvenil, pero no he querido refundirlo para no quitarle su primitiva espontaneidad, único mérito que puede tener. En otra ocasión, quizá no lejana, procuraré rendir más digno tributo a la memoria del gran novelista montañés, con quien me unió tan cordial afecto».

compraron, a costa de las esperanzas de la inmortalidad, la boga pasajera del escándalo?» Y muy regocijadamente, al reimprimir el prólogo a las *Obras completas de Don José María de Pereda*, añade en nota³¹: «Muchos menos (de cincuenta años) han bastado para que esta tímida profecía se cumpliese en todas sus partes. Permítaseme la vanidad de consignarlo y la interna satisfacción de haber resistido a una corriente de mal gusto cuando casi todos se dejaban arrastrar por ella».

Es verdad; lo interesante de la posición de Menéndez Pelayo como crítico es *la belleza del gesto*. Se trata de adoptar frente a las corrientes naturalistas una actitud de gran señor ofendido, de aristócrata ultrajado en su buen gusto. He aquí el problema. Las frases que emplea Menéndez Pelayo al hablar de la novela naturalista son casi las mismas que emplea D. Juan Valera. «¡Como si en el mundo no existieran ni hubieran existido más artes que el drama *burgués* y la novela de costumbres domésticas y prosaicas, y como si no vivieran en el alma humana (pese a quien pese) mil anhelos de belleza ideal, hambrientos e insaciables, que jamás encontrarán su satisfacción en la pintura, por muy perfecta que la supongamos, de un lavadero, de una taberna o de un mercado! ¿Qué

31 *Estudios de crítica literaria*, 5^a serie, pág. 377.

estética es ésa dentro de la cual no son posibles ni Fídias, ni Sófocles, ni Dante? ¡Sobre qué cabezas van a parar los anatemas anti-idealistas!»³².

Es absolutamente la misma gallarda actitud de D. Juan Valera, antinaturalista por *bon ton*. Así este empecatado D. Juan, por disculpar todo lo que es correcto y fino, disculpa aun al mismo Próspero Merimée, que le parece naturalista, pero «fino, correcto y bien criado». «Él mismo se burlaba de su manía de pintar todo lo horrible, citando al mascarilla de Moliére, quien, también, para seguir la moda de su tiempo, se empleaba en poner toda la historia romana en madrigales»³³.

No hay duda que con esto quería disculparse a sí mismo, que a veces se excedió en la pintura de las anomalías morales —y bastará recordar *Doña Luz y El Comendador Mendoza*—; pero siempre conservando la belleza del gesto. En este sentido, Menéndez Pelayo es más honrado que Valera, literariamente hablando: no quiere conservar del naturalismo ni un ápice, y no disculpa a los correctos ni a los incorrectos. A lo más, se limita a observar si no entrará por mucho el afán de seguir la moda y el deseo de singularizarse

32 *Estudios de crítica literaria*, 5^a serie, pág. 379.

33 *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas*, véase pág. 128. (*Obras completas*, tomo XXVI).

en la defensa del naturalismo: «¿Quién sabe si en las apologías que han hecho de tan pobre doctrina ingenios españoles muy dignos de profesor otra más elevada no ha entrado por mucho el anhelo de la singularidad, el odio a los lugares comunes y a las opiniones recibidas?».

¡Con qué alegría testificaba la derrota del naturalismo en la contestación —maravilloso modelo de lenguaje, de crítica y de nobleza personal— al discurso de entrada de Galdós en la Academia Española, en 5 de febrero de 1897!³⁴ «Hoy todo aquel estrépito ha pasado con la rapidez con que pasan todos los entusiasmos ficticios. Muchos de los que bostezaban con la interminable serie de los *Rougon-Macquart* y no se atrevían a confesarlo, empiezan ya a calificar de pesadas y brutales aquellas narraciones; de trivial y somera aquella psicología, o dígase psicofísica; de bajo y ruin el concepto mecánico del mundo que allí se inculca; de pedantesco o incongruente el aparato seudocientífico con que se presentan las conclusiones del más vulgar *determinismo*, única ley que en estas novelas rige los actos o más bien los apetitos de la que llaman *bestia humana*, víctima fatal de dolencias hereditarias y de crisis

34 Reimpreso en los *Estudios de crítica literaria*, 5^a serie, pág. 85 *et passim*.

nerviosas, con lo cual, además de decapitarse al ser humano, se aniquila todo el interés dramático de la novela, que sólo puede resultar del conflicto de dos voluntades libres, o bien de la lucha entre la libertad y la pasión. Había, no obstante, en el movimiento naturalista, que en algunos puntos era una degeneración del romanticismo, y en otros un romanticismo vuelto del revés, no sólo cualidades individuales muy poderosas, aunque por lo común mal regidas, sino una protesta, en cierto grado necesaria, contra las quimeras y alucinaciones del idealismo enteco y amanerado; una reintegración de ciertos elementos de la realidad dignísimos de entrar en la literatura, cuando no pretenden ser exclusivos, y una nueva y más atenta y minuciosa aplicación, no de los cánones científicos del método experimental, como creía disparatadamente el patriarca de la escuela, sino del simple método de observación y experiencia, que cualquier escritor de costumbres ha usado; pero que, como todo procedimiento técnico, admite continua rectificación y mejora, porque la técnica es lo único que hay perfectible en Arte...».

VI. LABOR DE HISTORIA

I

Con esta aversión a la Historia que puso en moda Federico Nietzsche, hablando del historiador-cangrejo y *arriéré*, que dicen en Francia, los jóvenes intelectuales tienen a gala desdeñar a aquellos espíritus de la generación pasada que procuraron profundizar en la Historia, maestra del estudio y de la vida. Castelar, Valera, Menéndez Pelayo estaban nutridos de Historia antes que de ninguna otra ciencia; acaso de los altos espíritus del siglo pasado, sólo Salmerón la desdeñaba, por conformarse a los cánones de la filosofía krausista, que proscribe la Historia de sus dominios.

Menéndez Pelayo probó sus primeras y bien templadas armas de polemista, de investigador, de filósofo y de estilista en el cultivo de la Historia. Su primer obra de empuje fué, a los veintitrés años, la *Historia de los Heterodoxos españoles*, cuyos tres vastos volúmenes fueron publicándose en los años de 1880 a 1882³⁵. El maestro, ya anciano, no patrocinaba ni

35 En la *Revista Europea* (año 1876, tomo VIII, páginas 459, 485 y 522) fueron publicándose algunos párrafos del primitivo prólogo, así como el plan, bien detallado y dividido por capítulos.

mucho menos todas las vehementes polémicas de la juventud, que estallaron muy singularmente en la *Historia de los Heterodoxos españoles*. Al escribir en julio de 1910 las *Advertencias preliminares* de la segunda edición de este libro, que había de formar el volumen primero de las *Obras completas* del autor (Librería general de Victoriano Suárez, Madrid, 1911), bien se lamenta de las acerbas expresiones que conservaba la primera edición de su obra: «Otro defecto tiene, sobre todo en el último tomo, y es la excesiva acrimonia e intemperancia de expresión con que se califican ciertas tendencias o se juzga de algunos hombres. No necesito protestar que en nada de esto me movía un sentimiento hostil a tales personas. La mayor parte no me eran conocidas más que por sus hechos y por las doctrinas expuestas en sus libros o en su enseñanza. De casi todos pienso hoy lo mismo que pensaba entonces; pero si ahora escribiese sobre el mismo tema, lo haría con más templanza y sosiego, aspirando a la serena elevación propia de la Historia, aunque sea contemporánea, y que mal podía esperarse de un mozo de veintitrés años, apasionado e inexperto, contagiado por el ambiente de la polémica y no bastante dueño de su pensamiento ni de su palabra».

(Advertencias preliminares, págs. 35 y 36).

Con estas declaraciones tan explícitas, el maestro inutiliza a los críticos para decirle nada respecto

a ciertas acrimonias de la primera edición de *Los Heterodoxos*; pues después de lo que él ha dicho, ¿qué queda por decir? «Hoy reconozco —dice el maestro con modestia sin igual— en aquella obra muchos defectos nacidos de mi corto saber y de la ligereza juvenil con que me arrojé a un empeño muy superior a mis fuerzas...». (*Advertencias preliminares*, página 31) «He retocado ligeramente el estilo, borrando muchos rasgos que hoy me parecen de mal gusto y de candidez infantil; muchas correcciones gramaticales y otros defectos que hubieran saltado a la vista del leyente más benévolos y que sólo tenían disculpa en los pocos años del autor». (*Ibíd.*, pág. 35) «En el texto borro únicamente las expresiones que hoy me parecen insolentes, duras y crueles, porque sería de mal ejemplo y hasta de mal tono el conservarlas». (*Ibíd.*, pág. 36)

Nadie podría hacer con más suave dureza la disección de esta obra, obra de juventud y de vehemencia, en que la expresión, todavía no bastante depurada y armónicamente clásica, no venía en auxilio del pensamiento tan presta y eficaz como el autor hubiera querido y como más tarde llegó, creando ese castellano claro y rico, con una sencillez bajo la cual palpita el énfasis, que es el distintivo del estilo del Menéndez Pelayo maduro y formado. En sus primeros años de escritor, Menéndez Pelayo

pudo decir que la forma se le mostraba esquiva y zahareña; luego, como beldad largo tiempo codiciada y al fin conseguida, fué gozada con mayor fruición...

Y a pesar de sus máculas de estilo, insolente y duro a ratos, la *Historia de los Heterodoxos españoles* queda como el monumento firme y perenne de la convicción de un hombre, de un hombre joven y entusiasta, pero sabio y estudioso³⁶. Todavía Menéndez Pelayo no ha conseguido la plenitud de su estilo; para eso hace falta llegar a la *Historia de las ideas estéticas en España*.

Esta es la obra de Historia que dignifica y engrandece la figura de Menéndez Pelayo. Esta es verdaderamente la Historia moderna, la Historia escrita con criterio amplio y con estilo armónico,

36 Una prueba palmaria de la imparcialidad y amplitud de espíritu de Menéndez Pelayo es lo que me cuenta el doctísimo catedrático de Literatura del Instituto del Cardenal Cisneros, publicista de renombre, D. Mario Méndez Bejarano. Presentó éste a la Academia Española un estudio acerca de la *Vida y obras de D. José María Blanco y Crespo*, que fué premiado en el primer certamen abierto en 22 de abril de 1904 y adjudicado en 20 de junio de 1907 al lema *Leucadio Doblado*, que era el que contenía el manuscrito de D. Mario Méndez Bejarano. Y a pesar de que éste rectificaba uno por uno documentalmente muchos de los datos biográficos dados por él en la *Historia de los Heterodoxos españoles*, fué Menéndez Pelayo quien con más vehemencia abogó por que fuese premiada la obra.

la Historia a la manera de Taine o de Michelet, la Historia de un erudito que se ha encarnado en un poeta. Gracias a esta obra, los historiadores españoles pueden tener cabida en las letras europeas, y cuando se haga en el siglo XXII la Historia de la literatura de Europa en el siglo XIX, Menéndez Pelayo ocupará un lugar de honor al lado del frío analista de *Les origines de la France contemporaine* y del poderoso visionario de la *Histoire de France*.

Nada más completo en España, donde apenas se ha hecho estética, cuanto menos historia de la estética, que esa maravillosa *Historia de las ideas estéticas en España*, que inunda el cerebro de datos y de noticias. Yo no sé si habrá caso de historiador más informado que Menéndez Pelayo. Agota los temas; imposible vadear un río después que él lo ha cruzado. En todas las márgenes queda impresa la huella de sus pisadas. A veces abruma, pero nunca fatiga. Nunca fatiga, porque el estilo nervioso y algo almidonado a rato lo ilumina todo con su lumbre mágica.

Nada, por ejemplo, más erudito y al mismo tiempo más artístico que el capítulo dedicado a la estética platónica en el siglo XVI, las luminosas disquisiciones sobre su predilecto tratadista caleológico León Hebreo y sus mágicos conceptos acerca de los poetas eróticos, todo aquello tan profundo y

tan sutil a la vez que dice sobre Herrera, Camoens y Cervantes³⁷.

Este capítulo rebasa (por lo que yo puedo alcanzar) a todo cuanto se ha escrito acerca de estética en Europa. ¿Y qué decir a propósito del capítulo admirable sobre la estética de Platón³⁸, que sólo Charles Levêque pudo sobrepujar y adonde no llega Fouillée con toda su potencia soberana de gran historiador de la filosofía ni Vacherot con su documentación de expositor? ¿Y la exposición de la estética de San Agustín? ¿Y el maravilloso estudio que en el último volumen dedica al romanticismo francés, no superado aún ni por el reciente y hermoso libro de D.^a Emilia Pardo Bazán?...

Ningún historiador de Europa sobrepuja a nuestro Menéndez Pelayo en datos y documentación. Los habrá más vehementes, o más imparciales, o más visionarios, o más narrativos; pero si la Historia se escribe *ad probandum*, no *ad narrandum*, como quieren los «escribidores» de la Historia superficial, nadie más apto para probar que Marcelino Menéndez Pelayo, ese nuevo fénix de los ingenios y monstruo de Natura, que en el entendimiento

37 *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo II (siglos XVI y XVII), cap. VI

38 *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo I, vol. I, cap. I.

raciocinante y en la memoria retinente representa lo que Lope de Vega en la fantasía, en «el demiurgo de la imitación», como diría Filostrato.

Con razón, asombrado de tan clarísimo juicio y de tan portentosa memoria, escribía D. Alejandro Pidal y Mon, en la contestación a la carta *In dubiis libertas*³⁹: «... Cuyo prodigioso saber en edad tan temprana es un misterio que sólo puede explicarse reconociendo en usted un talento comprensivo, organizador y sintético, que haya determinado *á priori* una dirección profunda y vasta de sus estudios posteriores, una memoria colosal, fácil y tenaz, como que conserva estereotipado para siempre lo que fugazmente pasó por delante de los ojos y de los oídos, y una aplicación portentosa por la vocación intelectual y por la resistencia física que supone...».

Nada parco se muestra tampoco en los laudes el sabio D. Gumersindo Laverde Ruiz —uno de nuestros críticos más injustamente postergados del siglo XIX— cuando dice en su hermosísima *Carta-prólogo* que «tan brillantes muestras da de estar cortado por el patrón de los Nebrijas, Vives y Brocenses», y ensalza «el caudal de doctrinas y de noticias (muchas harto nuevas), la madurez y penetración de juicio, la destreza

39 Sirve de apéndice al tomo II de *La Ciencia Española*, pág. 386. (Tercera edición, Madrid, 1887).

polémica, el desorden amplio y desembarazado y la soltura, originalidad y abundancia de estilo»⁴⁰.

Si esto pudieron decir de él cuando aún era joven y el bozo apenas incipiente sombreaba sus labios, ¿qué no hubiera podido decirse de la *Historia de las ideas estéticas en España*, escrita en *plena madurez intelectual y vital*? Pues ha de decirse en síntesis que es la más hermosa obra de Historia artística que pueden leerlos españoles contemporáneos.

En cuanto a la sinceridad de las conclusiones históricas favorables al catolicismo que sacó Menéndez Pelayo de sus investigaciones, nadie podrá ponerlas en duda. Fué tan sincero creyente como sincero iniculado Renán. Jamás dudó de la integridad de su fe, niño, joven ni hombre maduro. «En el cristianismo en general y en el catolicismo en especial —ha escrito en un libro muy reciente el italiano Nicola Turchi: *Manuale di storia delle religioni* (Fratelli Bocca, editori; Torino, 1912)— se encuentran como llevados a su desarrollo aquellos gérmenes perennes que se encuentran en las otras religiones; sin embargo, en ellos se han integrado de posiciones originales de fe, de pensamiento y de acción los elementos que en otras religiones apenas se han trazado confusamente. Los cuales elementos se componen, en la delineación del

40 *La Ciencia Española*, vol.I; *Carla-prólogo*, xx.

cristianismo, en un contorno original que, mientras conserva y confirma con divina eficacia las líneas antiguas, añade rasgos nuevos y específicos que dejan entender cómo, desde la venida del Cristo, la Humanidad toca por la fe lo que primero veía *in aenigmae»*. Este era el fondo de la argumentación que a sí mismo se hacía Menéndez Pelayo para justificar la tenacidad de su fe frente a las tormentas impías y escépticas del siglo en que le tocó nacer.

Cuando alguna duda se le ofrecía no era respecto a la organización histórica del cristianismo, sino más bien respecto al mal del mundo, y en este punto profesaba un *pan-harmonismo*, o si queréis un eclecticismo a lo Valera y a lo Renán⁴¹, que no es el optimismo bobalicón a lo Pangloss. Los optimistas a lo Pangloss cierran los ojos respecto a las miserias y dolores del mundo; los armonistas a lo Renán y Valera ven esas miserias y esos dolores, pero creen en un genio bueno y protector que depura esos dolores y esas miserias para trocarlos en suprema armonía y supremo bien...

41 Una frase característica de éste que resume su optimismo de *bon vivant* es la siguiente: “*Je me resignai à un état de la création où beaucoup de mal sert de condition à un peu de bien, où une imperceptible quantité d'arome s'extrait d'une enorme caput mortuum de matière gachée»*. (*L'Avenir de la Science: Pensées de 1848*, Preface, III; Calmann-Levy. París, 1890).

Y lo más curioso del caso es que Menéndez Pelayo, cuando dejaba por un momento de ser historiador, filósofo y teólogo, para convertirse en artista, casi se volvía pagano. Hubiera podido decir, volviendo del revés la frase del célebre místico alemán Jacobi: «Por el corazón y por la fantasía soy pagano; por la razón, cristiano...». Si no hubiera tenido tan arraigadas como tenía las creencias, por herencia, por educación y por convicción, hubiera llegado hasta aborrecer el cristianismo, como Nietzsche, en quien el odio a la religión de Jesús no fué el odio reflexivo de pensador, en un principio, sino el odio impulsivo de un artista, antes de ser el odio razionado de un moralista aristocrático, desdeñoso de la parte de judaísmo sórdido que hay en nuestra religión, y el odio de un profeta del superhombre para quien la tradición cristiana es un estorbo que le impide «emancipar» del todo a la Humanidad, que no puede olvidar su clase de doctrina cristiana en muchos siglos, como en otros muchos no podrá olvidar su clase de retórica, pese a los jóvenes rebeldes y enemigos de la sintaxis y de la antigüedad clásica...

II

Menéndez Pelayo es realmente, como historiador, un maestro. Enseña, como ningún otro español contemporáneo, el arte de escribir la Historia. Su

tipo ideal de historiador es, sin duda alguna, el historiador humanista, a la manera de aquel San Jerónimo que Ebert nos describe, idealizándolo acaso un poco: «La representación del sabio cristiano que posee una educación estética y es al mismo tiempo, el antecesor y patriarca de los humanistas».

Esto es, ante todo, Menéndez Pelayo: un humanista, *un sabio cristiano que posee una educación estética*. En este sentido se le puede llamar, maestro sin hipérbole alguna y decir de él que es el moderador de la juventud holgazana, como Marcial dijo de su compatriota —que es el maestro Quintiliano—... y ved cómo ya en tiempos de Marcial la juventud española era holgazana, *vaga*...

Quintiliane, vagaez moderator summe juventae...

«Quintiliano, moderador supremo de la vaga juventud».

Podrá ser injusto y parcial a veces como cualquier Mommsen de mayor cuantía nuestro Menéndez Pelayo; pero es siempre un historiador formidable, si se entiende que de la Historia puede darse la definición que Averroes daba de la Poesía: *In vituperandi vel laudandi genere consistit...* «Consiste en un modo de vituperar o de alabar...». Podrá decirse que una historia parcial no es una historia útil, y tal vez sea eso cierto; pero puede ser una historia

bella. Y hemos de procurar no caer en la trivial confusión de lo útil y lo bello, en que han caído todos los estéticos, a partir de los ‘Απομνημονεύματα, de Jenofonte. (Το χρήσιμον αρα καλόν εστί πρδς δ ἀν χρήσιμον —Libro VI, cap. IV).

Un rayo de sol (según la justa observación de Lord Bacon) puede ser inútil desde el punto de vista mecánico; y, sin embargo, pocas cosas más bellas en la Naturaleza... Una partícula de parcialidad en la Historia puede ser dañosa a la Humanidad y puede dar a la narración histórica un calor, una vehemencia y una veracidad que sin ella estarían ausentes.

Además, acaso Menéndez Pelayo no tiene tan estricta obligación de ser imparcial como otros historiadores, porque hace historia de investigador, no historia de sociólogo. Trata de descubrir varias noticias y datos desconocidos, no de orientarlos en un sentido determinado, emanado de un sistema preconcebido. Entre tantas curiosidades científicas como tuvo Menéndez Pelayo, lo único que jamás le interesó fué la Sociología ni ciencia alguna relacionada con los problemas sociales de nuestra época. Acaso en su mente llamaba a la Sociología «lúgubre y hórrida ciencia», como Carducci a la Economía política... Todo este movimiento social que agita al mundo moderno, le fué extraño y aun me atrevería a decir que hostil. No se afirma esto en son de

censura, ni menos en son de elogio; que mal puedo yo abogar por que nos sustraigamos a las luchas de nuestro siglo y nos desentendamos de las cuestiones palpitantes, de lo que hoy interesa (y en buen hora) a todo el mundo, desde el ácrata convencido hasta el católico ferviente.

Como estilista, como maestro de la narración histórica, descuella Menéndez Pelayo entre todos los españoles del siglo XIX. Él modernizó y flexibilizó el estilo histórico y el estilo erudito, que se habían corrompido durante el siglo XVIII, cuando la patente de erudito era sinónima de escribir mal, cuando el muy informado y muy aburrido Rvdo. P. Martín Sarmiento (a quien el paradojal Obispo de Jaca ha dedicado algunas de sus más preciosas vigilias, pretendiendo en vano su imposible rehabilitación) decía con hedionda sintaxis que la Metafísica —que había sido inventada por la charlatanería de los griegos (*pudet dictu!*, y que esto lo diga un teólogo)— trataba de *entablar un estanque contra la Historia Natural...*

Contra este galimatías, que era el lenguaje corriente de la erudición aún a principios del siglo XIX, reaccionó el estilo histórico de Menéndez Pelayo: un estilo elegante, claro y fluido. Acaso al comienzo de su carrera literaria luchaba con algunas dificultades de expresión, que no suelen preocupar a otros eruditos, menos eruditos y más desdeñosos de la forma

que Menéndez Pelayo. En sus primeros ensayos históricos, al formar su estilo, pudo decir con Renán: *La pensée se présente à moi d'une manière complexe; la forme claire ne me vient qu'après un travail analogue à celui du jardinier qui taille son arbre, l'emonde, le dresse en espalier*⁴².

Pero más tarde llegó a la plena posesión de su estilo, que fué depurando, corrigiendo y limando, *terque quaterque*, hasta aparecer como el inimitable estilista de la *Historia de las ideas estéticas en España* y de los *Estudios de crítica literaria*.

En sus primeros tiempos, Menéndez Pelayo escribía en un estilo demasiado enfático y engolado, un estilo que se asemejaba a aquel estilo asiático y redundante que los aticistas reprochaban a Cicerón. Pero, al fin de su vida, ya convencido de que la verdad está en la sencillez y en la sobriedad, penetrado de la muy sabia sentencia de Apeles, que el mismo Cicerón recordaba (*Apelles pictores quoque eos peccare dicebat qui non sentirent quid esse satis*: —DE ORATORE, 21) acerca de los pintores que no saben lo que es bastante, corrigió y pulió lo que había de redundante en su estilo... En las *Advertencias preliminares* de la segunda edición de la *Historia de los Heterodoxos españoles*, confiesa que su aspiración única como estilista es acercarse a la suprema sencillez.

42 *L'Avenir de la Science*, Preface, IV.

Menéndez Pelayo consideró siempre la Historia como la disciplina más elevada del entendimiento humano, y la llamó con Cicerón: *Testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistral vitae, nuntia vetustatis...*

VII. LABOR DE ERUDICIÓN

Cuando en España hablamos de un erudito, entre cuyos sobresalen los archiveros y bibliotecarios, entendemos por esa frase un hombre huraño y áspero, poco dado a la vida de sociedad, muy metido en sus libros. Este no era realmente el tipo de Menéndez Pelayo, que emblema fue de otro género de eruditos, ávidos de conocerlo todo y de averiguarlo todo, mas no desdeñosos de los goces puros de la realidad y de la vida de relación. La especie de erudito que él amaba más era la de aquel antiguo Dídimo el Gramático, que compuso ¡cuatro mil libros! acerca de curiosas antigüedades, inquiriendo *la verdad de las fábulas*, cuál fuese la verdadera madre de Eneas y la verdadera madre de Dido, y si Safo poetisa fué casta o fué ramera...

La frase que pronunció poco antes de morir caracteriza su ansia ardiente de saber:

— ¡Qué lástima morirse con lo que me queda por leer!...

Que es, en síntesis, el mismo sentido de la frase del gran químico francés Gay-Lussac en la agonía:

— ¡Morirse ahora! ¡Qué pena! ¡Ahora que esto se iba poniendo interesante!...

Sólo que Menéndez Pelayo era sobre todo un artista, y Gay-Lussac era un científico; el artista ansia conocer más cosas, y el científico desea alcanzar las consecuencias de las leyes que ha formulado...

Menéndez Pelayo era un erudito, no por manía de rebuscar, sino por pasión de conocer. Era un erudito a la manera de Huet, el Obispo de Avranches, que, al ver declinar su edad, sentía la tristeza de no saber todo lo que podía saberse, la tristeza de encontrar la vida insuficiente a su avidez de estudio. Más bien que un investigador, Menéndez Pelayo es un leyente que tiene un insaciable deseo de aprender siempre algo nuevo y que jamás se siente satisfecho. Su anhelo no es alcanzar tal o cual conocimiento determinado, sino todos los conocimientos.

Cuando no podía investigar nada nuevo, procuraba relacionar lo antiguo con lo modernísimo, y así andaba sacando analogías, a lo mejor graciosísimas, entre obras medioevas y obras contemporáneas, en las cuales creía ver algo de aquéllas. En Luis Vives veía el germen de todo el criticismo post-kantiano; en Francisco Sánchez, el cantor del

Quod nihil scitur, veía ¡y con cuánto fundamento! el presagio de todo el escepticismo moderno. ¿Quién lo negará? Nada se crea y todo se transforma, en el mundo de la idea como en el mundo de la materia. Si ninguna nueva fórmula de arte más perfecta que la fórmula helénica ha sido lanzada al mundo, tampoco en ciencia hemos adelantado sino en modos de expresión. La sustancia es la misma; tanto vale el antiquísimo Πάντα ῥει de Heráclito como *el retorno eterno* de Federico Nietzsche, *ultima ratio* de la Metafísica, echada a perder por el loco de la Engadina.

Así, pues, percatados de lo difícil que es lanzar ideas nuevas al mundo, de lo poco original que cada escritor tiene que decir a sus semejantes, como afirmaba Taine, de que permanece eterna e invariable la sentencia de Lucrecio:

Eadem sunt omnia; eadem omnia restant...

no veamos en Menéndez Pelayo un vano empeño de eruditio cuando quiere relacionar lo más lejano con lo más próximo, ni creamos que es futilidad de investigador paciente o manía de bibliófilo sostener, por ejemplo, que Raimundo Sabunde presenta dos caras, como Jano, una vuelta hacia atrás, hacia la Edad Media, hacia Lulio, su maestro, y hacia Guillermo Ockam, el nominalista escocés; otra hacia Descartes y Pascal, de quienes es heraldo, «y hacia Kant,

cuya *Critica de la razón práctica* en algún modo preludia con su demostración de Dios como fundamento del orden moral»⁴³. La curiosidad científica de Menéndez Pelayo es insaciable; todo lo ha tanteado. Examina la Filosofía moderna en su discurso de recepción en la Academia de Ciencias Morales y Políticas⁴⁴; recorre el campo de la historia del Derecho en el de entrada de D. Eduardo de Hinojosa a la Academia de la Historia⁴⁵; estudia conceptos y cuestiones de estética en el de ingreso a la Academia de Bellas Artes. En este país de hombres *unius libri* y monoideístas, él es hombre de muchas ideas y de muchos libros.

Defiende la erudición enciclopédica, el ansia universal de saber, acaso recordando los argumentos con que Quintiliano la defendía: *Natura humani ingenii ita est agitis et vetox, sic in omnem partem, ut ita dixerim, spectat, ut ne possit quidem aliquid agere tantum unum; in plura vero, non eodem die modo, sed eodem temporis momento, vim suam impendat.*

43 *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo I, vol. II, cap. IV, pág. 208; 2^a edición. Madrid, 1891.

44 «De los orígenes del criticismo y del escepticismo y especialmente de los precursores españoles de Kant». Madrid, 1891.

45 «Francisco de Vitoria y los orígenes del Derecho de gentes». Madrid, 1889.

Los hipercríticos que creen que esa erudición de Menéndez Pelayo se adquiere fácilmente y que es toda de segunda mano, debieran probar a ostentarla y jamás lo conseguirían. A estos descontentadizos digámosles aquella sencilla y rotunda frase helénica (joh, esos helenos tan ingenuos que no necesitaban de la crítica!) inscrita por Zeuxis al frente de su Pénelope: «Más fácil es criticarla que imitarla...».

Y su erudición, con ser de hombre muy sabio y muy leído, siempre es jugosa y fresca, no acartonada y fósil. El toque humano brota en cada página. Los que han hablado de *la sequedad afectiva* de Menéndez Pelayo, los que le han descrito como un sabio hurón y misántropo, al margen de la vida, no le han entendido bien sin duda o le han leído con antojeras de crítico. Nada más humano y aun más risueño que la erudición de Menéndez Pelayo. Pudo decir el polígrafo de *La Ciencia Española*, como el poeta bilbilitano Marcial:

Hominem pagina nostra sapit...

VIII. LO QUE DEBE A MENÉNDEZ PELAYO LA JUVENTUD ESPAÑOLA

En el afán de iconoclastismo que dominó a los jóvenes renacentistas del 98-99, se olvidó,

injustamente, la labor honrada y cultural de maestros como Menéndez Pelayo. Él permanecía tranquilo, confiado en la bondad de su propia obra, dormido a la sombra de la posteridad como en un regazo materno...

Y pasó la época del *sturm und drang*, y los intemperantes modernismos se desvanecieron, y la tabla de los valores no pudo ser del todo quebrantada en manos de los jóvenes bárbaros, y se advirtió que, en último resultado, siempre tenemos razón los que aconsejamos la ecuanimidad y la serenidad de juicio y la templanza en las opiniones, y un grano de escepticismo —como un grano de sal— en todas nuestras doctrinas y la figura de D. Marcelino se cierne aún, serena y algo melancólica, sobre las cabezas rebeldes o iluminadas... por las hogueras del Averno.

He aquí que D. Marcelino ha sido, ante todo, lo que ahora más que nunca conviene ser en España: un hombre sereno y culto, convencido de la eficacia del estudio como disciplina del alma. Ha sido el modelo de erudito serio y honrado, aquí donde tanto abundan los eruditos aparatosos y de similor, los eruditos *toreros*. ¿Os choca el vocablo? Pues ¿quién duda que hay eruditos toreros? ¿No hubo filósofos toreros? ¿No llamó Nietzsche a Séneca «el torreador de la virtud»? ¡Ah, desdichadamente, todos somos un poco toreros en España, y (lo que es peor) toreros ventajistas! No

en vano hemos educado nuestra retina y nuestra sensibilidad desde niños en las plazas de toros...

Pero D. Marcelino Menéndez Pelayo era quizá el único caso de erudito español que tomase completamente en serio su profesión, que hiciera de ella un verdadero sacerdocio.

Encontró que sus investigaciones históricas le daban absolutamente el derecho de pensar que la Inquisición no había sido tan nociva a España como se pretende, y no reparó en dar a luz sus deducciones, enajenándose muchas simpatías. Muy lejos estamos hoy todos de pensar eso mismo; aun entre los católicos sinceros que van con el siglo, muy pocos habrá que voten con Menéndez Pelayo en el caso concreto de la Inquisición; pero no dejaremos de admirar la tenacidad inquebrantable de sus convicciones y la titánica lucha de su fe y de su ciencia.

La juventud española no puede ser injusta con Menéndez Pelayo, porque le debe el cuidado de la documentación, el amor al estudio, el abandono de lo que llaman los franceses *l'école buissonnière* y de la inspiración a chorro libre... Lo que nos ha enseñado es a enterarnos de las cosas, a no hablar de todo a humo de pajas, a perder esa verborrea fluida y vacua que estropeó a los jóvenes de la Revolución y que corrompió las cualidades ingénitas de cerebros tan

poderosos como Castelar, que escribía de memoria, sin libros, sin erudición, sin documentos, sin consulta, una *Historia de la civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo*, que es un monumento elevado a la improvisación, a la pereza mental y a la charlatanería insulsa y absolutamente vacía de sentido.

Menéndez Pelayo, como hombre estudiosísimo que fué toda su vida, cerebro privilegiado que sintió curiosidad universal, nos enseñó una cosa primordial y suprema que muy pocos autores suelen enseñarnos: nos enseñó a estudiar.

EPÍLOGO

La muerte de Marcelino Menéndez Pelayo, como la muerte de D. Joaquín Costa, nos enseña a los españoles una doctrina de alta moralidad social; nos acostumbra a no desdeñar, cuando están vivas, las glorias que hemos de llorar después de muertas. Los mismos que, cuando vivía entre nosotros, austero y vehemente como un apóstol, repudiaban a D. Joaquín Costa por soñador y utópico; los que le presentaban a los ojos del pueblo español como un habitante del país de ninguna parte (del *Nowhere*, que un escritor inglés popularizó), después de muerto pusieronse lacrimosos y doloridos, míseros tragediantes

de la política que adaptan a su semblante polimórfico la máscara que más les convenga...

Entre los republicanos nadie quería contar como correligionario a D. Joaquín Costa, y sin embargo, cuando descendió a las sombras de Hades, todos se pusieron ficticiamente transidos de dolor...

Asimismo, acaso entre los reaccionarios, nadie quiso bien del todo al ilustre D. Marcelino, y ahora, que ya habita en los reinos de Plutón, o, como él hubiera dicho, con una feliz reminiscencia clásica,

perque domos Ditis vacuas et inania regna...,

ahora es cuando viene el plañir como mujerzuelas, el llorar como Boabdil, último rey de Granada, sobre las ruinas del reino que no supo defender como hombre...

Hagamos poco caso de esos intrigantes que abren comercio con la Muerte y que de un discurso funerario, lacio y marchito como una corona barata de una sociedad de pompas fúnebres, obtienen provecho ante sus correligionarios y compinches, haciendo plástico aquel muy sabio y castizo refrán: «El muerto al hoyo... y el vivo al bollo». Que en el lenguaje mercantil de estos chamarileros de la baja política suele traducirse por estas frases, espontánea-

mente surgidas *ex imo corde*: «El muerto al hoyo... y el vivo al destino que ocupó el muerto».

En esta humana feria de las vanidades, el que se retira siempre es saludado con respeto por el que se queda..., porque deja un puesto libre. A salvo de estas pequeñeces, Menéndez Pelayo perdurará como modelo siempre viviente de las virtudes cívicas que ha de ostentar un sabio. A los patriotas sin patriotismo, que lo proclaman y no lo sienten, les enseñó a ser patriotas de verdad, con obras; a los católicos insinceros, que predicaban el catolicismo a los demás sin que en ellos germinase espontáneamente, les enseñó a ser católicos de verdad, con fe.

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

DON MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO¹

† 19 MAYO 1912

I. SU OBRA FILOSÓFICA

Esta fecha será para los españoles memorable, como la de la muerte de Cervantes, de Mariana, de Lope. El genio constructor de nuestra heroica y olvidada historia, de nuestra incomparable literatura, de nuestro genio filosófico, el creador del movimiento actual para el resurgimiento de la Patria tomando por punto de partida lo providencial de sus destinos encarnado en el valer de sus escritores pasados y en el espíritu de su cristiana civilización, bajó a la tumba ese día dejando sin terminar su obra titánica, emprendida con erudición infinita, realizada y

1 Texto publicado en la revista *La Ciencia Tomista*, julio-agosto de 1912, núm. 15, vol V, pp. 373-393.

sostenida con alto criterio, con arte de mago encantador a cuyo poderoso conjuro resucitan con aparato de ejército dominador los manes de la historia patria, de la historia ibérica, pues para el egregio difunto nuestro tan patria nuestra era Portugal como España.

La obra de Menéndez y Pelayo es de esas que no pueden apreciarse del todo a raíz de la muerte, porque en ella lo principal no es de influjo directo, con ser esto muchísimo, sino resultado de su orientación y de su influjo en el espíritu de los demás.

Estaba el muy lejos de pensar en hacer su retrato cuando escribió, contestando a Hinojosa en la Academia de la Historia: “Un abismo separa toda la teología española anterior a Francisco de Vitoria de la que él enseñó y profesaba y los maestros que después de él vinieron valieron más o menos en cuanto se acercaban o se alejaban de sus ejemplos y de su doctrina. Todo el asombroso florecimiento teológico de nuestro siglo XVI, todo ese interminable catálogo de doctores egregios que abruman las páginas del *Nomenclator Litterarius* de Hurter, convirtiéndole casi en una bibliografía española, estaba contenido en germen en la doctrina del Sócrates alavés. Su influencia está en todas partes”.

A Vitoria hay que retroceder para hallar en España una influencia tan avasalladora, y en las palabras con que él juzga a Vitoria debemos buscar moderación para las nuestras, si no queremos exponernos a esas hipérboles de que hemos visto estos días plagados los periódicos y las revistas y que ya estábamos acostumbrados a ver en algunos antes de la muerte del insigne restaurador.

En literatura e historia nada se ha hecho después de cumplir él veinte años sin contar con él, sin referirse a él; pero eso no es decir que su obra sea irreformable ni siquiera que su influencia haya sido como la de Vitoria, pues, aunque ambos sean padres de los pensadores que les siguieron, los de los últimos cincuenta años no pueden compararse a los de la última mitad del siglo XVI.

Algo hay, sin embargo, que da relieve singularísimo a su influencia; aunque no hayamos logrado, como en aquel siglo venturoso, ponernos a la cabeza del movimiento científico mundial, hemos logrado por lo menos en la Literatura y la Historia ir al frente de nuestras cosas, generalmente hablando, y ser el foco principal de estos estudios nuestros, que no tenemos necesidad de estudiar fuera como todas las otras facultades.

¡Ojalá que en la Filosofía nos hubiera ocurrido lo propio que en la Literatura y en la Historia! Pero con ser nuestros filósofos antiguos mil veces más ilustres y numerosos que nuestros historiadores y hasta que nuestros literatos, como dice Menéndez y Pelayo, no era el polígrafo santanderino tan filósofo como historiador y literato, ni aunque lo hubiera sido era posible en ese como en los otros ramos una influencia como escuela, cuando las corrientes contradictorias de la Europa se nos cuelan por todos lados, sin que las tomemos a invasión, pues en el orden filosófico el españolismo, el patriotismo hermoso de Menéndez nos parece exagerado y anticientífico, aun a los mismos que estamos tan cercanos a pensar como él.

En esta parte más fructífera fue y más certera, aun cuando más exclusivista (con exclusivismo de escuela, no de patria) la obra del P. Zeferino González, sin que llegara tampoco a ser lo que podía haberse esperado. De Menéndez y Pelayo puede decirse en esta parte que si no hizo vivistas, ni lulianos, ni suaristas, hizo estos nombres populares y nos hizo formar a todos una idea arraigadísima del poder y la mentalidad de nuestra raza. En la parte filosófica esa es su gloria, no otra, y quizás, en medio de ser la más ligera, de no pasar de un ensayo valiente, quizás sea la que la Patria más debe agradecerle. ¡Tiene tanta influencia

en la dinámica del pensamiento nacional la persuasión común de que sus hombres están capacitados para escalar las mayores alturas de la especulación!

Es verdad que Menéndez y Pelayo, buscando en la España antigua la variedad de cuadros, buscando lo original, se apartó de lo sólido y quiso encarnar en Vives y en algunos otros señores pensadores los ideales de nuestros grandes filósofos de los siglos XVI y XVII, bien ajenos a las cabriolas eclecticistas sin nervio y vigor; pero eso no fue obstáculo, antes bien, fue recurso habilísimo, más o menos dramático para presentar el cielo de la patria antigua abrillantado con diversas constelaciones, como si hubiera habido matiz de pensamiento, alta genialidad que desde el no esplendiese.

Esa obra de artista tuvo efecto infalible, si bien partía de una injusticia, preterición constante o muy levemente insinuada; de hacer representar al *Sol de las Escuelas* el papel de una estrella, de una de tantas, aunque en cierta parte se afirme que vale por dos terceras partes de ellas, y que *el tomismo es en España el más firme valladar contra el racionalismo*.

Hablar del tomismo de Menéndez y Pelayo parecerá absurdo a quien sepa que él varias veces

declaró que no era tomista y trató con irreverencia la escuela que lleva este nombre en las polémicas que sostuvo con el teólogo dominico P. Joaquín Fonseca. Menéndez, que declara su admiración por el tomismo, le tiene cierta ojeriza por no ser de origen español. Sin embargo, hay que ver en qué circunstancias habla para precisar con exactitud la posición que ocupa. Cuando escribe contra Perojo ensalza la filosofía escolástica española sobre toda la producción patria y declara el tomismo y las manifestaciones escolásticas congéneres lo mejor que produjo la mentalidad española; cuando discute con Pidal señala las deficiencias de que a su juicio adolece el sistema, exagera los méritos de cuantos pensadores españoles no pertenecen a él, trata de restarle partidarios. Para él, como para la mayor parte de los polemistas, como para todos los panegiristas, el santo del día es el mayor del año, y el publicista santanderino tenía demasiado lleno de celebridades españolas el calendario para conceder fiesta con octava al Ángel de las Escuelas, sin pararse a advertir, pues los datos le sobraban, que Santo Tomás había presidido la formación y los escritos de la mayor parte de nuestros sabios.

Eso de que, *a priori*, como él dice, tengamos que suponer en España una filosofía con caracteres propios y peculiares no deja de ser un postulado

caprichoso y expuesto; nuestra particularidad resultó en la mayor parte de los casos el escolasticismo y el entusiasmo por la doctrina del Aquinatense, que tiene el *mundo por patria y la humanidad por discípula*.

Don Marcelino, en su polémica con Revilla y Perojo, canta muchas veces las glorias de los escolásticos, por más que los elogie solo porque fueron ilustres españoles; en la discusión con D. Alejandro Pidal, afectuosa y cortés, trata a Santo Tomás con suma reverencia, llegando a estampar que sospecha que no es tomista *por debilidad de entendimiento*; en la reyerta con el P. Fonseca, destemplada y cáustica, venga en Santo Tomás y en la Escuela las iras excitadas por el P. Fonseca que estuvo con él despectivo, y por *El Siglo Futuro*, que publicaba la defensa del P. Fonseca con una satisfacción que a Menéndez y Pelayo le supo a rejalar.

Los móviles de la polémica descentran el criterio; y así le vemos una vez declarando que *el totalismo es la más vasta y grandiosa de todas las concepciones filosóficas cristianas* y otras diciendo que el lulismo es *la más completa, armónica y pujante de todas las escuelas* y asegurando del vivismo verdaderos horrores, hasta el punto de declararse vivista él, que tantas veces se había llamado ecléctico en la polémica con D. Alejandro Pidal.

Al citar aquí juntos los nombres de estos dos ilustres pensadores católicos, es oportuno decir algo de sus relaciones.

Cuando Menéndez y Pelayo vino a Madrid hízose pronto amigo de Pidal, que desde el primer día se convirtió en su panegirista, presentándole en todas partes, dándole a conocer entre la aristocracia del pensamiento y de la sangre y trabajando porque le ampararan los hombres de más valía, sobre todo, Cánovas del Castillo. Al poco tiempo Menéndez y Pelayo era tan conocido por su erudición como Pidal por su oratoria, y los artículos del primero producían una sensación parecidos a los de las campañas del segundo en la tribuna parlamentaria. La Real orden para que se le dispensara la edad para ser profesor, Pidal y sus amigos la dictaron; trabajaron su candidatura en la Academia de la Lengua Española, de la Historia y de Ciencias Morales, y contribuyeron a que su figura se destacase. Metiéronle también en la política, donde Menéndez y Pelayo, torpe de palabra y más dado a los libros que a las discusiones orales, estaba a muchísima distancia de su ilustre amigo.

Este, educado en la clase del P. Zeferino González, tenía una intuición más certera, un juicio más seguro en medio de sus exageraciones oratorias;

Menéndez y Pelayo sabía más y era más artista para expresarlo.

Ambos de carácter dominador, porque en su línea no encontraban competidores, llegaron a no entenderse bien; pero sin que eso obstase al reconocimiento mutuo del valer personal.

Cuando Gamazo quiso hacer a Menéndez director de la Biblioteca estaban en muy frías relaciones; sin embargo, Pidal fue el que disipó las nieblas que se había forjado a cuenta de sus aficiones gastronómicas contra aquella designación tan acertada, que al fin se efectuó.

Menéndez y Pelayo presentó su candidatura frente a la de Pidal para la Dirección de la Academia, sin lograr más que tres o cuatro votos; sin embargo, siguió saliendo Senador sin que lo estorbase el Presidente. Muere Pelayo y el primero en cantar sus glorias es el noble amigo de antaño, el que primero las había cantado de joven, el que en la hora de la dificultad había pospuesto a la frialdad del momento el sacro nombre de la amistad pasada.

Grande había sido ésta, y tan grande como ella la admiración que desde el primer momento concibió Pidal por la erudición incomparable y por el incomparable lenguaje del portento santanderino. Puede decir que lo que todos alabaron en el

Menéndez y Pelayo, lo adivinó Pidal en el *Marcelino*, casi casi en el niño. Más todavía: Yo tengo para mí que, así como todo el mundo fue admirando cada vez más a Menéndez y Pelayo, Don Alejandro Pidal, sin dejar de admirarle nunca, decreció en el tiempo en su entusiasmo excesivo de los primeros días. Véase cómo habla de él, cuando tenía veintidós años: “Oídle hablar de las razas prehistóricas y creeréis que habito la caverna del troglodita y erró con la tribu nómada por el desierto; oídle hablar de la civilización oriental, y creeréis que es un hierofante de los antiguos días; oídle sobre Grecia, y creeréis que es un comensal del convite de Platón; oídle sobre Roma, y lo tomaréis por un parásito de Mecenas; oídle sobre la Edad Cristiana, y sospecharéis que es el cronista de algún monasterio; oídle sobre el Renacimiento y le tendréis por un gramático de la corte de Médicis o por un catedrático de Salamanca o de Alcalá; oídle sobre el siglo XVIII y creeréis que asistió a la redacción de la *Enciclopedia*; oídle sobre *hoy* y creeréis que el diablo cojuelo ha levantando a su vista los techos de todas las catedras y Academias de Europa”.

Por lo que a la Filosofía se refiere, el Sr. Pidal, tan profundo, tan seguro, tan tomista, tuvo ocasión de ver en la polémica que sostuvo con el precoz ingenio que los elogios de que le había colmado estaban

bien hasta cierto punto, porque se dirigía aun niño, a un prodigo, pero que respondían mejor a su papel de heraldo de las glorias del más joven de los académicos que a su carácter de tomista. En esa polémica, si Menéndez y Pelayo hace gala de una erudición muy superior, de un estilo más clásico, Pidal discute con mayor nervio y serenidad, y arrancó a su cariñoso contendiente confesiones bien terminantes para el que sepa leer entre líneas. Que algunas no llegara a arrancárselas, como que Melchor Cano es escolástico y gloria de la escuela tomista, no del vivismo, solo se explica por la dificultad que todos los hombres tienen en confesar sus yerros.

Menéndez y Pelayo, que tanto progresó en otras materias, en materia de Filosofía no superó en intensidad la obra de sus primeros años ni la cambió de orientación. No es más filósofo en *Las Ideas Estéticas* que en *La Ciencia Española*.

Esta obra, la menos madura entre todas las del llorado sabio, porque es más obra de plan, que de desarrollo y exposición, fue la más afortunada de sus obras en desarrollos prácticos. No me refiero al resultado editorial de sus tres ediciones, prontamente agotadas, sino a que es obra más patriótica, como índice que es de las demás, y a que ocurrió con ella

un fenómeno que, no por ser frecuente deja de ser chocante y beneficioso para el crédito de los ideales que persigue todo escritor que llega a ser famoso.

A pesar de que el vasto plan de *La Ciencia Española* no puede examinarlo a punta de crítica ningún mortal, aunque viviera el doble que D. Marcelino, y que lo natural es ver en las obras posteriores un estudio más detenido y concienzudo, en gran parte rectificación de lo antes dicho, los lectores suelen juzgar del valor de ese libro por el que iba teniendo D. Marcelino; de tal suerte que las afirmaciones en él consignadas no se miran después, generalmente, como ensayo de un genio, que por ensayos tienen que empezar también los genios, y pagar el portazgo del noviciado con encantadoras *infantilidades* (que así llamó Menéndez y Pelayo hace poco ciertas afirmaciones rotundas de los primeros años de escritor); a pesar de eso, digo, *La Ciencia Española* cargó todos los laureles más tarde conquistados por él, teniendo para los principiantes gran fuerza de convicción sus conclusiones y sirviendo ellas a los que se dedicaron a escribir sobre esas materias para darse (o darnos, pues yo también falté en ese pecado) una panzada de satisfacción, refutando ciertas afirmaciones de Menéndez y Pelayo... de veintidós años.

II. MENÉNDEZ Y PELAYO, HISTORIADOR Y LITERATO

A *La Ciencia Española*, obra de restauración filosófica, grito de alarma de la vieja matrona ibérica, que enseñaba sus joyas perdidas, cual credenciales de nobleza, siguieron *Los Heterodoxos*, demostración palmaria de dos cosas: de que el joven polemista no era sólo un planificador entusiasta, sino un investigador de vales, y de que la España heterodoxa estaba caracterizada por su infecundidad doctrinal, que la ciencia española no era un hecho cualquiera, sino un hecho verificado en comunión con la Iglesia Romana.

La obra, paralela a la de César Cantú del mismo título, tiene más importancia para España que la del escritor milanés para Italia, por ser entre nosotros esta materia curiosísima, casi desconocida. Aun lo referente al Protestantismo, en que tanto había trabajado D. Adolfo de Castro, quedó amplificado en quinto y tercio con noticias desconocidas y con una valoración precisa de las ya publicadas. El priscilianismo, el erasmismo, el molinosismo, los procesados por la Inquisición, el filosofismo, el jansenismo, todos los ismos de las desviaciones religiosas encontraron en *Los Heterodoxos* un bronce donde quedaron para siempre esculpidos. Alrededor de las materias indicadas en los índices, va Menéndez y Pelayo dando idea de la cultura patria, de las

costumbres, de todo el ser nacional. De forma que, prometiendo su libro ser historia de la heterodoxia española, resulta magnífico resumen de la historia eclesiástica, civil y hasta de la raza española, o, por mejor decir, ibero-americana.

Como desenvolvimiento de su grandiosa concepción de la ciencia española pueden considerarse los trabajos sobre los jesuitas expulsados, sobre Raimundo Lulio, Boscán, Vives, Quintana, Martínez de la Rosa, Núñez de Arce, los Humanistas del siglo XVI y otros más que no hay por qué citar, ya por ser conocidos, ya porque en ellos y en algunos de los mencionados se destaca sobre el carácter histórico el artístico o literario, como en la historia de *Las Ideas Estéticas*, en *Los Orígenes de la novela*, en el *Horacio en España*, etcétera, etc.

Su obra histórica, en el sentido estricto, está cifrada en los tres tomos de *Heterodoxos*, que en la segunda edición salían duplicados y de todo en todo reformados, como indica el autor en el prólogo y denuncia en el primer volumen.

Conviene tener eso en cuenta, y en trabajos que no sean panegíricos dar una cuenta exacta de la obra histórica del maestro montañés, una idea que nos ponga en contacto con la realidad humana y no nos haga descarrilar en pendientes de exageración.

Menéndez y Pelayo fue historiador a lo Cantú, más bien que investigador en el sentido estricto, e historiador de las cosas de España, no de la historia general. No anduvo peregrinando como Eshes, como Theiner, como Ehrle, como Denifle para escribir en Francia o en Italia lo que los franceses e italianos ignoraban de sus más gloriosas empresas. Ni siquiera puede afirmarse que buscara en archivos extranjeros asuntos españoles, como Astrain, Cuervo y otros escritores contemporáneos: hasta puede afirmarse que de los grandes sillares que forman el pedestal ingente de ese obrero del pensamiento que tanto se destaca entre los de su generación, son pocos los arrancados de la cantera de los archivos españoles². No es Menéndez y Pelayo nin-

2 En realidad eso fue un acierto en Menéndez y Pelayo. Su temperamento literario se prestaba más para el trabajo en Biblioteca que para el de archivo. Para trabajos analíticos y de detalle ofrece el archivo ventajas singulares, además del encanto y las sorpresas de la novedad de asuntos tan frecuente en los documentos inéditos. Pero en los archivos la labor es muy lenta, hasta el punto de pasarse uno días enteros en descifrar muy pocas líneas. ¿Cómo iba Menéndez y Pelayo, cuya ansia de leer mucho le acompañó hasta los últimos momentos, a sujetarse a un paso tan tarde? ¿Cómo iba él a trazar esas síntesis maravillosas enfrascado en los datos de archivo? Lo cierto es que el archivo no fue su centro. En la causa de Carranza, que tanto le costó estudiar, según él dice, nos consta que invirtió

gún continuador, de Flórez, de Morales, de Zorita, de Masdeu, de Villanueva, de Gayangos, de Fita, aunque en cierto modo, los resume todos, pues se muestra enterado en todos sus descubrimientos y en los de cuantos investigaron archivos en España.

Menéndez y Pelayo acudió también directamente a los archivos: los utilizó con fruto en algunos de los capítulos de *Los Heterodoxos*; pero fue, ante todo y sobre todo, un hombre de biblioteca, de biblioteca clásica, escogida, o, mejor dicho, de Biblioteca universal, pues en cuestión de libros, al menos de libros españoles, era él la biblioteca andante más

menos de dos semanas de trabajo de archivo, aunque lo tiene por árido y enojoso como ningún otro de los que hemos tenido que hacer y manifiesta que *ha llegado* a tomar odio tan pesado, *aunque importante asunto y no ve llegada la hora de dar cuenta de él en las menos palabras posibles, porque teme perder la cabeza y el poco gusto literario que Dios le dio si por más tiempo sigue enredado en la abominable y curialesca lectura de los mamotretos que copió y enlegajó el escribano Sebastián de Landeta*. De ahí nacen las equivocaciones en que incurre, empezando por suponer proceso lo que no lo es y colgarle infinidad de legajos que no le pertenecen.

En los procesos de *los alumbrados de Llerena* se dio por contento con un extracto publicado por Barrantes de una apología manuscrita. Los PP. Cuervo y Mir han publicado documentos curiosos sobre el ruidoso pleito. Todo esto lo indicamos para fijar la obra de Menéndez y Pelayo, hombre de Biblioteca *perse* y de archivo *per accidens*.

completa. Las materias, los libros, las ediciones, los ejemplares, las correcciones, toda esa balumba de requisitos bibliográficos en que la cultura de los siglos pasados ha dejado una huella, estaba en la platina de su memoria y era aprovechada por él con un criterio muy certero y expuesto con arte de orfebre literario. En esa parte Menéndez y Pelayo es una cumbre de la Historia: da cuenta de lo que vio, vio muchísimo y sabe reflejarlo con encanto de artista que no pasa de moda.

¿Qué culpa tenía él, hombre estudiosísimo, de no verlo todo y de equivocarse porque no había podido ver muchas cosas?

También hay que decir en su descargo que si se equivocaba a veces y, sobre todo, si de algunas suposiciones falsas tomaba ocasión para hacer síntesis infundadas, para levantar castillos... de naipes, no era sólo por esa limitación que acompaña a los hombres más distinguidos y que es forzosa cuando se acercan a materias que no son suyas propias, sino por su exaltación patriótica, que le hacía ver las cosas españolas no siempre como eran, sino como el deseaba que fuesen.

¿Qué importa, como dato suelto, que Báñez escribiera antes que Molina, que el *Pugio* se escribiese antes que la *Summa contra gentes*, que el libro *De*

la Oración sea de San Pedro de Alcántara o de fray Luis de Granada, que Melchor Cano sea vivista, y otras mil cosas por el estilo? Como datos sueltos no pueden valer y poco importa que se ignoren; pero a él, tan amigo de reconstruir la historia, y de reconstruirla en provecho de España, le servía para atribuir a Báñez, a un español, la premonición, un sistema importante teológico, para suponer que el gran Doctor de Aquino se había inspirado en un escritor español, [382] que los místicos en España eran muchos y no todos derivados del tomismo, sistema grande, pero importado al fin, que una filosofía tan indígena como la del pensador valenciano había dado frutos tan altos como la obra incomparable de *Locus Theologicis*. Claro está que estos datos equivocados por un lado y utilizados por carácter tan dado a la síntesis y tan habilidoso sintetizador dan lugar en la historia a numerosas confusiones de trascendencia, en las que no suelen incurrir los investigadores modestos, que antes de arriesgarse a una hipótesis nueva se sirven de multitud de datos, compulsándolos muchas veces y depurándolos de todo elemento pasional, por patriótico que parezca. A este respecto la obra de Menéndez y Pelayo tendrá que sufrir numerosos retoques que no pueden tener otras de menos aparato. Un investigador tan reparado como el P. Uriarte, me decía a mí, hablando de Lafuente, de Menéndez y Pelayo y de otros escritores de gran memoria: “No

se fie usted de escritores de mucha memoria, porque jamás comprueban". Quizás, aunque parezca paradójico, por tener Menéndez y Pelayo una retentiva tan prodigiosa, ningún capítulo de *Los Heterodoxos*, de su obra histórica por excelencia, puede llamarse definitivo, aunque su orientación n general lo sea y la obra deba considerarse por todos como monumental. Hasta tal punto es esto natural, que en los tomos de homenaje que dedicaron a Menéndez y Pelayo escritores amigos suyos, hay trabajos que son una refutación de otros del gran maestro, que hasta cuando erraba era fecundo, pues planteaba con tal interés los problemas que daba lugar a nuevas investigaciones, a nuevos y más castizados escritos.

La segunda edición de *Los Heterodoxos* hubiera recogido todas las rectificaciones de amigos y adversarios y sus propias investigaciones, ya que en medio de las tareas literarias que llenan la última época de su vida, no desamparó de todo la investigación, ala que tan llamado se sentía. Sabiendo él más que nadie, no tenía a menos interrogar a los que sabían muchísimo menos, pero que por razón de dedicarse a alguna especialidad pudieran proporcionarle datos nuevos.

El que esto escribe recibió un día una carta en la que se decía: Pienso, en efecto, hacer una segunda edición muy aumentada y corregida de *Los*

Heterodoxos. Para ella tengo acumulados grandes materiales. Cualquier noticia, documento o rectificación que usted quiera comunicarme será muy bien recibida”.

Y muy bien recibió las noticias que yo le envié³, con no ser muchas ni de gran monta, ni siquiera del interés que yo hubiera podido mandárselas,

3 Como recuerdo personal y muestra de su atención en la correspondencia, copio la carta: BIBLIOTECA NACIONAL. Madrid, 10 febrero 1904 R.P. Fr. Luis Getino, O.P.

Mi estimado amigo: Por no haber andado bien de salud en el pasado mes de Enero retrasé mi vuelta (de Santander) a esta, y por la misma razón he tardado en contestar a su grata de 14 de Enero, que agradecí en extremo por la buena voluntad que me manifiesta y por las curiosas y útiles rectificaciones que contiene, y que serán aprovechadas, como es justo, en la nueva edición de *Los Heterodoxos*. La de Fr. Ambrosio Caterino y alguna otra ya las tenía hechas. La de hacer dominico a Urbano VIII fué una monstruosidad de la imprenta por haber saltado un renglón.

Los nuevos datos que Vd. me comunica acerca de Pedro de Osma son curiosísimos, y los de Juan Doria enteramente nuevos para mí, aumentando el interés del caso la intervención de Fr. Pedro de León.

No me extiendo hoy más, porque al llegar he encontrado gran número de asuntos de urgente despacho y puedo dedicar pocos ratos a mis ocupaciones predilectas. Pero no dude Vd. ni por un momento del aprecio que le profesa y de la gratitud con que recibe sus indicaciones su muy afecto a. y s.s.q.b.s.m.

M. Menéndez y Pelayo

sospechando que faltaban años para comenzar la reimpresión de la obra, que ya hacía algunos estaba empezada.

Su influencia mayor en el renacimiento de estudios históricos fue la indirecta, amparando y animando a cuantos se dedicaban a ellos.

Menéndez y Pelayo, como todos los hombres de talento, quiso especializar, y al hacerlo en un círculo más extenso que otros porque eran más poderosas sus facultades, derivó sus estudios de la Filosofía y de la Historia a la Literatura, que absorbió su atención en los últimos años. *Las Ideas estéticas*, los comentarios a las obras de Lope y los Discursos, Prólogos y Memorias, tomaron en él un sesgo de literaria perspectiva. Su obra literaria no tiene como la filosófica y la histórica la fuerza de proclama; los estudios literarios tienen tradiciones bien conservadas y bien anteriores a Menéndez y Pelayo. Valera, Hartzenbusch, Coll y Vehí, Milá y Fontanals, Amador de los Ríos, Tamayo y cien otros, pues por cientos se cuentan, eran admirados por sus trabajos literarios. Al dedicarse a ellos no fue un innovador en el fondo; lo fue en el modo, empresa tanto más difícil cuanto eran más notables los trabajos publicados y más beneméritos los trabajadores que a ellos se dedicaban.

En esta parte nos parece una tontería querer resumir la obra del académico. Por lo mismo que en ella fue concreto, especialista, investigador, que pudiendo ser superado en diversos estilos, deja en el suyo una estela, un modo en que no será corregido; en que forma época, historia (y yo no sé si escuela, creo que no, porque hasta aquí llegaba la funesta estrella de su vivismo), como Velázquez, como Murillo, como todos los que, al reflejar un mundo, lo tienen para siempre con los matices de su espíritu propio, de manera que el que lo ve por ellos no puede desentenderse ya de ese *viraje*. Como no es fácil a un teólogo pensar en Santo Tomás sin representarse a Cayetano, el Príncipe de sus intérpretes, tampoco lo será ya para un literato imaginarse a Lope o a Calderón sin pensar en Menéndez y Pelayo; acordarse de las ideas estéticas, del origen de la novela y del romance, de la bibliografía clásica, sin que venga a las mientes la obra magna de D. Marcelino.

La obra filosófica está absorbida por la literaria, y la histórica está de tal modo compenetrada con ella, que casi ni en *Los Heterodoxos* se pueden separar. Se ha hablado mucho de la prodigiosa memoria de Menéndez y Pelayo, del pasmo que produjo en Cánovas y Pidal, sus protectores, el hecho de que no le habían señalado un solo libro que no conociera; del interrogatorio a que le sujetó de un modo

inesperado el Ministro, a quien se pedía que dictara una Real orden para que pudiera llevar cátedra, a pesar de sus pocos años; todos los que con el hemos tratado algo, tenemos testimonios de su retentiva prodigiosa, novelesca; pero quizá eran en Menéndez y Pelayo más admirables sus cualidades artísticas, su intuición de los puntos interesantes y de la expresión interesante que su misma memoria.

Si no puede decirse de él que se cernía a las alturas de la Metafísica, que dominaba las grandes abstracciones y que en ellas debatía por sistemas suyos o ajenos —y esta es la mayor limitación que se ve al genio de la cultura patria, lo único en que nos parece inferior a otros— hay que confesar que las derivaciones metafísicas afluían a su cerebro como red de hilillos sutiles y sensibles. Su criterio seguro; su sensibilidad maravillosa; su exquisitez de abeja, que de las flores más despreciables para otros sacaba o miel o cera para libar su panal; su orgullo de ruiseñor, que después de beber en la tierra se encumbra a la enramada y suelta la potente voz que llena de cadencias el bosque, acobardando a todos los alados cantores...; su memoria, su criterio, su valor, su sensibilidad artística, le crearon ese nombre sobre todo nombre entre los de nuestros literatos contemporáneos. ¡Y sobre todas esas cualidades se destaca su intuición artística!

[385] ¿Quiere decir esto que la obra literaria de Menéndez y Pelayo —ya que no la histórica, pues de la filosófica no hay que hablar— sea irreformable? ¿Qué la desgracia nacional esté en que no acabó lo que proyectaba, pero que nada hay que corregir en lo escrito, como hemos leído en las notas necrológicas de la quincena?

Nada de esto: ni ello es humano, ni es un hecho. La misma universalidad de Menéndez y Pelayo que le da un valor de conjunto acaso no superado en nuestra patria, debilitó su valer intensivo; el arte con que lo expone todo, le hace sacrificar a veces a una síntesis o a una fórmula hermosa la exactitud de los conceptos. Era demasiado impresionista en sus lúbraciones como en sus afecciones personales. Pero no hemos de ser nosotros, y menos en la ocasión presente, quienes hagamos crítica de la labor lietrario-artística de nuestro más celebrado literato.

SU CARÁCTER

De su carácter mucho puede decirse, así de joven, cuando era jovial y no faltaba a un baile, como de edad proyecta, hurraño ya y retraído, que de libros se pagaba, y no de cumplimientos ni de diversiones, temeroso, más que de nada, de perder el tiempo en explicaciones inútiles. La fama del mal

genio que había cobrado en los últimos años, a avaricia de tiempo se debía considerablemente, aunque no poco debieron influir en los enfados que de él se cuentan las dolencias de la postrera etapa de su vida. En quien está agobiado de quehaceres y batido de enfermedades graves ¿quién va a esperar a todas horas semblante risueño y melifluas palabras? Hasta la oficina de la Biblioteca Nacional la abandonaba ya. Respondiendo a la queja que había sobre esto, dijo ingeniosamente Mella: «Menéndez y Pelayo no iba a la Biblioteca, porque la llevaba sobre la cabeza». Se iba a Santander a vacaciones y las prolongaba indefinidamente.

Cuéntase que el año pasado el Ministro de Instrucción Sr. Burell giró una visita a la Biblioteca, y, enterado de las ausencias del Director, pensó en sustituirle, y que D. Marcelino le escribió una carta tan contundente que el Ministro no pensó más en ello. Desde luego, D. Marcelino llegó a acreer que le destituían, pero Burell entendió que daría una campanada, pues significaba más la sombra de D. Marcelino firmando desde casa que la asistencia puntual del candidato que se susurraba.

De Menéndez y Pelayo se cuentan mil rarezas, que el que escriba su vida consignará seguramente, y algunas distracciones muy en carácter. Entre ellas me hizo gracias la que me refería un impresor hace

muy pocos días: cuando mandaban al gran maestro pruebas de imprenta, tardaban un par de días en ir por ellas, temerosos de que, estando tan ocupado, no hubiera tenido tiempo de despacharlas. A veces ocurría que las despachaba enseguida y mandaba su criado a la imprenta con una tarjeta fulminante ordenándoles que fueran por ellas. No se le ocurría que, para ganar tiempo, era preferible que las llevase el que llevaba la reprimenda. Distracción parecida a la que atribuyen a un conocido sabio inglés, que teniendo dos gatos, uno pequeño y otro grande, mandó abrir en la puerta dos agujeros, el uno grande y el otro pequeño, para que los dos pudieran salir. ¡No fuera que el pequeño no cupiera a salir por donde el grande!

El españolismo del ilustre Académico era de lo más fervido. Al poco tiempo de estar en la Biblioteca Nacional dio orden para que, mientras él siguiese en el cargo, las numerosas cartas de consultas que de muchas partes y en diferentes lenguas se dirigían a la Biblioteca fuesen contestadas en sola la lengua castellana. Su españolismo iba avalorado por una circunstancia que lo presenta doblemente simpático: era un español que amaba las patrias chicas, las regiones de la Península, como si cada una de ellas fuera la

patria única. Entusiasta de las glorias catalanas, portuguesas, gallegas, andaluzas... para todas sus tradiciones, usos, costumbres, guerreros y escritores tiene el mismo entusiasmo que para las cosas castellanas.

En su mismo testamento manifiesta un regionalismo, que, si no fuer tan simpático, calificaríamos de exagerado e inconveniente. Lega su biblioteca, su magnífico tesoro de libros y de manuscritos, a Santander. ¿Por qué no a Madrid, a la Biblioteca Nacional, donde fue su Director, donde acude todo el mundo a estudiar, donde podrían servir de mayor provecho a todo el que no viva en Santander? Los mismos santanderinos que se dediquen concienzudamente a la investigación tendrán que venir a Madrid, y aquí podrían ver la colección de Marcelino Menéndez y Pelayo... Todo esto se nos ocurre a nosotros; pero también recordamos que el amor es un peso, y el regionalismo es amor. Amor hermoso y santo, fuente de vida para las regiones [387] que a su vez son vida de la patria. Este amor en Menéndez y Pelayo era tan grande, tan incondicional, que se puede llamar una rareza.

Entre sus rarezas hemos de contar lo que se murmuró tanto tiempo acerca de su destemplanza en la mesa, que tal parecía a muchos. La leyenda de sus excesos ha corrido por toda España durante muchos años, con tales acentos de firmeza, que cuando

su nombramiento para Director de la Biblioteca Nacional tuvo que informar en este asunto D. Alejandro Pidal, cuyo voto fue decisivo por su triple carácter de la honorabilidad, la amistad de muchos años y el enfriamiento de relaciones entonces. Hasta llegó a decirse que los dos o tres vasos de agua que solía tener en la mesa de estudio eran de licor fuerte.

Lo cierto es que eran de agua y que Menéndez y Pelayo, que comía y bebía como un sajón, porque como un sajón trabajaba, no sólo no perdía la lucidez para el trabajo intelectual, sino que conservaba la plenitud de sus extraordinarias facultades. Cuando más se hablaba de su habitual falta de sobriedad, más trabajaba él; y ofrece un caso raro de frescura de imaginación en los últimos años, como puede verse en el discurso a la memoria de Pereda y en el Congreso Eucarístico.

Los que le hemos tratado algo, y sin ser de su intimidad, le hemos *sorprendido* algunas veces, no solamente le hemos hallado en sus cabales, sino fino y atento y hasta de buen humor, en medio de la fama de adusto y desganado que gozaba. Y por cierto que una vez le acompañé yo con un inglés sobrado impertinente, de esos que al entrar en España nos toman por indios y creen que todos los españoles debemos estar a sus órdenes. D. Marcelino le expuso admirablemente el estado de la cuestión que deseaba

averiguar y los Archivos donde podía aclararla. El inglés, que se encontró con un legajo donde faltaba una hoja, no dejó de molestar a D. Marcelino para que le manifestase *dónde estaría la hoja arrancada*, hasta que don Marcelino me encargó le dijese que, puesto en la pista, a él tocaba cazar y contentarse con lo que cobrase. ¡La memoria del Director de la Biblioteca Nacional no podía dar razón de quién había arrancado una hoja de un legajo y dónde la había puesto!

En su trato era D. Marcelino llano y sencillo, no campanudo y aparatoso. Se le notaba que no sufría la contradicción, como hombre muy poco hecho a ella, y que en medio de su abstracción, en las cosas antiguas no perdía detalle en las cominerías de la actualidad, no siempre literarias. La primera vez que yo lo saludé me extrañó en gran manera que, sin haberle declarado mi nombre, por una frase de mi acompañante, bien ambigua por cierto, comprendió co quién estaba hablando, y dijo al despedirse, cuando yo creía salir con el incógnito: «Ya sé que vive usted ahora en Madrid. He pedido el cambio con su revista para el *Boletín de la Academia de la Historia*».

En las cosas que le afectaban de cerca se mostraba vidrioso, parcial y apasionado, que rara vez la pujanza del intelecto deja de producir desequilibrio en las facultades afectivas y en la cortesía de costumbres. Año hubo en el que por una triquiñuela

suspendió a todos los alumnos, contándose entre ellos alguno de los más distinguidos en aplicación, y luego en ciencia y en su afecto. Sus subordinados tenían que estudiarle y contemplarle, ya que él no se preocupaba de contemplar a los demás.

Esta es materia delicada para tratarla, calientes todavía sus cenizas y vivos los que con él tuvieron alguna entretenida. En sus amistades posteriores era también un poco desigual y arcano. No es que para nosotros haya derecho de entrar en el sagrario de la amistad, ni que este punto pueda llevarse al tribunal de la historia pública sin conocer a fondo los motivos de afecto personal. ¿Pero quién podrá explicar ciertas alabanzas desmesuradas del gran políglota, sin ver que la pasión las dicta? ¿Quién entenderá, dado el criterio de Menéndez y Pelayo, que tuviera tal entusiasmo por su predilecto discípulo el Sr. Bonilla San Martín y se honrara tanto de haberlo apadrinado, cuando todos sabemos que piensa y escribe en los puntos más fundamentales en modo contrario a su maestro y hasta ridiculizando lo que para aquél era tan respetable y evidente?

Probablemente Menéndez y Pelayo, alejado de la vida práctica y menos dado al trato en los últimos años que en los primeros, se dejaba influir por la amistad de los que le rodeaban y querían, hasta el punto de no advertir sus desviaciones intelectuales.

En general, y es otra de las cosas que más le honraban, había sido un padrazo para los jóvenes de esperanza, un Mecenas para todos los que él creía podrían valer, fenómeno algo extraño en un hombre que pasaba por muy suyo, por muy dado a sus cosas y poco acostumbrado a sacrificarse por los demás.

Ciertamente no le eran costosas las indicaciones literarias para dirigir a tantos como le pedían luces, porque la memoria felicísima le ponía las cosas como en un espejo; sin embargo, son de admirar y alabar en persona tan ocupada. [389] Las cartas con que respondía a las consultas robaban gran parte de su preciado tiempo, del que era tan avaro como celoso administrador.

*Este libro se acabó de imprimir el día 7
de diciembre del año 2011, festividad
de Santa Burgundófora de Pipimiscum.*

*Esta seguidora de San Colombano
fundó el monasterio de Evoriacum
y, tras 40 años como abadesa,
falleció alrededor del año 675.*

*Es invocada contra
los males de los ojos.*



LAVS DEO

†

ISBN 978-84-86116-28-6 12€



9 788486 116286

www.libreriauc.es

En 1912 fallecía Menéndez Pelayo. Es el momento de los homenajes, la exaltación e incluso de escuchar alguna voz crítica con su vida y su obra. Es el punto de arranque esencial para entender un siglo de estudios sobre el autor santanderino, y por ello punto crítico para una reflexión actual sobre esa trayectoria que ha marcado profundamente la cultura española contemporánea. Este volumen recoge cinco textos clave para recorrer el viaje centenario desde el panegírico, o la reinterpretación interesada, hasta la reflexión serena y desapasionada sobre Menéndez Pelayo.

